

Desarrollo del concepto de América Latina y su relación con la cultura letrada en la Revista de América (Colombia) y La Torre (Puerto Rico) 1945-1958 © 2025 by **Perla Itzamná Navarro Sánchez** is licensed under **Creative Commons Attribution-NonCommercial-ShareAlike 4.0 International**



UASLP
Universidad Autónoma
de San Luis Potosí



FACULTAD DE
**CIENCIAS SOCIALES
Y HUMANIDADES**



PROGRAMA DE POSGRADOS EN
**ESTUDIOS LATINOAMERICANOS EN
TERRITORIO, SOCIEDAD Y CULTURA**

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE SAN LUIS POTOSÍ

FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES

Desarrollo del concepto de América Latina y su
relación con la cultura letrada en la Revista de
América (Colombia) y La Torre (Puerto Rico)
1945-1958.

TESIS
QUE PARA OBTENER EL GRADO DE

DOCTORA EN
ESTUDIOS LATINOAMERICANOS EN TERRITORIO, SOCIEDAD Y CULTURA:

Presenta:

Perla Itzamná Navarro Sánchez

Director de tesis:

Dr. Alexander Betancourt Mendieta

Asesores:

Dra. Élide María Tedesco

Dr. Martín López Ávalos



DOCTORADO EN
ESTUDIOS LATINOAMERICANOS EN



CONACYT

Dedicatoria

A mi madre, Sara, por ser ejemplo de vida y un apoyo incondicional e invaluable siempre.

A Maxi y Robert por ser mi compañía y motores en todo este proceso.

A mis hermanas y hermano, Sarah, Urenda y Antonio por todo su cariño.

“... vivir es convivir en una circunstancia.”

José Ortega y Gasset

Agradecimientos

Deseo expresar mi más sincero agradecimiento a todas las personas e instituciones que hicieron posible la realización de este trabajo y que colaboraron de manera muy cercana en la conclusión de esta etapa.

A mi director de tesis Dr. Alexander Betancourt Mendieta, por ser un gran maestro de vida lo largo de todo mi proceso de formación académica, por la paciencia, su guía atenta, sus orientaciones críticas y su confianza en mi capacidad para desarrollar este proyecto. Su compromiso académico ha sido desde siempre un ejemplo invaluable. Gracias por tanto.

A los miembros del comité, quienes enriquecieron mi formación con sus conocimientos, debates y comentarios, contribuyendo a la madurez de este trabajo.

A la plantilla tanto docente como administrativa del Posgrado en Estudios Latinoamericanos en Territorio Sociedad y Cultura y al Consejo Nacional de Humanidades, Ciencias y Tecnologías (CONAHCyT) por brindarme la oportunidad de formar parte del programa y darme las facilidades para realizar esta investigación.

Al personal de la Biblioteca Luis Ángel Arango que con paciencia y generosidad nos brindaron acceso a sus fondos documentales, nos facilitaron sobre todo en tiempos de pandemia el acceso y asistencia en la consulta de materiales para esta investigación.

A mis compañeros y amigos, por convertirse en mis hermanas y hermanos. Por su solidaridad, sus conversaciones alentadoras y su compañía en los momentos de duda, estrés y cansancio. Muchas gracias Jazz, Gus, Cris, Dushe y Nelson (†).

A mi familia, por su amor incondicional, su paciencia infinita y su fe en mí, incluso cuando yo misma dudaba. Este cierre también les pertenece.

Introducción

Capítulo I

1.1 Contexto sociopolítico de mediados del siglo XX: Formas de pensar a América y los debates sobre el subcontinente y su cultura	20
1.2 Cultura letrada, una definición	21
1.3 Hispanoamericanismo, hispanismo e hispanidad	32
1.4 Hispanoamericanismo progresista.....	39
1.5 Hispanidad	42
1.6 Panlatinismo, latinoamericanismo y la formación de la tradición latinoamericanista...	43
1.7 Latinoamericanismo y cultura letrada.....	47
1.8 Panamericanismo	50
1.9 La Guerra Fría.....	62
1.10 Conclusión.....	65

Capítulo II

2.1 La revista cultural y letrada	69
2.2 América Latina y la cultura letrada en la <i>Revista de América</i>	73
2.3 Conclusión.....	93

Capítulo III

3.1 Interconexiones letradas insulares.....	99
3.2 La política puertorriqueña, la crisis nacional y la relación con Estados Unidos	100
3.3 Políticas de educación superior: la reforma educativa la universidad y de sus publicaciones	109
3.4 Revista <i>La Torre</i> , academia, método y su visión latinoamericanista.....	115
3.5 Conclusión.....	127

Capítulo IV

4.1 Comparación: elementos comunes y diferenciadores	132
4.2 Conclusión.....	148
4.2 Consideraciones finales.....	150
Fuentes	154

Introducción

El periodo de estudio de este trabajo comprende los años 1945 a 1958, etapa que estuvo profundamente influenciada por los fenómenos ocurridos en las primeras décadas del siglo XX, así como por la incertidumbre global derivada del fin de la Segunda Guerra Mundial. En particular, Europa experimentó un devastador impacto tras los conflictos recientes, mientras que el mundo enfrentaba una polarización marcada por la división entre los ejes comunista y capitalista, lo que generó una necesidad imperante de alinearse con la Unión Soviética o con los Estados Unidos. En este contexto, surgieron interrogantes acerca del futuro de Europa, del panorama global y del papel que América Latina desempeñaría en este escenario.

América Latina, cuyas economías mantenían una relación de dependencia con potencias mundiales como Estados Unidos —que apenas emergía como una potencia global—, Inglaterra y Francia, sufrió de manera significativa las crisis económicas, políticas y sociales del periodo. Asimismo, el auge de las facciones comunistas y la creciente desigualdad social, agravada por la presencia de regímenes dictatoriales en el subcontinente, generaron un ambiente de inestabilidad influido por la coyuntura internacional.

En este escenario, la idea de la unidad del continente americano cobró un renovado interés y se convirtió en un tema central de debate. ¿Qué camino deberían seguir los países de América frente a los desafíos del nuevo sistema económico global, los conflictos territoriales y las disputas ideológicas?

En el siglo XX, los esfuerzos por integrar a las naciones de América Latina en la modernidad, frente a las condiciones caóticas imperantes en el entorno global, impulsaron la búsqueda de espacios donde fuera posible debatir los caminos necesarios para alcanzar dicho ideal de unidad. A partir de esta premisa, ciertos grupos conformados por mujeres —aquellas pocas que tenían acceso a la educación formal— y hombres de letras que vivieron la transición del siglo XIX al XX, observaron las grandes transformaciones tecnológicas,

políticas y sociales de su tiempo. Estos individuos buscaron comprender a América Latina como una unidad en proceso de modernización y reflexionaron sobre el papel que debía desempeñar la región en el nuevo escenario mundial.

Estos intelectuales, tanto hombres como mujeres, promovieron una perspectiva que trascendiera los límites de los estados nacionales, al considerar imprescindible la unidad del subcontinente para alcanzar la anhelada modernidad. A través de la escritura, manifestaron sus preocupaciones respecto a las condiciones bajo las cuales se intentaría lograr esta unión.

En ese mismo contexto de expansión, el crecimiento y fortalecimiento de Estados Unidos, especialmente tras la guerra contra España (1898) y el colapso del antiguo imperio español que culminó con la guerra civil (1936-1939), evidenciaron los intereses imperialistas de la potencia del norte sobre el resto de América. Además, el exilio de numerosos grupos de intelectuales provenientes de España reforzó la percepción de un entorno de dominación inminente.

Para los hombres y mujeres de letras de la época, el avance de Estados Unidos representaba una amenaza significativa para América Latina. Esto acentuó la necesidad de identificar los problemas que aquejaban al subcontinente con el objetivo de superarlos y posicionarse en el contexto de la modernidad global. Entre sus principales propósitos se encontraba la comprensión de América Latina como una unidad continental, para lo cual resultaba esencial el desarrollo de estudios orientados a analizar el pasado, el presente y el devenir económico, político y social de la región.

En este ambiente de tensión, las labores intelectuales en el continente americano se materializaron principalmente a través de publicaciones escritas, como panfletos, periódicos y revistas. Dichas actividades se llevaron a cabo en espacios específicos y dentro de determinados círculos sociales dedicados a la producción académica, artística y, en particular, literaria y ensayística. Estos esfuerzos tenían como objetivo construir un ambiente propicio para la circulación, creación y recepción de ideas, así como establecer una base cultural y política que garantizara la continuidad y relevancia de sus iniciativas como estándares de la alta cultura latinoamericana. De esa manera, al conjunto de movimientos y actividades desarrollados por estos intelectuales se ha denominado cultura letrada.

Estos intelectuales impulsaron diversos proyectos editoriales con el objetivo de explicar el pasado y el presente de las sociedades nacionales, así como del contexto

internacional, con la intención de formular planes de acción a futuro. Asimismo, las reflexiones sobre el continente en estos estudios estuvieron marcadas por transformaciones históricas que generaron perspectivas diversas sobre un mismo territorio. Estos procesos históricos definieron visiones como el panamericanismo, el hispanoamericanismo y el latinoamericanismo, las cuales se expresaron a través de distintos medios, como congresos, juntas, publicaciones literarias y periódicos. Estas iniciativas subrayaron la relevancia que adquirió el tema de la unión continental desde diversas perspectivas y bajo múltiples conceptos.

Ejemplos de estos esfuerzos intelectuales son la *Revista de América* y *La Torre*, que se constituyeron como canales para la discusión, el intercambio y el diálogo entre autores que consideraban a América Latina como un objeto de estudio central. Uno de los objetivos principales de este trabajo es analizar el significado y desarrollo de estos conceptos, con la finalidad de problematizar la evolución del concepto de América Latina y su relación con la cultura letrada, tomando como referencia los casos de la *Revista de América* de Colombia y la revista *La Torre* de Puerto Rico, en el periodo comprendido entre 1945 y 1958.

Las revistas culturales representaron únicamente uno de los espacios donde se evidenciaron las actividades de los grupos letrados. Desde finales del siglo XIX y durante la primera mitad del siglo XX, estas publicaciones se consolidaron como medios fundamentales para la expresión de la cultura letrada, especialmente ante la falta de espacios profesionales que permitieran a los intelectuales dedicarse a la investigación y divulgación del conocimiento. Estas revistas abordaron temáticas diversas, destacándose los ensayos literarios y de opinión relacionados con asuntos políticos, económicos y culturales de la época.

La *Revista de América* y *La Torre*, que constituyen los objetos de estudio de esta investigación, son ejemplos representativos de este fenómeno. En sus páginas se reflejaron los debates sobre la crisis de Occidente, el papel que América Latina podría desempeñar en la encrucijada de la Guerra Fría, y cómo, desde la cultura letrada, se concebía una posición activa para la región en ese contexto geopolítico.

Para comprender cómo se ha desarrollado el estudio de América Latina como unidad continental, es necesario considerar tres coyunturas históricas clave. El primer momento, comprendido entre 1890 y 1920, estuvo marcado por el avance inminente de la hegemonía

de Estados Unidos y el inicio de la crisis económica mundial. El segundo periodo, entre 1929 y 1945, se caracterizó por crisis económicas, políticas y sociales, así como por los conflictos políticos y bélicos derivados de la Segunda Guerra Mundial. Finalmente, el tercer momento, que abarca de 1945 a aproximadamente 1959, corresponde al periodo de la división del mundo en dos bloques durante la Guerra Fría y el inicio de la Revolución Cubana, lo que generó un mayor interés hacia América Latina en el ámbito internacional.

En cada una de estas coyunturas históricas, los intereses y las expresiones de los autores respecto a América Latina variaron según las circunstancias políticas, sociales y económicas de cada etapa. Estas diferencias permiten entender cómo se ha articulado la relación entre el subcontinente y su proyección en el contexto global, particularmente desde la perspectiva de la cultura letrada.

Como balance historiográfico, se pueden identificar diversos autores que han contribuido al análisis de las percepciones sobre América Latina en el contexto de su estudio histórico y social. Marshall Eakin¹, por ejemplo, aborda la figura de los *Gentlemen Scholars* y su forma de conceptualizar el continente. Los *Gentlemen Scholars* eran escritores que, aunque no contaban con una profesionalización en áreas de las ciencias sociales, provenían de disciplinas como la medicina, el derecho u otras ramas del conocimiento. Estos intelectuales mostraron un marcado interés por investigar temas relacionados con la historia, genealogía y sociedad de América.²

Según la óptica predominante de estos estudiosos, el catolicismo y la mezcla racial eran percibidos como las principales razones del atraso de América Latina, una visión que predominó hasta la década de 1940. Sin embargo, Herbert Eugene Bolton, a quien también hace referencia Eakin, y sus estudiantes comenzaron a cuestionar estas narrativas prejuiciadas sobre el catolicismo y el tradicionalismo en el subcontinente. Bolton introdujo una interrogante fundamental en la reflexión sobre América Latina: “¿Tienen las Américas una historia en común?”.³

Desde 1880, bajo la influencia de las universidades alemanas, la profesionalización de los estudios sociales en los Estados Unidos de América estuvo impregnada por las

¹ EAKIN, “Latin American History in the United States: From Gentlemen Scholars to Academic Specialists”, pp. 539-561. Recuperado de: <http://www.jstor.org/stable/494316> (Consultado: 22 enero de 2022).

² Estos personajes encuentran su equiparable en América Latina en la figura de los hombres y mujeres de letras.

³ BOLTON, Herbert Eugene, “The Epic of Greater America”, pp. 448-474.

corrientes del darwinismo social y el colonialismo imperante en la época. A pesar de ello, este proceso permitió la creación de medios de colaboración e intercambio de textos sobre América, como la fundación de *The Hispanic American Historical Review* (1918) y del *Handbook of Latin American Studies* (1936).⁴

João Feres ofrece un análisis sobre el creciente interés generado en los Estados Unidos por el desarrollo de los estudios sobre América Latina. Feres sostiene que no es posible comprender el concepto de América Latina sin considerar la emergencia de los estudios de área y la importancia de estos en el contexto de la expansión estadounidense. El autor evidencia que la profesionalización del estudio de América Latina en Estados Unidos se desarrolló mucho antes que en otras regiones del continente.⁵

Por otro lado, autores como Moreno Luzón aportan una perspectiva sobre el movimiento hispanoamericanista, que buscó reinterpretar la relación entre España y América Latina. Luzón destaca cómo este movimiento utilizó las independencias latinoamericanas como un referente histórico para restablecer los lazos entre la península ibérica y sus antiguas colonias⁶, proyectando una imagen de España como una nación amable pero moralmente superior.⁷

Isidro Sepúlveda, en tanto, profundiza en las distinciones conceptuales entre panhispanismo, hispanoamericanismo e hispanismo, así como en su influencia en América Latina. Su análisis vincula estos conceptos con las coyunturas históricas y políticas de España, subrayando la relevancia del exilio en la producción de textos en América Latina. Este fenómeno, en muchos casos, favoreció la publicación de revistas y el intercambio intelectual transatlántico.⁸

En el marco de esta investigación, se busca contextualizar y comprender las diversas visiones propuestas sobre las relaciones de América Latina con el resto del mundo. Conceptos como panamericanismo, hispanoamericanismo, hispanismo y latinoamericanismo serán

⁴ MARSHALL, "Latin American History in the United States: From Gentlemen Scholars to Academic Specialists", p. 542. Recuperado de: <http://www.jstor.org/stable/494316> (Consultado: 22 enero de 2022)

⁵ FERES, "La consolidación de los Latin American Studies bajo el imperativo de la modernización", pp. 89-149.

⁶ El texto de Moreno Luzón hace referencia al proceso de las conmemoraciones de independencia llevadas a cabo en Argentina, país que procuró por mucho tiempo sostener una relación más estrecha hacia el otro lado del Atlántico.

⁷ MORENO, "Reconquistar América para regenerar España. Nacionalismo español y Centenario de las Independencias en 1910-1911", pp. 561-640.

⁸ SEPÚLVEDA, "Corrientes conformadoras del hispanoamericanismo. El panhispanismo, el hispanoamericanismo progresista, la hispanidad", pp. 99-185.

utilizados para fundamentar el análisis. El panamericanismo, por ejemplo, puede entenderse como una propuesta de integración continental liderada por Estados Unidos, con el objetivo de fortalecer los lazos económicos, políticos y sociales entre los países americanos. Según Feres, el panamericanismo incluía una visión modernizadora, en la que Estados Unidos era considerado el líder encargado de guiar al resto de las naciones hacia el progreso.⁹

A esta iniciativa estadounidense respondieron distintas corrientes, como el panhispanismo, el hispanoamericanismo y el latinoamericanismo, que buscaban construir alternativas que defendieran las particularidades culturales, históricas y sociales de los países de la región frente al proyecto hegemónico norteamericano.

El panhispanismo se fundamenta en la idea de una comunidad cultural y espiritual entre España y América Latina, consolidada a través de elementos compartidos como la lengua, la religión y la cultura. Su desarrollo, que se encuadra entre 1890 y 1931, promovía el fortalecimiento de los lazos de hermandad y cooperación entre ambos territorios, bajo la premisa de la superioridad moral y espiritual de España. Este discurso se acentuó tras la pérdida definitiva de las últimas colonias americanas durante la guerra con Estados Unidos en 1898.

Con la instauración de la Segunda República en España, emergió el hispanoamericanismo progresista, un movimiento que se nutría de la idea de que América Latina podría contribuir a resarcir la decadencia española sin perder de vista el avance hegemónico de Estados Unidos. Posteriormente, bajo el nacionalismo conservador del franquismo, surgió el concepto de hispanidad, que destacaba la comunidad entre los países hispanohablantes basándose en su lengua y cultura compartidas.¹⁰

El concepto de América Latina, por su parte, según Aillón Soria, fue formulado por intelectuales que emigraron desde América hacia Francia, influenciados por las expediciones de Napoleón III. Los hombres de letras latinoamericanos adoptaron el término para buscar legitimación ante las élites intelectuales europeas y como respuesta al panamericanismo promovido por Estados Unidos. Simultáneamente, los intelectuales franceses vieron en esta

⁹ FERES, “La consolidación de los Latin American Studies bajo el imperativo de la modernización”, en *La historia del concepto “Latin American” en los Estados Unidos de América*, Universidad de Cantabria, trad. de Flavio Alfredo Gaitán, Santander, 2008, pp. 89-149.

¹⁰ SEPÚLVEDA, Isidro, “Corrientes conformadoras del hispanoamericanismo. El panhispanismo, el hispanoamericanismo progresista, la hispanidad”, 2005, pp. 99-185.

noción una oportunidad para reforzar la posición política de Francia en el escenario global mediante intervenciones en América y la construcción de vínculos económicos e intelectuales que respaldaran sus intereses bélicos y culturales.¹¹

La investigación también utiliza la teoría de Reinhart Koselleck sobre la historia conceptual, que se centra en analizar los múltiples significados que adquiere un concepto a lo largo del tiempo. Koselleck introduce la categoría de polisemia o *multiplicidad semántica*, que busca describir y analizar cómo los conceptos evolucionan históricamente. Propone, además, dos temporalidades clave para este análisis: el *espacio de experiencia*, que abarca el pasado acumulado y permite entender el concepto en su contexto, y el *horizonte de expectativas*, que proyecta el concepto hacia el presente y el futuro.¹²

En el contexto de las revistas culturales, el *espacio de experiencia* incluye el periodo de posguerra y el entorno previo al “boom latinoamericano”, con sus desafíos históricos nacionales. Por otro lado, el *horizonte de expectativas* se define por la visión de los hombres y mujeres de letras respecto al futuro de América Latina en un contexto marcado por las incertidumbres derivadas de los conflictos mundiales.

En cuanto al concepto de América Latina, Aillón Soria señala que este era inexistente hasta mediados del siglo XIX. Su aparición está vinculada al interés expedicionario de Francia durante el reinado de Napoleón III y a las aspiraciones de los intelectuales latinoamericanos por obtener reconocimiento en Europa.¹³ Este proceso también se tradujo en la fundación de revistas culturales como *Sur* de Victoria Ocampo (1890-1979), la *Revista de América* de Germán Arciniegas (1900-1999), la *Revista de América* de Rubén Darío (1897-1916), entre otras, publicaciones que discutieron ampliamente el significado y la unidad de América Latina.

Betancourt Mendieta, por su parte, ofrece un análisis exhaustivo sobre la construcción de la unidad latinoamericana en el siglo XX. En *La perspectiva continental: entre la unidad nacional y la unidad de América Latina* (2013)¹⁴, examina la idea de unidad desde las

¹¹ AILLÓN, “La política cultural de Francia en la génesis y difusión del concepto L’Amérique Latine, 1860-1930”, pp. 71-105.

¹² KOSELLECK, Reinhart, “Historia de los conceptos y conceptos de historia”, pp. 27-45.

¹³ AILLÓN, “La política cultural de Francia en la génesis y difusión del concepto L’Amérique Latine, 1860-1930”, p. 76.

¹⁴ BETANCOURT, “La perspectiva continental: entre la unidad nacional y la unidad de América Latina”, pp. 135-157.

independencias, pasando por los centenarios revolucionarios y las discusiones que surgieron entre las Guerras Mundiales, hasta su consolidación durante la Guerra Fría. En *América Latina: cultura letrada y escritura de la historia* (2018)¹⁵, analiza cómo la escritura sobre el pasado común de América Latina intentó superar los límites nacionales, articulando un discurso cultural y político en las transiciones históricas entre los siglos XIX y XX.

El desarrollo del concepto de América Latina ha sido abordado por diversos autores desde diferentes perspectivas intelectuales, políticas y culturales. El análisis de estas propuestas destaca el papel crucial que desempeñaron las revistas en la circulación de ideas en el subcontinente. Regina Crespo, en su recopilación de textos sobre la publicación de revistas en América Latina, *América Latina: proyectos literarios, políticos y culturales*¹⁶ se enfoca en cómo estos medios contribuyeron a los proyectos literarios, políticos y culturales, sirviendo como plataformas de discusión y construcción de la región latinoamericana, particularmente entre 1900 y 1991.

Un texto fundamental dentro de este *corpus* es “Estela intercontinental de *El Nuevo Mercurio* (1907)”, escrito por Jiménez Aguirre¹⁷, el cual describe cómo esta revista, dirigida desde España, se convirtió en un medio clave para la creación de redes de intercambio artístico e intelectual. La publicación no sólo reflejaba la mirada hispanoamericanista, sino que también respondía al desafío del avance de Estados Unidos en la región.

Otro texto relevante es “¿El latinoamericanismo ausente de las vanguardias chilenas? La revista *Claridad* (1920-1923)” de Moraga Valle¹⁸, en el cual se subraya la importancia de la revista en la representación del pensamiento izquierdista chileno de la época. A través de esta revista, los jóvenes intelectuales y estudiantes se agruparon para expresar una visión crítica y de ruptura, alejándose de las influencias extranjeras dominantes y buscando afirmar una identidad latinoamericana propia.

En una línea similar, “La circulación de bienes culturales en la publicación (y una red) latinoamericanista: el *Boletín Renovación*” de Pita González¹⁹ examina cómo esta

¹⁵ BETANCOURT, *América Latina: cultura letrada y escritura de la historia*, 2018.

¹⁶ CRESPO, (Coord.), *Revistas en América Latina: proyectos literarios, políticos y culturales*, 2010.

¹⁷ JIMÉNEZ, “Estela intercontinental de *El Nuevo Mercurio* (1907)”, pp. 35-62.

¹⁸ MORAGA, “¿El latinoamericanismo ausente de las vanguardias chilenas? La revista *Claridad* (1920-1923)”, pp. 89-118.

¹⁹ PITA, “La circulación de bienes culturales en la publicación (y una red) latinoamericanista: el *Boletín Renovación*”, pp. 119-148.

publicación de los años 20 se inserta en la discusión cultural sobre la integración latinoamericana. A través de este boletín, se retomaban las ideas de Simón Bolívar sobre la unidad continental, impulsando un modelo de integración que trascendería las fronteras nacionales y buscaría una amalgama cultural e intelectual entre los países latinoamericanos.

Por otro lado, en “La revista argentina *Sur*: un cierto americanismo”, Nora Pasternac²⁰ analiza cómo *Sur*, fundada por Victoria Ocampo, no se comprometía con un proyecto político o ideológico específico, pero sí intentaba conectar América Latina con Europa, mediante la importación de autores y la traducción de textos que aspiraban a llenar los vacíos culturales que obstaculizaban el progreso de Argentina y América Latina hacia la modernidad. Pasternac señala que, si bien la revista no representaba un “americanismo” radical, sí contribuía a la construcción de una visión más globalizada para la literatura y la cultura latinoamericanas.

En el texto “América Latina en *Humanismo* (México-La Habana, 1952-1961)”, Andrés Kozel²¹ describe las principales aportaciones del movimiento humanista en América Latina, especialmente en lo que respecta a la construcción de un latinoamericanismo progresista. Según Kozel, este proyecto se nutrió del contexto político de la Revolución Cubana, pero vio su fin tras los cambios políticos y sociales que marcaron la región en los años 60. Esta revista y otras publicaciones vinculadas con la ideología del humanismo latinoamericano promovieron un discurso que buscaba redefinir el futuro de la región, distanciándose de las influencias estadounidenses y europeas para trazar un camino propio hacia el progreso y la justicia social.

Otro texto de Andrés Kozel, en colaboración con Marcelo González²², donde desarrollan varias hipótesis orientadas a comprender la conformación e importancia de la tradición latinoamericanista. Entre las hipótesis destacadas, los autores subrayan que quienes estudian América Latina buscan propiciar cierta empatía con lo que denominan “tradición cultural” o “tradición latinoamericanista”. Una de las hipótesis centrales que también presentan, particularmente relevante para esta investigación, sostiene que en la crítica a la experiencia dominante de la modernidad se han identificado problemáticas, influencias y etapas históricas para comprenderla. Estas, además de ser fundamentales para entender

²⁰ PASTERMAC, “La revista argentina *Sur*: un cierto americanismo”, pp. 239-268.

²¹ KOZEL, “América Latina en *Humanismo* (México-La Habana, 1952-1961)”, pp. 319-352.

²² KOZEL, “Sobre la tradición Latinoamericanista”, pp. 45-46.

América Latina, también permiten analizar las actividades e itinerarios intelectuales que contribuyen a interpretar el presente y a intervenir en la agenda política, social y económica contemporánea.

Por su parte, la propuesta de Betancourt Mendieta en el texto *América Latina: Cultura letrada y escritura de la historia*²³ analiza cómo han evolucionado los espacios de escritura sobre América Latina. El autor examina la influencia de los grupos letrados, frecuentemente organizados en academias, en la producción y difusión de las ciencias sociales, particularmente de la historia. Señala que, en su mayoría, quienes escribían textos históricos o de humanidades ejercían profesiones como la abogacía, la política, la medicina, la educación, entre otras.

En relación con los estudios sobre las revistas a analizar, destacan aquellos que las abordan como productos de cultura nacional, enmarcados en sus respectivos contextos históricos. De Betancourt Mendieta también se puede mencionar el texto “Un proyecto editorial colombiano en el ámbito de la Cooperación Intelectual Panamericana: la *Revista de las Indias* entre 1938 y 1944”²⁴. Este trabajo sitúa la producción de *Revista de las Indias* como antecedente de la *Revista de América* y profundiza en los detalles de su creación, así como en el esfuerzo por pensar el subcontinente más allá de las fronteras nacionales de sus fundadores.

En lo referente al análisis de la *Revista de América*, se han localizado aportes que se centran en la figura de Germán Arciniegas como su fundador, más allá de las problemáticas abordadas en sus páginas. En este sentido, se destaca el trabajo de Triviño Anzola²⁵, quien examina los diversos planteamientos de Arciniegas sobre América Latina reflejados en su producción escrita. Entre estas obras se encuentran *América, Tierra Firme* (1937), *El estudiante de la mesa redonda* (1932) y *La Europa americana* (1978), entre otras.

El análisis de estas publicaciones permite comprender cómo las revistas culturales se constituyeron como vehículos cruciales para la consolidación de América Latina como región

²³ BETANCOURT, *América Latina: cultura letrada y escritura de la historia*, Barcelona Anthropos/Siglo XXI, México, Universidad Autónoma de San Luis Potosí, 2018.

²⁴ BETANCOURT, “Cultura letrada en Colombia en los años 1940: la *Revista de las Indias* y la cooperación intelectual”, pp.165 -186.

²⁵ TRIVIÑO, “La utopía americana de Germán Arciniegas”, pp.1-6.

en constante construcción, la cual se debatía entre la integración, la modernización y la necesidad de afianzar su independencia política, social y cultural frente a las potencias extranjeras.

En este trabajo por lo tanto, se presenta como una interpretación del período correspondiente a los primeros años de la Guerra Fría, específicamente de 1945 a 1958, a través de los textos publicados por grupos de intelectuales en dos revistas: *Revista de América*, de Colombia, y *La Torre*, de Puerto Rico. El objetivo se enfoca en desarrollar tres aspectos principales: la descripción del contexto político, económico, social e intelectual de ambas publicaciones; el análisis de los contenidos relacionados con América Latina abordados en estas revistas; y, finalmente, la comparación de las semejanzas y diferencias entre ambas.

La *Revista de América* fue publicada desde enero de 1945 hasta 1957 y surgió con la intención de tratar temas relacionados con América Latina y su conexión con otras regiones del mundo en el contexto de los inicios de la Guerra Fría. Se trató de una publicación colombiana concebida como un espacio de confluencia para diversos intelectuales interesados en analizar asuntos cruciales del período y en reflexionar sobre América Latina como una unidad. Entre sus principales enfoques se encontraba el análisis del panorama global, las implicaciones del colapso europeo tras la Segunda Guerra Mundial y la posibilidad de que América Latina se posicionara como heredera de la cultura europea.

Sobre esta revista, destaca el trabajo de Suárez Morales en su texto “Germán Arciniegas en la posguerra: Panamericanismo y Guerra Fría cultural (1945-1958)”²⁶, donde se realiza un análisis exhaustivo del itinerario cultural de Germán Arciniegas y sus interacciones con otros intelectuales. En este estudio se aborda cómo la *Revista de América* se consolidó como un eje antifascista liderado por Arciniegas, explorando principalmente su perfil político e intelectual. Aunque este trabajo coincide en el objeto de estudio con la presente investigación, su enfoque se centra en la figura de Arciniegas.

Por su parte, *La Torre* comenzó a publicarse en 1953 y concluyó su primera etapa en 1987. Sin embargo, el análisis aquí se limita al período comprendido entre su fundación y 1958, debido a que los acontecimientos previos a la Revolución Cubana y al “boom

²⁶ MORALES, Germán Arciniegas en la posguerra: Panamericanismo y Guerra Fría cultural 1945-1958, p. 51-68.

latinoamericanista” generaron una visión distinta sobre el subcontinente, lo cual también se vio reflejado en el enfoque de las inserciones hechas después de estos eventos. Esta publicación se originó como un órgano cultural universitario de la Universidad de Puerto Rico, en el recinto de Río Piedras, y contó con el apoyo de intelectuales españoles republicanos exiliados, quienes influyeron significativamente en su creación y consolidación. Gracias a estos aportes, la revista se posicionó como un medio importante de producción literaria y sobre todo académica, con la participación de destacados intelectuales y profesionales del ámbito humanístico.

Entre los estudios previos sobre *La Torre* destacan las contribuciones de Carmen Vázquez en su artículo “*La Torre de Puerto Rico: síntesis del pensamiento de una época*”²⁷, donde se examina la influencia del exilio español en la formación de grupos intelectuales en Puerto Rico, así como el desarrollo de una cultura letrada en la isla y sus vínculos con la política. Por otro lado, Jorge Rodríguez Beruff, en “Puerto Rico en las redes intelectuales transatlánticas: los estudios generales y la reforma universitaria”²⁸, analiza las redes de intercambio intelectual y documental en las que participó Puerto Rico. Asimismo, Luis Buset, en “Las aportaciones de la escuela historiográfica tradicional puertorriqueña (1950-1970)”²⁹, aborda el desarrollo de la historiografía nacional y su profesionalización en el contexto de la declaración del Estado Libre Asociado.

La elección de estas revistas se basa en que, para el período analizado, permiten reflexionar sobre cómo distintos grupos de intelectuales configuraron redes de comunicación y fomentaron la circulación de una cultura letrada orientada a discutir los eventos que unían o separaban a América Latina. Si bien las publicaciones representan una nueva veta de estudio, se observa que la mayoría de los trabajos existentes sobre la *Revista de América* se centran en los intereses políticos e intelectuales de su fundador, mientras que, en el caso de *La Torre*, los estudios se enfocan mayoritariamente en el análisis de revistas culturales, sus marcas editoriales y su contexto histórico, abordándose menos desde una perspectiva de

²⁷ VÁZQUEZ, “Exilios en Puerto Rico: Un mundo polifacético”, pp. 809-817. Véase también: VÁZQUEZ, “La Torre de Puerto Rico: síntesis del pensamiento de una época”, pp. 75-86.

²⁸ RODRÍGUEZ, “Puerto Rico en las redes intelectuales transatlánticas: los Estudios Generales y la reforma universitaria”, pp. 1-22.

²⁹ BURSET, “Las aportaciones de la Escuela Historiográfica Tradicional puertorriqueña (1950-1970)”, pp. 1-15.

historia conceptual e intelectual para interpretar la idea de América Latina y la influencia de la cultura letrada en dicho concepto.

El análisis de estas dos publicaciones permitió entonces describir, analizar y explicar las formas en que se interpretaba América Latina y cómo se establecieron redes de discusión sobre este tema. Para ello, se revisaron los contenidos de las revistas como fuentes primarias y se analizaron diversas fuentes bibliográficas que facilitaron la descripción del contexto político, económico, social e intelectual, además de la elaboración del marco conceptual y teórico desde el cual se abordaron la *Revista de América* y *La Torre*.

Para llevar a cabo la comparación y detallar las semejanzas y diferencias entre la *Revista de América* y *La Torre*, se empleó una metodología de carácter comparativo. Este enfoque consideró tanto los escritos publicados en cada revista como ciertos elementos contextuales relevantes. A través de esta metodología, en primer lugar, se pretende describir los cambios observados con el fin de identificar las similitudes y diferencias entre ambas publicaciones. En segundo lugar, se establecen las relaciones entre los acontecimientos históricos y las interacciones entre los autores y sus respectivas obras.

Además, se aprovechó el análisis de los diferentes números de ambas revistas para identificar las formas en que los hechos similares influyeron en cada caso particular. Este ejercicio permitió, finalmente, constatar las diferencias marcadas y señalar los contrastes entre los dos casos, lo que evidencia que no se trata de situaciones aisladas, sino que se insertan en una problemática común de América Latina.³⁰

Para analizar los contenidos relacionados con el tema de América Latina en la *Revista de América* y *La Torre* durante el período comprendido entre 1945 y 1958, se adoptaron tres categorías propuestas por Pita González y Grillo³¹. Estas categorías facilitan el abordaje de las publicaciones, vinculándolas con los apartados contextual y comparativo. Las categorías son:

- 1- Categoría material. Análisis de la materialidad de cada edición, formato, cantidad de páginas y diseño, la impresión, papel y encuadernación, lugar, cantidad de números y etapas, periodicidad, precio y venta, tirada y zona de difusión.
- 2- Categoría inmaterial. Trabajo con los contenidos, manifiestos, programas y notas editoriales, secciones y distribución de páginas, temas y problemas tratados en las publicaciones.

³⁰ BLOCH, “A favor de una historia comparada de las civilizaciones europeas”, pp. 113-147.

³¹ PITA y GRILLO, “Una propuesta de análisis para el estudio de revistas culturales”, pp. 1-30.

3- Categoría intermedia. Énfasis en la marca editorial, desde la cual se pueden extraer las características relativas a la agrupación que hace plausible la publicación y cómo es que se conforma en una red intelectual.³²

Todo ello se realiza con el propósito de presentar, en cada uno de los capítulos que conforman este trabajo, una visión general sobre el desarrollo del concepto de América Latina tal como se expone en los dos objetos de estudio. Cada capítulo tiene como objetivo plantear un panorama amplio que permita esclarecer los itinerarios de los diversos grupos de hombres y mujeres letrados, así como sus reflexiones respecto al porvenir del continente.

El primer apartado examina el contexto sociopolítico de inicios del siglo XX, que definió el rumbo de las discusiones letradas y las diversas perspectivas generadas sobre América Latina y su relación con el resto del mundo. Asimismo, analiza el desarrollo de una cultura letrada que se encargó de debatir estos conceptos y presenta el contexto general en el que América Latina se desenvolvió durante las primeras décadas de la Guerra Fría.

El segundo capítulo se deriva del artículo titulado “La *Revista de América* como vínculo de la cultura letrada latinoamericana, contexto y usos del pasado en el desarrollo de la idea de América Latina” (2021)³³. En este apartado, se explica el concepto de revista cultural y su relevancia durante la primera mitad del siglo XX. Además, se centra en el análisis de la *Revista de América* y sus contenidos, destacando su relación con la cultura letrada. Una parte significativa del capítulo se dedica a examinar cómo esta revista desempeñó un papel aglutinador al reunir a un gran número de hombres y mujeres letrados en todo el continente, tejiendo una extensa red de circulación y difusión de ideas vinculadas a las preocupaciones propias de un periodo álgido tanto para el subcontinente como para el resto del mundo.

El tercer capítulo aborda el desarrollo de la revista *La Torre* y analiza cómo las políticas educacionales de los Estados Unidos influyeron en la profesionalización de los medios escritos, particularmente en esta publicación. Al ser una revista universitaria, se consolidó como un espacio de discusión académica y profesional, caracterizado por una metodología rigurosa que la distinguió de otras publicaciones contemporáneas.

³² PITA y GRILLO, “Una propuesta de análisis para el estudio de revistas culturales”, pp. 1-30.

³³ NAVARRO y BETANCOURT, “La *Revista de América* como vínculo de la cultura letrada latinoamericana, contexto y usos del pasado en el desarrollo de la idea de América Latina”, pp. 333-352.

Finalmente, el cuarto capítulo adopta una perspectiva comparativa para examinar las semejanzas y diferencias entre ambas publicaciones. Este apartado analiza los tipos de textos, tanto ensayísticos como científicos, que se publicaron en cada revista, las temáticas que fungieron como ejes conductores, y el modo en que ambas abordaron la definición de la postura subcontinental frente a la Guerra Fría.

La elaboración de esta investigación busca ofrecer una visión histórica sobre el desarrollo de una idea que, originada en el siglo XX, perdura en el siglo XXI. Su propósito es arrojar luz sobre los obstáculos y límites inherentes a los esfuerzos por concebir una América Latina unida. Esta tesis se inserta en los estudios dedicados al análisis de la producción, distribución y relaciones vinculadas a las publicaciones periódicas, particularmente las revistas culturales. De esta manera, contribuye a la comprensión de las tensiones entre lo continental y lo nacional, así como de los esfuerzos por situar al subcontinente en las coyunturas globales de la primera mitad del siglo XX.

Capítulo I

Contexto sociopolítico a mediados del siglo XX: Formas de pensar a América, los debates sobre el subcontinente y su cultura

En este apartado se busca definir y describir el contexto que permitió la publicación de las revistas objeto de estudio. La comprensión de la función y el desarrollo de la cultura letrada que produjo y difundió contenidos en estos medios se enmarca en los debates en torno a los conceptos de panamericanismo, hispanoamericanismo y latinoamericanismo. Examinar cómo las distintas perspectivas sobre el continente influyeron en el desarrollo de políticas, itinerarios y formas de pensamiento y escritura relacionadas con el subcontinente permitirá un análisis más profundo de los casos particulares de la *Revista de América* y *La Torre*, así como de la cultura letrada que las rodeó.

Es necesario reconocer que la noción de América Latina es el resultado de un largo proceso de construcción y discusión, que se manifiesta a través de una tradición latinoamericanista que comenzó a desarrollarse desde finales del siglo XIX e inicios del siglo XX, y que se acentuó durante el periodo de posguerra. Esta tradición surgió a partir de diversos debates centrados en comprender la relación del subcontinente con el resto del mundo, reflejándose en los diferentes quehaceres letrados de aquellos involucrados en la escritura.

Aproximarse al concepto de cultura letrada permitirá entender su papel en la construcción del latinoamericanismo y en el desarrollo de la noción de América Latina, tal como se observa en la producción y publicación de ambas revistas. Los conceptos abordados en este apartado pretenden explicar las diversas formas en que se configuró una idea de América Latina, que ejerció una influencia significativa en los ámbitos político, ideológico y literario.

Asimismo, identificar los antecedentes de estas formas de pensar sobre el subcontinente facilitará comprender cómo las influencias previas contribuyeron al surgimiento de la *Revista de América* y *La Torre*. Se analizarán también las repercusiones de los dos conflictos bélicos mundiales y del contexto de la Guerra Fría durante el periodo de

publicación de las revistas. En el caso de América Latina, es fundamental destacar que los procesos derivados de la confrontación entre los dos bloques de poder en la Guerra Fría propiciaron una participación activa del subcontinente, no sólo en el ámbito político, sino también en el terreno de las letras latinoamericanas.

Este contexto es especialmente relevante, ya que las tensiones políticas y las diversas opiniones en torno al conflicto bipolar sentaron las bases para un latinoamericanismo que alcanzaría su mayor auge tras la Revolución Cubana. El periodo previo al llamado “boom latinoamericanista”, que coincide con la etapa de publicación de las revistas analizadas, puede considerarse una antesala de los debates sobre el conflicto entre la URSS y los Estados Unidos.³⁴ Dichos debates reflejaban dos formas de entender la modernidad, así como también los modos en que cada Estado nacional buscó adaptarse y aprovechar esas contraposiciones para atender los asuntos internos que ya se desarrollaban en el territorio latinoamericano.

Cultura letrada y culturas letradas, una definición

Reflexionar sobre el papel de los hombres y mujeres de letras en América Latina entre los siglos XIX y XX, así como su posterior labor durante el periodo de posguerra, implica reconocer que, en un inicio, muchas de sus actividades estaban estrechamente vinculadas con la construcción de los Estados nacionales. Esto se debe a que en numerosos casos su participación era activa en la política, ya fuese en calidad de funcionarios públicos o bien de actores diplomáticos, sus textos tenían como objetivo la creación de un discurso que legitimara el proyecto de nación al cual estaban adscritos desde un punto de vista político. En consecuencia, el desarrollo posterior de sus actividades, tanto en el ámbito de la escritura como en la divulgación de sus investigaciones, se fundamentó en gran medida en esa misma función reivindicadora de los Estados nacionales.³⁵

Durante las primeras etapas, en la primera mitad del siglo XIX, la principal labor intelectual de los hombres de letras se enfocó en construir una forma distinta de comprender los territorios recientemente independizados. Tras las luchas de independencia, América

³⁴ JANELLO, “El Boom latinoamericano y la Guerra fría cultural, nuevas aportaciones a la gestación de la revista *Nuevo Mundo*”, pp. 115-133.

³⁵ BETANCOURT, “El pasado y la escritura”, pp. 19-49.

Latina se enfrentó a un vacío de poder generado por la ruptura con la Corona, lo que requirió definir qué eran estos nuevos Estados y hacia dónde se dirigían. Cabe señalar que el siglo XIX en América Latina estuvo marcado por múltiples conflictos, tanto armados como ideológicos. En este contexto, los hombres y mujeres letrados asumieron la ardua tarea de construir los estados y darles a los mismos su carácter nacional. Sin embargo, las condiciones no siempre fueron favorables, por lo que en algunos casos recurrieron al apoyo y financiamiento del Estado, dotando a su quehacer literario de un carácter político. Desde entonces, las actividades aquellos que consiguieron esas subvenciones estuvieron relacionadas a las necesidades que los Estados nacionales requerían.

Estos individuos se caracterizaban por su capacidad de leer y escribir, algo poco común en la época, y por desempeñar un doble rol como funcionarios y escritores. Formaban parte de una minoría que tenía acceso al conocimiento y al uso de la palabra escrita. Además, solían ejercer otros oficios como abogados, docentes o políticos, lo que les otorgaba legitimidad tanto en su entorno letrado como en su contexto social, permitiéndoles ser reconocidos como especialistas en cultura y en opinión sobre los principales acontecimientos de su tiempo.

Los textos producidos por estos grupos letrados se generaban y compartían en espacios como academias, ateneos y sociedades, generalmente supeditados a las demandas del Estado nacional en formación. De hecho, las redes entre ellos y sus prácticas estuvieron profundamente influenciadas y reguladas por los intereses políticos del momento, así como por las normas y convenciones de escritura que ellos mismos y sus círculos cercanos establecían, además de las regulaciones relacionadas con la impresión de textos.

En este contexto, los hombres y mujeres de letras pueden entenderse como individuos que comunicaban sus ideas a través del lenguaje escrito, participando activamente en su entorno social. Sus textos además de reflejar sus perspectivas también exponían su contribución directa a la configuración de una comunidad histórica, representada por los Estados nacionales latinoamericanos. Asimismo, participaron en la consolidación de la comunidad letrada a la que pertenecían. De esta manera, el conjunto de prácticas realizadas tanto dentro como fuera del ámbito de la escritura por estos individuos puede ser denominado *cultura letrada*.

Como parte de una comunidad letrada, los hombres de letras lograron consolidarse alrededor de los referentes culturales que ellos mismos generaron, lo que fortaleció sus lazos incluso en contextos geográficos diversos. El trasfondo de esta comunidad y de sus esfuerzos se centró en la construcción de una tradición literaria, un universo conceptual compartido y hábitos propios del debate crítico entre pares. El intercambio de ideas entre sus integrantes constituía un ejercicio consciente, orientado a generar discusiones y a crear espacios accesibles para compartir sus labores intelectuales. Es precisamente en este proceso continuo de formación de la cultura letrada donde estos individuos se educaban, transmitían y heredaban los saberes de su época a las generaciones futuras.

Estos sujetos gozaban de cierta legitimidad social y de la capacidad de establecer tradiciones culturales. Una parte importante de su influencia y reconocimiento se sustentaba en su oratoria, ya que, como líderes de opinión, eran frecuentemente convocados para pronunciar discursos en eventos públicos, políticos y otras instancias. Estas actividades contribuían a fortalecer su prestigio, mientras que sus vínculos con los gobiernos de turno les permitían acceder a recursos y favores que potenciaban su labor. Por ejemplo, muchos de ellos promovieron y lograron la creación de museos y bibliotecas, donde se resguardaban extensas colecciones de documentos, libros y objetos, bajo el ideal de proteger la cultura y preservar el pasado nacional. Como ejemplo de ello se pueden citar las labores de Federico Degetau González (1862-1914) quien impulsó la creación del Museo Pedagógico Puertorriqueño y el Museo y Biblioteca de la Universidad Panamericana con la donación de su colección de libros.³⁶ Igualmente se encuentran los ejemplos de las amplias colecciones de libros de intelectuales como Miguel Antonio Caro (1843-1909), Rafael Pombo (1833-1912), Manuel Ancizar (1812-1888), cuyas colecciones fueron donadas o absorbidas por instituciones públicas hacia 1930, formando parte de las colecciones de recintos como el Museo Nacional, la Biblioteca Nacional o también parte de bibliotecas universitarias.³⁷

En diversas circunstancias sus actividades tenían como objetivo de educar a la población para formar ciudadanos y, con ello, completar el proceso de construcción de los Estados nacionales.³⁸ No siempre se lograba, puesto que el pueblo llano, para la época, era

³⁶ BADÍA, “Federico Degetau González y sus iniciativas museológicas...”, pp. 221.

³⁷ PÉREZ, “Hacer visible, hacerse visibles: la nación representada en las colecciones del museo”, pp. 85-106.

³⁸ BETANCOURT, “El pasado y la escritura”, pp. 19-49.

mayoritariamente analfabeta. Es importante señalar también que, aunque existían figuras que colaboraban estrechamente con los proyectos gubernamentales, también hubo quienes, mediante la escritura, formularon críticas contundentes. Sin embargo, estos últimos enfrentaron mayores obstáculos de índole material para difundir sus opiniones, dado que el acceso a imprentas, editoriales y recursos financieros era considerablemente limitado sin el apoyo gubernamental.

En el marco de ese proceso de educación ciudadana y creación de comunidad, los hombres de letras asumieron la función de transmitir los valores simbólicos necesarios para dotar de cohesión y continuidad a la comunidad cultural promovida desde el Estado nacional. Asimismo, se encargaron de establecer ciertos estándares de orden social, donde sus textos y opiniones jugaron un papel fundamental, repercutiendo de manera directa en los intereses políticos de sus respectivas sociedades.

La cultura letrada adquirió así un carácter esencial en la construcción, formación y consolidación del pasado y en la articulación de las reflexiones sobre el “ser” y el “devenir” latinoamericano, como un conjunto de países que, desde finales del siglo XIX e inicios del XX, comenzaron a ser considerados, en ciertos esfuerzos intelectuales y políticos, como parte de una unidad cultural. Mediante el uso de la palabra escrita, se facilitó el desarrollo de una noción de América Latina entendida como un conjunto homogéneo, vinculado por elementos comunes como la lengua y la historia. De esta forma, se buscó explicar cómo estos factores compartidos entrelazaban las actividades de los grupos letrados, incluyendo la escritura, el impulso de agendas políticas y la creación de publicaciones periódicas, que generaron un campo de acción cultural amplio y dinámico.

La cultura letrada abarca entonces todas las prácticas predominantes de escritura, lectura y difusión realizadas por un grupo especializado en estas labores. Alrededor de dichas prácticas se construyeron temáticas, estilos, opiniones y vínculos con letrados de otras regiones, como Europa y Estados Unidos, así como dentro del propio subcontinente latinoamericano. Estas actividades se validaban y reproducían en tanto los integrantes de estos círculos lograban reconocimiento tanto entre sus pares como en el ámbito social más amplio.

Este modelo de acción fue heredado por las actividades de escritura a inicios del siglo XX. Aunque los centros universitarios en América Latina ya contaban con varios siglos de

existencia, la relevancia de los hombres de letras permitió que se mantuviera su hegemonía como principales productores de conocimiento sobre la región. Es en este contexto que:

(...) la escritura como actividad intelectual, al carecer de espacios institucionales específicos para su desenvolvimiento especializado, entra a formar parte de la cultura letrada que no se caracteriza por la precisión de sus límites y campos de acción, y confluyen en las tareas asumidas por los hombres de letras.³⁹

Los textos, como principales medios utilizados por los hombres y mujeres de letras para expresar sus opiniones, se caracterizaron en su mayoría por tener un propósito de difusión pública más que por orientarse hacia un conocimiento estrictamente científico. Un ejemplo de ello lo constituyen las revistas, algunas de las cuales buscaron abordar temáticas de carácter continental.

El uso de espacios como los cafés, las conferencias, y los círculos científicos y literarios resultó esencial como lugares de sociabilidad y referencia, en los cuales se desarrollaron las dinámicas que dieron sustento material a las prácticas del mundo letrado. Dichos espacios permitieron el intercambio de ideas y también funcionaron como puntos de encuentro para el debate crítico y la consolidación de redes entre intelectuales.

Asimismo, resulta fundamental considerar la materialidad inherente al trabajo letrado. Este aspecto incluye los recursos necesarios para la impresión y distribución de publicaciones, también que se refiere a los textos propiamente dichos y a sus soportes, ya fueran panfletos, periódicos, diarios o revistas. De la misma manera que este aspecto material se enfoca en las condiciones económicas y políticas que influenciaron el acceso a dichos recursos. La dependencia de imprentas, editoriales y patrocinios, en muchas ocasiones vinculados al apoyo gubernamental, subraya la complejidad del proceso de producción de conocimiento en este contexto.⁴⁰

Hilda Sabato (2008) afirma sobre la sociabilidad letrada y sus instituciones en el siglo XIX, que estos dos elementos permiten dilucidar cuáles de estas pautas se instituyeron de tal forma que continuaron hasta el siglo XX, y cuáles de ellas sufrieron cambios significativos. La autora refiere que en las prácticas asociacionistas de ciertos grupos de hombres letrados

³⁹ BETANCOURT, “El pasado y la escritura”, p.13.

⁴⁰ GRANADOS, “Las Redes Intelectuales Latinoamericanas en perspectiva historiográfica: una mirada desde México”, p. 72.

en la segunda mitad del siglo XIX se encontraba la tendencia a la protección de los intereses grupales, la defensa de las opiniones generadas desde su interior, pero también cumplían ya con una característica importante que era la de entretener toda una red de mecanismos que atravesaban directamente a la sociedad, fuese letrada, política o incluso analfabeta. Los espacios que estos hombres letrados procuraron crear sirvieron para mantener las conexiones con la vida pública latinoamericana y también eran los espacios donde se planificaban las condiciones para que se hicieran publicaciones de prensa periódica.⁴¹

La mayor parte de las publicaciones eran de muy corta vida y escasa circulación, limitada con frecuencia a los sectores más acomodados de la población. De todas maneras, su influencia trascendía el círculo estricto de quienes las compraban y podían leerlas. En primer lugar, porque funcionó como un espacio de expresión política, tanto cuando el conflicto se expresaba directamente en sus páginas, como cuando la censura admitía sólo el discurso oficialista. También, porque los periódicos no eran leídos de manera exclusivamente individual. Así, en cafés y en sociedades de lectura se generaban sesiones de discusión de los artículos de la prensa, mientras que algo semejante ocurría en las pulperías y en las chicherías, o aun en la calle, donde no faltaba quien leyera en voz alta para beneficio de la mayoría analfabeta.⁴²

La cultura letrada implica, entonces, la creación de un ambiente que permite el uso de conceptos, hábitos, temáticas en común para el grupo de personas que participan de ese mismo entorno. De ese modo: “(...) la escritura como actividad intelectual, al carecer de espacios institucionales específicos para su desenvolvimiento especializado, entra a formar parte de la cultura letrada que no se caracteriza por la precisión de sus límites y campos de acción, y confluyen en las tareas asumidas por los hombres de letras.”⁴³

Los diarios y revistas representaron la manifestación material de la comunidad simbólica forjada por hombres y mujeres dedicados a las letras. Entre sus principales tareas destacó la construcción y el fortalecimiento de la tradición y la cultura letrada, logrados mediante la formulación de un canon literario y la creación de un relato histórico compartido.

Asimismo, una función central de esta comunidad consistía en la generación de espacios para la discusión y la exposición de los saberes producidos. En este contexto, las

⁴¹ SABATO, “Nuevos espacios de formación y actuación intelectual: prensa, asociaciones, esfera pública (1850-1900)”, p. 387.

⁴² SABATO, “Nuevos espacios de formación y actuación intelectual: prensa, asociaciones, esfera pública (1850-1900)”, p. 393.

⁴³ BETANCOURT, *América Latina: cultura letrada y escritura de la historia*, p. 13

revistas culturales adquirieron una importancia singular, dado que suplían la ausencia de instituciones formales que promovieran el intercambio y el debate intelectual. De esta manera, estas publicaciones periódicas, junto con otros productos editoriales, se convirtieron en los principales vehículos de expresión de la cultura letrada. Proporcionaron los espacios adecuados para facilitar la producción y reproducción de tradiciones, significados y valores culturales, a través del uso de la palabra escrita. Este fenómeno, según Betancourt, “(...) delimita de forma más certera, los ritmos en los procesos de institucionalización y profesionalización de los saberes.”⁴⁴

Estos individuos recibieron una educación formal en diversas disciplinas, como medicina, derecho e ingeniería. Sin embargo, buena parte de su formación se centró en el desarrollo de habilidades retóricas, coherencia discursiva y capacidades expresivas, destinadas a facilitar su expresión escrita. En este contexto, crearon espacios de intercambio en diferentes tipos de sociedades letradas, instituciones, periódicos y revistas. Estos espacios tenían como propósito establecer vínculos sociales que permitieran el intercambio de discursos, la confrontación de opiniones y la organización del sistema que configuraba la cultura letrada.

Entre las estrategias utilizadas para garantizar la continuidad e importancia de las actividades letradas, destaca el establecimiento de vínculos con otros intelectuales en distintas partes del mundo. Para los hombres de letras de América Latina, los principales puntos de conexión se situaron en España y, especialmente, en Francia. Este entorno propició el intercambio de ideas, la consolidación de nociones y la articulación de proyectos y debates letrados, ideológicos y políticos, tanto en América Latina como en Europa.

El carácter multifacético de sus funciones abarcaba tanto la vida política como la alta esfera social, lo cual confería legitimidad a estos hombres como conocedores de temas culturales y como líderes de opinión sobre los principales acontecimientos nacionales e internacionales. Con frecuencia, su formación como abogados les permitía desempeñar funciones propias de su profesión, así como incursionar en áreas vinculadas con la política. Desde el siglo XIX, su participación política fue determinante en decisiones clave de gobierno, tales como la conducción de reuniones diplomáticas con otros países, la

⁴⁴ BETANCOURT, *América Latina: cultura letrada y escritura de la historia*, p. 9.

implementación de políticas educativas (como la creación de bibliotecas públicas), y el ejercicio de cargos públicos.

Es fundamental destacar el papel central que desempeñaron en la formación de redes transnacionales, las cuales contribuyeron a configurar una visión propia sobre el pasado, presente y futuro del subcontinente, así como de los Estados y naciones que lo integraban. Estas actividades políticas se manifestaron de diversas formas: desde la participación directa como funcionarios públicos, hasta las relaciones cercanas con las altas esferas del poder, o incluso su inclusión en estos círculos. A grandes rasgos, esta relación entre la producción letrada y su contexto político perduró hasta bien entrado el siglo XX.

El cambio de siglo no implicó transformaciones radicales en las prácticas de sociabilidad letrada ni en sus productos culturales. Aunque algunas temáticas, como la narración del pasado nacional, disminuyeron o adoptaron nuevos enfoques, surgieron intereses en asuntos globales y en la necesidad de fortalecer las relaciones entre países del mismo continente. Estas nuevas preocupaciones se reflejaron en disertaciones con referencias al contexto internacional. Se mantuvieron, además, ciertas formas de presentar opiniones políticas y culturales, así como textos teóricos caracterizados por una escritura de estilo literario.

En este aspecto, los escritos producidos por los hombres de letras no sólo tenían como objetivo informar o generar opinión, sino que también estaban concebidos como obras que debían poseer un notable valor literario y estético. La consigna era que estos textos, además de cumplir con una función comunicativa, fuesen piezas agradables y bellas de leer. Este enfoque estético no era superficial; garantizaba una mayor difusión de sus ideas y facilitaba su función educativa en una ciudadanía que aún se encontraba en proceso de construcción.

Esta consigna puede verse en el siguiente texto escrito por José Enrique Rodó, donde se aprecia el uso retórico de las palabras, para referirse en este caso al subcontinente:

Señores: Alta es la idea de la patria; pero en los pueblos de la América latina, en esta viva armonía de naciones vinculadas por todos los lazos de la tradición, de la raza, de las instituciones, del idioma, como nunca las presentó juntas y abarcando tan vasto espacio la historia del mundo, bien podemos decir que hay algo aun más alto que la idea de la patria, y es la idea de la América: la idea de la América, concebida como una grande e imperecedera unidad, como una excelsa y máxima patria, con sus héroes,

sus educadores, sus tribunos; desde el golfo de Méjico, hasta los hielos sempiternos del Sur.⁴⁵

El carácter literario y estilizado de estos escritos era esencial para alcanzar su propósito de formar ciudadanos ilustrados y críticos, capaces de participar activamente en los procesos políticos y sociales de sus respectivas comunidades. Para estos intelectuales, el acto de escribir transcendía lo informativo: se trataba de producir textos que fueran convincentes en contenido y también atractivos en su forma escrita, con cierta belleza literaria. Este estilo contribuía a reforzar su legitimidad como líderes de opinión y como agentes formadores de sentido en sus sociedades.

Desde esta perspectiva, los hombres de letras eran vistos, tanto por ellos mismos como por las altas esferas políticas, como productores de sentido, guías morales y culturales, y agentes de cambio social y político. Se asumían como mediadores entre el saber especializado y el público general, con la responsabilidad de construir y preservar una cultura cívica que apoyara el desarrollo de sus naciones.

Esta concepción de sus deberes intelectuales y su rol en la sociedad se mantuvo incluso después de la década de 1960, a pesar de los cambios significativos que trajo consigo la profesionalización de las ciencias sociales. Aun cuando las Ciencias Sociales comenzaron a profesionalizarse y especializarse y a distanciarse de la retórica literaria tradicional, los hombres de letras conservaron su papel como intérpretes de su tiempo y como figuras clave en los debates culturales y políticos.⁴⁶

Los cambios en los procesos de recepción de los materiales escritos producidos por los hombres de letras estuvieron estrechamente vinculados con las políticas educativas que, desde finales del siglo XIX, buscaron expandir la alfabetización a una mayor proporción de la población. Estas iniciativas representaron un cambio significativo en el acceso a la cultura escrita, transformando la relación entre los textos y sus lectores.

En el siglo XIX y buena parte del siglo XX, el uso de la palabra escrita y el acceso a la lectura estuvieron limitados a ciertos sectores privilegiados de la población, principalmente aquellos vinculados a las élites urbanas. La práctica de la lectura, en muchos casos, se realizaba de manera colectiva, a través de lecturas en voz alta en espacios como tertulias,

⁴⁵RODÓ, *El Mirador de Próspero*, pp. 20-30.

⁴⁶BETANCOURT, "La perspectiva continental: entre la unidad nacional y la unidad de América Latina", p. 149.

café y reuniones sociales. Este método de recepción reflejaba las restricciones de alfabetización y la falta de acceso generalizado a la educación formal. Desde finales del siglo XIX y durante las primeras décadas del XX, se promovió la expansión del sistema educativo, lo que permitió diversificar gradualmente el mercado lector. Este proceso, aunque lento y con limitaciones, buscaba integrar a nuevos sectores de la población en el ámbito de la cultura letrada.

A pesar de estos esfuerzos, los resultados fueron dispares. Aunque se lograron avances en la reducción del analfabetismo y en la creación de una base educativa más amplia, gran parte de la población continuó excluida del acceso pleno a la lectura y la escritura. Las tasas de analfabetismo siguieron siendo altas en muchos países de América Latina, lo que dificultó la consolidación de una práctica de lectura masiva y sostenida y por lo tanto de la recepción que se esperaba de los textos producidos por los intelectuales de la época.

El interés en la lectura de textos literarios o ensayísticos no logró ampliarse de manera proporcional al incremento en la alfabetización. Si bien hubo una diversificación en el acceso a los materiales escritos, estos no siempre se orientaron hacia la literatura ni hacia los ensayos de carácter cultural o político que los hombres de letras producían. En muchos casos, los nuevos lectores se inclinaron hacia publicaciones de carácter popular o informativo, lo que reflejó un cambio en las dinámicas de consumo cultural.

A pesar de dichas limitaciones, los gobiernos locales y las instituciones educativas continuaron impulsando políticas públicas destinadas a promover la lectura y la formación ciudadana. Estas iniciativas representaron un esfuerzo constante por integrar a un mayor número de personas en la esfera de la cultura letrada, contribuyendo, aunque de manera desigual, a la democratización del acceso al conocimiento y a la palabra escrita. Por citar algunos ejemplos de estas empresas, se encuentran los trabajos de los gobiernos de Colombia llevados a cabo entre 1930 y 1946, como la fundación de Misiones Culturales y Bibliotecas Aldeanas que, en conjunto, eran proyectos que buscaron amplificar la alfabetización y, por ende, las prácticas lectoras.⁴⁷

Este nuevo brío en la lectura impulsó mucho más las prácticas editoriales que propiciaron la fundación de periódicos, y revistas en mayor escala. A pesar de esto, los textos producidos por estos hombres letrados no alcanzaron el rigor metodológico propio de las

⁴⁷ GUZMÁN y MARÍN, “Lectores y textos escolares durante la primera mitad del siglo XX en Colombia”, p.186

universidades europeas y estadounidenses, hasta la segunda mitad del siglo XX. Fue por eso por lo que, los medios impresos como las revistas fueron los principales medios de expresión y de consolidación de un canon de escritura a seguir, que a su vez marcaron las pautas y temáticas que finalmente llegaban al público lector.⁴⁸

En torno a los textos generados desde el campo de las letras, la forma más común de manifestar las ideas fue, como ya se mencionó, a través del ensayo, que representó la forma más recurrente de manifestar la visión que sobre América Latina construían los escritores. A través de la escritura de los ensayos fue que se generó el campo adecuado para llevar a cabo debates, intercambios y el uso de un lenguaje común entre quienes formaban los círculos de hombres letrados. Las publicaciones, como las revistas, dieron un espacio material a estas disertaciones, su periodicidad posibilitó también el intercambio rápido y continuo de opiniones.⁴⁹

De hecho, en las primeras décadas del siglo XX, las formas de interacción desarrolladas tanto en el ámbito político como en el campo de la escritura en América Latina, ejercieron grandes influencias en las discusiones generadas desde la tradición latinoamericanista. Esto permite situar las actividades de escritura, configuración y continuidad de esa cultura letrada en un contexto en el que sus resultados estuvieron enfocados en reflexionar y diseñar la idea de una América Latina unificada y su papel en el contexto global.

En América Latina, la producción de textos durante el siglo XX también estuvo influenciada por los acontecimientos de las últimas décadas del siglo XIX, como la victoria de Estados Unidos sobre España en 1898, la cual reveló el poder avasallador que comenzaba a concentrar el país del norte. A raíz de estos sucesos, la visión que se construyó desde América Latina sobre la relación que se establecía entre los dos hemisferios del continente se reflejó en los textos producidos desde el subcontinente. Esta visión buscaba resaltar las diferencias percibidas en relación con Estados Unidos, tomando como base un enfoque de “raza” y “cultura”, en el que Estados Unidos representaba una vida materialista y de consumo desenfrenado, mientras que América Latina se concebía como la heredera de la cultura y los valores espirituales europeos. Un ejemplo de esta perspectiva se encuentra en el célebre *Ariel*

⁴⁸ ALTAMIRANO, *Historia de los intelectuales en América Latina*, p.10.

⁴⁹ BOTINELLI y SANHUEZA, “Literatura y política en América Latina en el siglo XX: apuntes para una discusión. Introducción”, p. 31

(1900) de José Enrique Rodó, quien sentó las bases para la comprensión de América Latina en las primeras décadas del siglo XX. Sus ideas fueron acogidas posteriormente por otros hombres de letras como Pedro Henríquez Ureña con obras como “La utopía de América” (1925), Francisco García Calderón con “La creación de un continente (1912), Rufino Blanco Fombona con “La evolución política y social de Hispano-América” (1911), entre otros.⁵⁰

Las consideraciones sobre la unidad continental de América Latina tuvieron entonces un clima favorable en la coyuntura que representaron los festejos del Centenario de las Independencias porque en dichas conmemoraciones se reavivó el interés para hacer énfasis en los rasgos comunes del subcontinente como, por ejemplo, las raíces hispánicas en términos raciales, así como el vínculo con el Viejo Continente, considerado como el seno de “las buenas costumbres” y “la civilización” en contraposición con la lógica de mercado de Estados Unidos y finalmente el rescate de lo indígena, tratándose del indígena del pasado precolonial, vinculado a las grandes civilizaciones como los padres de una raza mestiza con múltiples posibilidades. También la importancia de esta coyuntura se encuentra en la relación que tuvo el impulso de una serie de proyectos de índole cultural generados para la conmemoración de las Independencias. Estos van desde la formación de colecciones documentales del periodo que pudieran visibilizar el pasado nacional, la elaboración de monumentos, construcción de edificios, avenidas, museos que mostraran los elementos propios de las historias patrias y también la publicación de textos que enlazaran el pasado nacional con las políticas actuales y la participación latinoamericana en el entorno global.⁵¹

Hispanoamericanismo, hispanismo e hispanidad

El análisis de América Latina y su relación con el resto del mundo fue un tema de suma importancia en las discusiones que tuvieron lugar en España. Es relevante destacar la influencia que estas visiones ejercieron en el desarrollo de la cultura letrada latinoamericana. Diferenciar las corrientes que coexistieron con este modelo de relación con América Latina

⁵⁰ DEVES, “El pensamiento latinoamericano a comienzos del siglo XX: la reivindicación de la identidad”, pp. 18-25.

⁵¹ MALLOSETTI, “Arte e historia en los festejos del Centenario de la Revolución de mayo en Buenos Aires”, p. 466.

permitirá comprender cómo cada una de ellas influyó en la política y la cultura de la región. Los términos clave en este contexto son el panhispanismo, el hispanoamericanismo progresista y la hispanidad.

Estos enfoques estuvieron estrechamente relacionados con los eventos históricos internos que tuvieron lugar en el territorio español (como la Restauración (1874-1931), la guerra contra Estados Unidos (1898), la dictadura de Primo de Rivera (1923-1930), la Segunda República (1931-1939) y la Guerra Civil (1936-1939), así como con las reacciones generadas como respuesta a las coyunturas internacionales de la primera mitad del siglo XX. Cada uno de estos enfoques evidencia que la relación entre España y los territorios que fueron sus colonias al otro lado del Atlántico siguió siendo un tema central de discusión desde mediados del siglo XIX hasta bien entrado el siglo XX.

En primer lugar, comprender lo que implica el término panhispanismo facilita la comprensión de que, al igual que otros proyectos de integración supranacional, este se centraba en la idea de estrechar los lazos existentes entre España y América, en los que uno de los dos territorios ocuparía el sitio de hegemonía. Este tipo de americanismo se fundamentaba principalmente en la noción de la unión espiritual e histórica que se estableció entre España y América desde la conquista de estos territorios ultramarinos siglos antes.

Según Sepúlveda, el panhispanismo se apoyaba en al menos tres aspectos clave que deben considerarse como parte constitutiva de su proyecto e ideología. El primero de estos aspectos es su carácter nacionalista, ya que, mediante el rescate del pasado imperial, se lograría consolidar la identidad de una España en decadencia y borrar las diferencias identitarias internas. En este contexto, el pasado colonial americano adquirió una especial relevancia. El segundo aspecto está relacionado con el papel central de la religión católica, que se consideraba una de las principales contribuciones de España al resto del mundo: la transmisión de la fe católica al nuevo continente a través de la evangelización de los nativos americanos. El tercer punto se refiere a los elementos fundamentales para organizar a las personas en torno a una comunidad, tales como la lengua y la raza, con los cuales España reavivó la imagen de sí misma como poseedora de una superioridad moral sobre América.⁵²

⁵² SEPÚLVEDA, “Corrientes conformadoras del hispanoamericanismo. El panhispanismo, el hispanoamericanismo progresista, la hispanidad”, pp. 99-102.

De esa manera, movimientos previos como el pangermanismo y el panlatinismo servían como ejemplo ideológico para presentar una nueva política exterior española, pero con sus propios matices, donde, más que aventurarse a la empresa expansionista, se dirigía a tomar una postura de defensa contra ataques exteriores, ese fue el origen de los intentos unionistas de corte supranacional propiciados por los americanistas españoles.⁵³ El panhispanismo entonces buscaba recuperar la continuidad histórica entre América y España, rescatando la influencia católica y la labor evangelizadora que tuvo en el continente en siglos previos. El panhispanismo entonces buscaba recuperar la continuidad histórica entre América y España, rescatando la influencia católica y la labor evangelizadora que tuvo en el continente en siglos previos.

Con base en esa ideología panhispanista, se gestaron esfuerzos para consolidar asociaciones y acciones que pudieran colaborar en ese esquema unionista. Dentro de esos programas de activación de la política exterior española hacia América, una de las primeras asociaciones orientadas a este fin fue la Unión Ibero-Americana, inaugurada en 1885.⁵⁴ Esta asociación buscó en buena medida afianzar los lazos culturales, artísticos y literarios y propiciar los posibles puentes comerciales entre España, Portugal y las naciones de habla hispana y portuguesa en América. Fue una de las más duraderas con respecto al desarrollo de un programa americanista, con fusiones con otras asociaciones como la Unión Hispanoamericana en 1890, y con la Asociación Hispanoamericana durante la dictadura de Primo de Rivera. No obstante, los recursos no siempre fueron fluidos, por lo que el crecimiento de este proyecto tuvo muchas limitaciones.⁵⁵

Desde la inauguración de la Unión Ibero-Americana, ya se vislumbraba el temor entre los intelectuales y políticos españoles respecto al peligro que representaba la creciente expansión de Estados Unidos. Este recelo se incrementó tras la pérdida de la guerra en 1898, coyuntura que constituyó un punto clave en la consolidación de los movimientos

⁵³ SEPÚLVEDA, “Corrientes conformadoras del hispanoamericanismo. El panhispanismo, el hispanoamericanismo progresista, la hispanidad”, p. 101.

⁵⁴ Entre los fundadores de la Unión Ibero-Americana se encontraron distintos hombres dedicados al ámbito diplomático y de las letras, como Jesús Pando y Valle director de la revista *Los Dos Mundos*, Mariano Cancio Villamil quien fungió como intendente en Cuba, así como Segismundo Moret presidente de la asociación. Véase: SEPÚLVEDA, “Medio siglo de asociacionismo español 1885-1936”, p. 273.

⁵⁵ Uno de los resultados más visibles del programa de la Unión Ibero-Americana fue la consolidación de la llamada “Fiesta de la raza” que buscaba celebrar el 12 de octubre como fiesta nacional en España y las naciones americanas. Véase: SEPÚLVEDA, “Medio siglo de asociacionismo español 1885-1936”, p. 276.

americanistas en España. El sentimiento antipanamericanista tuvo una fuerte presencia en textos y conferencias de la asociación, los cuales fueron publicados en la revista *Boletín Unión Ibero-Americana*.

Por otro lado, derivado de la importancia otorgada a la religión como eje central de la ideología panhispanista, y como parte del puente vinculador entre España y América, se facilitaron las condiciones materiales para la producción de textos enfocados en la unión de ambos territorios, con un enfoque en temáticas religiosas. Ejemplos de ello son la publicación de la *Revista Ibero-Americana de Ciencias Eclesiásticas* (1901), *España y América: Revista Comercial Ibero-Americana* (1904), y el *Boletín Eclesiástico Hispanoamericano* (1903). Estos textos se concentraban principalmente en detallar la importancia de la religión en la herencia hispánica, así como en las críticas al liberalismo americano. Se sostenía la noción de que el liberalismo representaba una de las amenazas que implicaba el avance de Estados Unidos.⁵⁶

Tras la Primera Guerra Mundial, se hizo patente la necesidad de fortalecer las alianzas de España con el exterior, al tiempo que Estados Unidos comenzaba a desempeñar un papel fundamental en el desarrollo de los hechos internacionales. En este contexto, la política española se enfocó en mantener un carácter de neutralidad; sin embargo, se optó por estrechar los lazos con América. Los hispanoamericanistas vieron en esta situación la oportunidad de consolidar la unión con distintos países americanos, lo que, según ellos, afianzaría las bases de la idea de una comunidad hispánica, fortalecería el comercio y posicionaría a España como una potencia tras el fin de la guerra. Buena parte de estas preocupaciones también estaban influenciadas por un fuerte sentimiento antiestadounidense, por lo que generar estas formas de vinculación permitiría, en cierta medida, frenar el crecimiento de la hegemonía estadounidense.

No es hasta la instauración del gobierno de Primo de Rivera (1923-1930) cuando los principios del panhispanismo se manifiestan de manera oficial en distintas políticas de expansión, especialmente de índole cultural, desde España hacia América. La primera de tales acciones tuvo lugar con el viaje emprendido por Primo de Rivera y Alfonso XIII para reunirse con Benito Mussolini, y con la visita de Alfonso XIII al papa Pío XI en 1923. En

⁵⁶ SEPÚLVEDA, “Corrientes conformadoras del hispanoamericanismo. El panhispanismo, el hispanoamericanismo progresista, la hispanidad”, p. 108.

este encuentro, se buscó que el pontífice confirmara la idea de que España representaba los intereses de las diversas naciones hispanoamericanas, reforzando el papel del catolicismo en ese respecto. La visita de Alfonso XIII al Vaticano tuvo efectos positivos, ya que las relaciones entre España y la Santa Sede dieron frutos, como la creación de la Junta Delegada del Real Patronato Eclesiástico (1924), a la cual se delegó la responsabilidad de nombrar obispos y sacerdotes. Con esta acción, se podría decir que el papa Pío XI observó en esta reunión el interés del gobierno de Primo de Rivera y Alfonso XIII por difundir la fe católica.

Durante la dictadura riverista autores como Ramiro de Maetzu y José María Pemán se convirtieron en sus principales ideólogos. Con respecto a las influencias de Maetzu en la conformación del hispanismo primorriverista, Jiménez Torres trata de apuntar que, contrario a las opiniones que se concentran en mencionar que dicho autor propone la noción de hispanidad hasta la etapa primorriverista entre 1928 y 1930. Es previo a este periodo que Maetzu ya comienzan las formulaciones que conciernen a la unión hispanoamericanista. De hecho, la dictadura de Primo de Rivera adoptó varias de las propuestas del hispanoamericanismo de Maetzu con giro conservador, nacionalista y pro-monárquico.⁵⁷

Según Jiménez Torres, el término *hispanoamericanismo* que construyó Maetzu deriva principalmente de las influencias de sus viajes como embajador a Argentina, su estancia en Londres y los acercamientos que tuvo con Cuba en sus primeros años, lo que contribuyó a la formulación de la idea de la unidad de las naciones hispanoamericanas.⁵⁸ Sobre la estancia de Maetzu en Londres, entre 1911 y 1912, es importante recalcar las influencias y encuentros que sostuvo con hombres de letras provenientes de Latinoamérica, especialmente con los escritores miembros de la revista *Hispania* (1912), con quienes compartió textos e ideas. También las influencias que tuvo con letrados ingleses (del periodo eduardiano -desde 1901 hasta 1914) de quienes retomó la crítica al imperialismo de finales del siglo XIX e inicios del XX.⁵⁹

La concepción de la hispanidad propuesta por el autor en esa época difiere significativamente de la adaptada años más tarde durante el franquismo. Su planteamiento se centra en una revisión crítica de la colonización europea, así como de los proyectos coloniales

⁵⁷ MAEZTU, *Defensa de la Hispanidad*, p.10.

⁵⁸ MAEZTU, Ramiro de, *Defensa de la Hispanidad*, p. 10.

⁵⁹ JIMÉNEZ, “Hacia la hispanidad a través de Londres: la influencia de la estancia británica de Ramiro de Maetzu en la creación de un ideario Hispanoamericanista (1905-1934)”, pp. 483-509.

previos y su viabilidad en el contexto de la expansión que caracterizaba aquel periodo histórico. Según Maetzu, el imperio español se distinguía de otros en tanto no se limitaba a una relación de dominación, sino que tenía como trasfondo una misión evangelizadora, orientada a la incorporación de las razas al catolicismo y la fe. En este sentido, sostenía que, a diferencia del imperio británico, España había alcanzado la grandeza imperial al lograr la mezcla racial y la integración de sus colonias bajo un objetivo común: la unión en la religión y la salvación de las almas en el continente americano.

En relación con la política expansionista de los Estados Unidos, cuyo impacto resultó dramático para la identidad española y su posterior crisis, el autor argumentaba que la decadencia de España se produjo tras adoptar las políticas "materialistas y racionalistas" características de otros imperios europeos. Este enfoque, según su análisis, ocasionó un deterioro político y económico y también puso en peligro los fundamentos culturales y espirituales de la nación. En respuesta, proponía como única defensa el rescate y la revalorización de la historia y cultura compartida entre América Latina y España. Advertía, además, sobre el peligro latente de dominación sobre América Latina, que, a su juicio, enfrentaba el riesgo de sucumbir al materialismo promovido por el país del norte, lo cual implicaría un abandono de la moral y de la rica herencia cultural hispanoamericana.⁶⁰

La obra *Defensa de la Hispanidad* (1934) recogió varios de los postulados hechos por Maetzu en dicha estancia en Londres, en donde propuso que la identidad común que debía retomarse se sentaba en sobre las bases de:

(...) la cooperación política y económica entre las naciones hispanohablantes hacia el terreno del tradicionalismo monárquico español, influyendo así en el devenir de esta corriente de pensamiento (...) con una clara intención de intervenir en los debates de aquel periodo acerca de la religión, la monarquía y la identidad nacional, la obra obtuvo gran repercusión en España como en algunos países latinoamericanos - especialmente Argentina-.⁶¹

Estas propuestas se enmarcaron, además, en el contexto de los festejos de los centenarios de las independencias, específicamente durante el periodo comprendido entre 1910 y 1924. Dicho contexto evidencia que las celebraciones de esa época no se limitaron exclusivamente

⁶⁰ JIMÉNEZ, "Hacia la hispanidad a través de Londres: la influencia de la estancia británica de Ramiro de Maetzu en la creación de un ideario Hispanoamericanista (1905-1934)", pp. 486-489.

⁶¹ JIMÉNEZ, "Hacia la hispanidad a través de Londres: la influencia de la estancia británica de Ramiro de Maetzu en la creación de un ideario Hispanoamericanista (1905-1934)", pp. 484.

a los marcos nacionales, sino que implicaron significativas relaciones internacionales, destacándose la presencia española en territorio americano. Este escenario propició un activo intercambio cultural y la configuración de redes de intelectuales, tanto españoles como americanos.

Un ejemplo de este fenómeno se encuentra en las colaboraciones publicadas en la revista *Hispania* y en las interacciones de Maeztu con figuras destacadas como Baldomero Sanín Cano y Santiago Pérez Triana. Asimismo, se registraron constantes intercambios intelectuales con autores como Alcides Arguedas y Francisco García Calderón, quienes ya discutían las ideas latinoamericanistas propuestas por José Enrique Rodó en su obra *Ariel*, mientras residían en Londres.⁶²

Un aspecto por destacar es la utilización de forma oficial del término “hispanoamericanismo”; y a la vez, esto resulta en el reconocimiento posterior de los objetivos de este movimiento americanista. A pesar el uso del término hispanoamericanista, y de la confluencia de algunos de los puntos del programa progresista (el interés por la cultura, las artes, el idioma, etc.), el hispanoamericanismo primorriverista concordaba más en sus fundamentos con el panhispanismo, como, por ejemplo, la supremacía moral española sobre los territorios americanos. Según lo menciona Sepúlveda: “El maridaje de ambas corrientes, paulatinamente acrecentado a lo largo de la dictadura, fue una de las causas del fortalecimiento del panhispanismo.”⁶³

La relación entre los principios del hispanoamericanismo progresista y el panhispanismo se manifestó, durante la dictadura, en las políticas dirigidas hacia América en 1925. Esto se concretó con la fundación del Directorio Civil, el cual incorporó a su política exterior ciertas ideas progresistas, aunque sin alterar los objetivos fundamentales del panhispanismo.

Esta síntesis de enfoques resultó en una transformación del americanismo español hacia el final de la dictadura de Primo de Rivera. Dicha transformación facilitó la consolidación de algunos programas impulsados por los grupos vinculados a la corriente

⁶² JIMÉNEZ, “Hacia la hispanidad a través de Londres: la influencia de la estancia británica de Ramiro de Maeztu en la creación de un ideario Hispanoamericanista (1905-1934)”, pp. 497-498.

⁶³ SEPÚLVEDA, “Corrientes conformadoras del hispanoamericanismo. El panhispanismo, el hispanoamericanismo progresista, la hispanidad”, p.119-121.

hispanoamericanista progresista, marcando así un punto de inflexión en la articulación de las relaciones entre España y América.

Hispanoamericanismo progresista

Entre los grupos políticos españoles siempre estuvo presente la preocupación por la posible decadencia de España y la necesidad de su rescate. Sin embargo, el plan prioritario de los sectores progresistas consistía en configurar una nueva idea de nación que permitiera superar la crisis, especialmente tras la pérdida de los territorios frente a Estados Unidos en 1898, e iniciar un proceso de restablecimiento. Según esta visión, los territorios que habían sido colonias ultramarinas españolas representaban una de las vías más viables para renovar y engrandecer la identidad española. La propuesta se centraba en la construcción de elementos comunes, poniendo énfasis en aspectos como la lengua y la historia compartida en América, entre otros aspectos.

En este contexto, algunas élites letradas y políticas asumieron la responsabilidad de impulsar el cambio y el desarrollo cultural en España. Su objetivo principal era combatir el atraso y posicionar al país como un bastión cultural tanto en Europa como en América Latina. Los principales simpatizantes de esta corriente abogaban por liderar una transformación profunda en el espíritu de la sociedad, privilegiando el uso de la palabra y la producción intelectual sobre el empleo de la fuerza armada. Asimismo, asumían el rol de tutores de la cultura española, promoviendo la renovación del prestigio nacional a través de la solución de los problemas sociales mediante la recuperación de los valores tradicionales.

En esta estrategia, se destacó la importancia de los vínculos históricos y culturales entre España y América, fundamentados en la tradición hispánica común. Esta visión dio lugar a una corriente significativa que promovió un fortalecimiento político y cultural con América, evidenciado en el incremento de las actividades periodísticas y publicitarias.⁶⁴

A partir de estas iniciativas, se comenzaron a organizar una serie de congresos orientados al estudio de la historia, la cultura y la literatura española e hispanoamericana en ambos lados del Atlántico. Uno de los resultados más destacados de este esfuerzo fue la

⁶⁴ SEPÚLVEDA, “Corrientes conformadoras del hispanoamericanismo. El panhispanismo, el hispanoamericanismo progresista, la hispanidad”, p.124-128.

creación de instituciones similares a la Real Academia de la Lengua en los territorios americanos, así como la participación activa de autores tanto españoles como americanos, entre ellos Rufino Blanco Fombona, Manuel Ugarte y Horacio Castellanos Moya, por mencionar algunos.⁶⁵ Además, buena parte de los objetivos del proyecto progresista se reflejó en los esfuerzos promovidos por la Unión Ibero-Americana.

El hispanoamericanismo progresista, por su parte, constituyó una postura que coexistió con otras visiones respecto a las relaciones entre España y América. A diferencia de los panhispanistas, esta corriente otorgaba un énfasis particular al aspecto cultural, destacando la importancia de los intercambios intelectuales y las raíces compartidas. En este contexto, resulta fundamental considerar el papel del expansionismo estadounidense, ya que, para los partidarios del americanismo español, identificar a Estados Unidos como el enemigo principal fue un elemento clave para consolidar la unión hispanoamericanista.

En comparación con las propuestas panhispanistas, que propiciaron la creación en España de asociaciones americanistas centradas principalmente en el comercio, las iniciativas culturales de figuras como Rafael Altamira y Crevea (1866-1951) evidencian un interés especial en fortalecer las relaciones a través de la prensa y la enseñanza de la cultura española en América. A través de la Universidad de Oviedo, Altamira realizó viajes a países como Argentina, Chile, Perú y México, entre otros, que le permitieron establecer intercambios de intereses, textos y cátedras con universidades de dichas naciones. Este tipo de labor se mantuvo hasta su exilio forzado durante la dictadura franquista. Desde estas iniciativas, se buscaba comprender el mundo americano en su vínculo con la historia española.

En este contexto, algunos de los esfuerzos más destacados de este enfoque se desarrollaron en torno a las celebraciones de los centenarios de las independencias en América, eventos en los que España desempeñó un papel significativo. Aunque estas conmemoraciones rememoraban las rebeliones contra el dominio peninsular, se aprovecharon como una oportunidad para fortalecer los lazos entre ambos lados del Atlántico. Dichos festejos facilitaron la creación de redes de intercambio entre intelectuales, cuyas labores adquirieron mayor visibilidad. De esta manera, el ámbito de las letras se consolidó

⁶⁵ Estos esfuerzos no disminuyeron, a tal grado que incluso en 1951 fue posible la celebración del primer congreso de Academias de la Lengua que seguía buscando la unidad lingüística y cultural propuesta por los primeros hispanoamericanistas de corte progresista.

como un espacio de discusión sobre el presente y el futuro tanto del subcontinente americano como de España.

Un ejemplo claro del impacto de estas comunidades letradas y su participación en estas conmemoraciones fue la ampliación de las actividades educativas de la Junta de Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas (JAE), fundada en 1907 en Madrid. Las redes formadas por diplomáticos e intelectuales a partir de la fundación de la JAE permitieron visibilizar sus producciones escritas durante las ceremonias y generar nuevos vínculos tanto políticos como intelectuales en ambos continentes.

Además, se aprovecharon las iniciativas de la JAE para fomentar un intercambio cultural más profundo. Cada año, la Junta enviaba dos representantes de España a diferentes países de América para impartir conferencias, talleres y cursos, con el propósito de facilitar el intercambio de conocimientos sobre la cultura hispanoamericana. Sobre esta base, se estableció el programa de pensiones de la JAE, que promovió el intercambio de estudiantes y profesores especialistas en diversas áreas tanto en Europa como en América, consolidando así un valioso puente académico y cultural.

Según señala Moreno Luzón, aunque en el fondo persistían reticencias a reconocer las independencias de las naciones americanas —pues ello implicaba aceptar la pérdida y la debacle del antiguo imperio español—, el apoyo a las celebraciones de los centenarios buscaba establecer vínculos amistosos con la América de habla hispana, considerada clave para la renovación de España en medio de su crisis. Por esta razón, aunque se reconocía la independencia de las nuevas naciones americanas, seguía latente una cierta noción de superioridad española. Esta percepción no se desvaneció por completo hasta las celebraciones del cuarto centenario del descubrimiento de América.⁶⁶ En efecto, esta idea de superioridad, en gran medida heredada del panhispanismo, contribuyó a dar fundamento a la ideología del hispanismo y de la hispanidad. Desde las iniciativas promovidas por otros grupos de intelectuales, estas nociones fueron articuladas como elementos centrales para redefinir las relaciones culturales e históricas entre España y América.

⁶⁶ MORENO, “Reconquistar América para regenerar España. Nacionalismo español y Centenario de las Independencias en 1910-1911”, pp. 561-640.

Hispanidad

La noción de hispanidad debe entenderse en íntima conexión con las necesidades nacionalistas de España, particularmente en relación con un nacionalismo de corte conservador. Este término no puede analizarse plenamente antes de 1930, dado que durante la etapa de la incipiente república no se desarrollaron políticas públicas específicas para regular las relaciones entre España y América. En ese periodo, la mayoría de los esfuerzos estuvieron a cargo de grupos de intelectuales que, organizados en asociaciones, actuaban de manera independiente, con escasa colaboración directa del aparato estatal.

Con el ascenso del nacionalismo conservador y su adopción de una política de Estado más definida, especialmente en respuesta a la amenaza de la revolución social y el avance del anticomunismo, se promovió desde los programas estatales e institucionales la difusión de la idea de la hispanidad. Este concepto adquirió entonces un carácter nacional y se vinculó directamente con el auge del fascismo español.

En contraste, durante la época de la República (1931-1939), el hispanoamericanismo progresista se abordó desde estrategias de tipo cultural, orientadas a fomentar relaciones amistosas entre España y sus antiguas colonias. Por otro lado, la noción de hispanidad, promovida en el contexto del nacionalismo conservador, buscó enaltecer la identidad nacional española, centrando su discurso en la misión evangelizadora como eje fundamental. Además, se articuló como una reacción contra el anticlericalismo, asociado a liberales y demócratas republicanos, y como una crítica al materialismo percibido en los Estados Unidos.

El texto *Defensa de la Hispanidad* de Ramiro de Maetzu, junto con la participación de Zacarías de Vizcarra en la construcción y difusión del término, constituyeron los fundamentos del hispanismo de corte conservador. Este movimiento, en combinación con el creciente fascismo en Europa, dio lugar a la noción de hispanidad.⁶⁷ Dicho concepto fue adoptado como parte del ideario del régimen instaurado por Francisco Franco, que buscaba restablecer el poderío de España en los ámbitos económico, territorial, moral y espiritual sobre los territorios americanos que anteriormente habían formado parte de su imperio.

⁶⁷ MAEZTU, *Defensa de la Hispanidad*, p. 24.

Esta propuesta se integró en la propaganda nacionalista del franquismo en relación con América, con el objetivo de reforzar la conexión histórica y cultural entre ambas regiones.⁶⁸ En este contexto y bajo estas políticas, en 1940 se creó el Consejo de la Hispanidad, dependiente del Ministerio de Asuntos Exteriores. Su propósito principal era posicionar a España como la nación guía de los territorios americanos que una vez formaron parte de su imperio, promoviendo un retorno a la fe católica como eje central de esta relación.⁶⁹

Desde esta corriente, se argumentaba que las formas liberales predominantes en América promovían la desestabilización social, cuyo extremo se evidenciaba claramente en la proliferación del comunismo. En consecuencia, desde la noción de hispanidad, se buscó consolidar programas estatales destinados a contrarrestar lo que se percibía como una posible revolución social. Posteriormente, entre 1945 y 1957, el discurso de la lucha contra el comunismo y la defensa de la fe católica fue utilizado por los franquistas como un instrumento político para superar el rezago social. En este mismo contexto, España expresó su apoyo a Estados Unidos en la lucha anticomunista.

Por otro lado, a través del uso de la palabra escrita, se articuló la manifestación de desagrado frente al fascismo, el cual amenazaba con despojar al mundo de los principios liberales de democracia y libertad. Se consideró una necesidad compartida entre los intelectuales latinoamericanos y los detractores de Francisco Franco el defender la causa política e ideológica republicana en España frente a las fuerzas del fascismo. Al solidarizarse con la República, estos intelectuales apoyaron su lucha tanto en las trincheras como en la prensa, con el objetivo de crear una fuerza de debate que actuara en América Latina y en ambos lados del Atlántico.

Panlatinismo, latinoamericanismo y la formación de la tradición latinoamericanista

Para comprender el desarrollo de la idea de América Latina, es fundamental explicar que dicha noción no se consolidó únicamente a partir de sus orígenes franceses, sino gracias al impulso proporcionado por diversos intelectuales que, mediante sus esfuerzos de escritura,

⁶⁸ PITA, “La discutida identidad latinoamericana: debates en el Repertorio Americano, 1938-1945”, pp. 241-265.

⁶⁹ Sustituido tras finalizar la Segunda Guerra Mundial por el Instituto de Cultura Hispánica.

lograron consolidar el latinoamericanismo como un proyecto no solo literario, sino también político y cultural. Este proyecto buscaba contrarrestar de manera efectiva el avance de la potencia del Norte sobre el subcontinente.

Desde el siglo XIX, la relevancia de los intelectuales los ubicó en una esfera de poder en la que participaron activamente en decisiones fundamentales en términos de gobierno. Es importante subrayar su papel crucial en la formación de redes transnacionales, las cuales permitieron la configuración de una visión propia sobre el pasado, el presente y el futuro del subcontinente, así como de cada una de las naciones que lo integraban.

Durante mucho tiempo, los textos producidos por estos intelectuales, incluso ya a inicios del siglo XX, funcionaron como disertaciones teóricas, políticas y culturales, combinadas con la producción literaria. Además de su gran influencia en la esfera pública, eran considerados creadores de sentido, guías para sus comunidades y potenciales agentes de cambio social y político. Ejercieron esta función hasta bien entrados los años 60, aunque su rol social comenzó a transformarse, desplazándose conforme a la creciente profesionalización y especialización de sus campos de acción.

Es importante señalar que el latinoamericanismo desarrollado por estos intelectuales experimentó diversos cambios significativos. No obstante, uno de sus principales antecedentes fue el panlatinismo francés del siglo XIX, junto con las políticas derivadas de ese intervencionismo. Estas ideas y políticas se perpetuaron, a largo plazo, en el ámbito de las letras y la cultura, en el que los intelectuales latinoamericanos participaron activamente como agentes y constructores de dichas corrientes.

Abordar el desarrollo del latinoamericanismo implica reconocer las transformaciones que experimentó el concepto mismo, así como la estrecha relación que mantuvo con el panlatinismo francés. El término América Latina tiene sus orígenes en Francia, durante la primera mitad del siglo XIX, impulsado principalmente por los expedicionarios y científicos franceses enviados al continente con el fin de facilitar las intervenciones posteriores de Napoleón III en América, específicamente en territorio mexicano.

Según lo expone García Berace, el movimiento panlatinista francés surge en 1851, y fue con Napoleón III (1852-1870) y un grupo de ideólogos franceses que se promovió la idea de que los españoles, portugueses y sus descendientes formaban parte de una supuesta "raza

latina".⁷⁰ Según indica el autor, este discurso obedeció a un objetivo político de dominación en el Atlántico, desarrollado a espaldas de las potencias ibéricas. Fue con esta finalidad que se construyó el concepto de América Latina.

El latinoamericanismo entonces se liga al desarrollo de esta corriente, idea que buscaba la unidad de las naciones de origen latino, basándose principalmente en características de origen lingüístico y cultural. El panlatinismo era otra de las formas de unionismo propias de la época, y planteaba la incorporación de territorios como Bélgica, España, Portugal, Italia y Rumania. Francia sería el país que lideraría el proyecto, puesto que se consideraba como "(...) la mejor situada para absorber los métodos modernos de la ciencia y la tecnología exitosamente aplicada por los anglosajones, y de condicionar estos métodos con el temperamento y tradiciones latinas."⁷¹

Michel Chevalier fue el principal promotor del panlatinismo, al proporcionar tanto el sustento ideológico como geopolítico para la expedición militar de Napoleón III a México. Chevalier planteaba la necesidad de reemplazar las antiguas formas de organización heredadas de la corona española, que ya se encontraban en decadencia, por el auge cultural francés, con el fin de enfrentar adecuadamente el avance anglosajón en América. Así, la misión emprendida en México no se veía como una ocupación territorial, sino como una intervención destinada a salvaguardar a América Latina, consolidarla en convergencia con el proyecto panlatinista y contrarrestar la creciente influencia de Estados Unidos.

Entre 1860 y 1880, la política francesa estuvo orientada a enviar todo tipo de científicos que acompañaran las expediciones militares de Napoleón III. Esto permitió la incorporación de intelectuales que contribuyeron a la creación de textos sobre América, siguiendo los estilos y formas franceses. De este modo, la noción de América Latina surgió inicialmente como parte del proyecto francés para el continente, un programa que también respondía al vacío de poder dejado por las independencias de las naciones americanas de la corona española.

En consecuencia, existió una intención de ocupación territorial por parte de Francia en América Latina a lo largo del siglo XIX, desde las independencias nacionales hasta bien entrado el siglo XX. La intervención francesa en México es un claro ejemplo de dicha

⁷⁰ GARCÍA, "El Movimiento panlatino francés desde 1851", pp. 1- 37.

⁷¹ AILLÓN, "La política cultural de Francia en la génesis y difusión del concepto L'Amérique Latine, 1860-1930", p. 76.

intención. De este modo, el término América Latina fue utilizado principalmente para designar los territorios ubicados al sur del Río Bravo, abarcando desde México, América Central y hasta la parte más austral de América del Sur.

No obstante, la derrota del ejército francés en México representó un acontecimiento clave para América Latina en general, pues fue precisamente este suceso el que logró frenar el proyecto expansionista francés sobre el territorio americano. De hecho, tras la pérdida sufrida en el proceso mexicano, los intentos de ocupación en América cesaron, lo que obligó a Francia a modificar su política para mantener una cierta injerencia en los asuntos del continente. Es importante destacar la creciente tensión generada por el avance de Estados Unidos, pues Francia observaba con recelo la influencia que este país comenzaba a ejercer sobre el resto de América. Debido a esta situación, y al no poder sostener una presencia directa en América Latina, Francia adoptó una estrategia cultural orientada a generar una política basada en la idea de una “homogeneidad latina”, sustentada en coincidencias intelectuales. Esta influencia fue adoptada y aceptada por diversas élites políticas e intelectuales de América Latina, lo que condujo a un reconocimiento mutuo entre los hombres de letras tanto en el subcontinente como en Francia. Por un lado, los intelectuales latinoamericanos buscaban ser reconocidos en Europa y mostrar su oposición al panamericanismo promovido por Estados Unidos; por otro, los franceses aspiraban a consolidar la posición de Francia como potencia cultural y política en el viejo continente.

De este modo, la política francesa hacia América Latina se reflejó principalmente en el ámbito cultural, logrando resultados significativos gracias al creciente apoyo que la francofilia encontró en los grupos letrados latinoamericanistas. Estos intelectuales buscaban formarse en Francia o participar en intercambios de textos entre ambos continentes. Este impulso cultural fue tan relevante que, a partir de la década de 1920, se lograron crear instituciones como colegios, centros de investigación y diversos comités de Alianzas Francesas en diferentes puntos de América Latina. Tal situación facilitó en gran medida la proliferación del latinoamericanismo y las fuertes relaciones entre los hombres de letras latinoamericanos y los intelectuales europeos. A su vez, el empeño de Francia por contrarrestar los intereses de Estados Unidos en América Latina fue de gran relevancia, pues permitió que las élites latinoamericanas dispusieran de alternativas políticas y argumentos para contener las ambiciones anglosajonas en la región. Es significativo que las élites de

América Latina, ya fueran políticas, intelectuales o científicas, en su mayoría identificarán la modernidad y la civilización cultural con los ideales franceses, y se esforzaron por propagar dichas ideas. Aunque Estados Unidos también podría representar estos estándares, el creciente capitalismo y la sociedad de consumo no eran modelos que los intelectuales latinoamericanos aspiraran a seguir.

Latinoamericanismo y cultura letrada

En gran medida, se puede afirmar que la concepción de América Latina como un subcontinente como región definida tiene sus raíces en la percepción de las colonias hispánicas en América de ser diferentes frente al gobierno peninsular. Además, el desarrollo de esta noción avanzó considerablemente después de las revoluciones de independencia contra la corona española, un momento en el que, ante el vacío dejado por la metrópoli, se hacía necesario definir lo que el territorio recién independizado representaba.

Un ejemplo de ello son los intentos de Simón Bolívar de convocar a la unidad de América, aunque esta iniciativa no obtuvo los resultados esperados. Como señala Betancourt, el siglo XIX estuvo marcado por conflictos internos y, en el mejor de los casos, los esfuerzos se centraron más en la definición y consolidación de los Estados nacionales, lo que, en última instancia, destacó las diferencias entre los territorios en lugar de fomentar una unidad continental.⁷² Sin embargo, las dudas sobre la viabilidad de una unidad territorial seguían presentes y continuaron siendo una cuestión relevante en los debates de la época.

En este contexto, la expansión económica y territorial de Estados Unidos durante el siglo XIX propició la generación de comparaciones, muchas de las cuales se manifestaron en el ámbito literario con el fin de resaltar las diferencias entre la América sajona y la América hispánica. En gran medida, estas comparaciones se centraron en subrayar las distinciones raciales que caracterizaban a ambos territorios.

Como señala Ardao, la noción de “americanismo” precede a la versión posterior del latinoamericanismo, desarrollada por los intelectuales latinoamericanos de mediados del siglo XX. Los primeros intentos de pensar en un proyecto unionista, impulsados en las primeras décadas del siglo XIX por figuras como Simón Bolívar, utilizaron el término

⁷² BETANCOURT, *América Latina: cultura letrada y escritura de la historia*, pp. 19-49.

“América” para referirse a los países de habla española en el continente. Aunque el latinoamericanismo como tal tiene sus raíces en las ideas francesas de 1836, la noción de “americanismo” con un sentido unionista se gestó varias décadas antes. Las explicaciones sobre América solían señalar que en el territorio coexistían dos razas: la latina y la sajona. Sin embargo, gracias al trabajo de los intelectuales latinoamericanos, se comenzó a estructurar la idea de una división entre las dos Américas, y se acuñó el término América Latina para referirse a la parte del continente con herencia católica y latina. Cronológicamente, la propuesta del americanismo empezó a perder relevancia, especialmente después del Congreso Americano de Lima (1864-1865), y gradualmente esta noción se desdobló en dos corrientes: la panamericana y la latinoamericana.⁷³

Según menciona Ardao:

(...) el “americanismo” clásico de fuente hispanoamericana, tuvo desde su origen en estado latente y a la vez conflictual, a los futuros “panamericanismo” y “latinoamericanismo” en esas condiciones se desarrolló a través de aquellos aludidos múltiples episodios de los cuales los fundamentales fueron el Congreso de Panamá-Tacubaya de 1826-28, y los dos llamados Congresos Americanos de Lima, de 1847-48 y 1864-65. (...) La terminología siguió siendo “americanista”: Congreso Americano, Unión Americana, Confederación Americana, Federación Americana, son, entre otras, expresiones que las sucesivas generaciones hispanoamericanas prodigan para referirse casi siempre solo a Hispanoamérica.⁷⁴

En la época de José María Torres Caicedo (1830-1889), la expresión más comúnmente utilizada por los intelectuales de la región era americanismo, hasta que este personaje comenzó a adoptar el término América Latina. Este cambio puede explicarse por las fuertes influencias e itinerarios intelectuales que Torres Caicedo llevó a cabo en territorio francés. Sus labores, que incluyeron una faceta diplomática, también se reflejaron en la creación de diversas instituciones, entre las cuales destacan las Academias de la Lengua fundadas en Colombia y El Salvador. Estas iniciativas dan cuenta de las influencias hispanoamericanistas en el desarrollo de dichos proyectos, ya que las Academias de la Lengua en América eran réplicas de aquellas que se habían establecido en territorio ibérico.

Más adelante, Torres Caicedo, siguiendo la misma línea de la fundación de academias, promovió un estrechamiento de lazos con Francia, materializado en la creación en París de

⁷³ ARDAO, “Panamericanismo y Latinoamericanismo”, p. 186.

⁷⁴ ARDAO, “Panamericanismo y Latinoamericanismo”, p. 187.

la sociedad denominada Unión Latinoamericana en 1879, y un año después, se fundó una organización similar en Roma.⁷⁵

Con José María Torres Caicedo, el latinoamericanismo apenas comenzaba a plantearse como una corriente literaria y cultural, aunque su uso continuó ganando terreno en el ámbito de las letras. Este proceso alcanzó un punto álgido con la publicación de *Ariel* de José Enrique Rodó. Si bien *Ariel* representó un hito importante en el pensamiento latinoamericanista, no se puede pasar por alto el impacto de la Guerra Hispano-Estadounidense de 1898. Este conflicto dejó al descubierto el carácter expansionista y dominador de la potencia del norte, alertando sobre la amenaza latente de una intervención estadounidense sobre el resto del continente.

Este hecho histórico sentó uno de los precedentes clave para el desarrollo de la tradición latinoamericanista en la literatura. A partir de las disertaciones arielistas y otras publicaciones que intentaron definir y explicar el “ser” del subcontinente, la producción de textos que abordaron el sentido de América Latina se aceleró notablemente, reflejando la creciente preocupación por la influencia extranjera y la necesidad de un enfoque propio para el futuro del continente.

El debate político y letrado en América Latina, especialmente en el contexto de las primeras décadas del siglo XX, se sustentó en una fuerte dimensión racial, en la que se resaltaban las diferencias, virtudes y vicios de las razas que habitaban los diferentes territorios del continente. Este enfoque racial además de reflejarse en las discusiones sobre la relación entre los países de América Latina y Estados Unidos, también se veía en el surgimiento de un nacionalismo que iba tomando forma y que, en muchas ocasiones, veía al sujeto de interés como el continente latinoamericano y su desarrollo cultural.

A medida que emergió la tradición latinoamericanista, las discusiones fueron mucho más complejas que una simple oposición entre el norte y el sur del continente. Las relaciones entre las dos Américas, tanto en términos políticos como culturales, no podían reducirse a una dicotomía clara. Esta complejidad se reflejó en las obras de los letrados latinoamericanos, como *Ariel* de José Enrique Rodó, que, al igual que otros textos, volvió a cuestionar la identidad latinoamericana a principios del siglo XX. La obra de Rodó, al poner en duda el ser latinoamericano, se convirtió en un punto de partida para la proliferación de disertaciones

⁷⁵ ARDAO, “Panamericanismo y Latinoamericanismo”, p. 185.

y escritos que trataron de dar una respuesta al dilema sobre la conceptualización del subcontinente.

Con la publicación de *Ariel*, comenzó a gestarse una segunda generación de latinoamericanistas, entre los cuales se destacaron figuras como Pedro Henríquez Ureña, Francisco García Calderón, Alcides Arguedas, y Manuel Ugarte. Estos pensadores se dedicaron a explicar la importancia de América Latina y a fortalecer al subcontinente. Su trabajo no solo se orientó hacia la reflexión sobre las características propias de la región, sino que también se vio impulsado por un creciente sentimiento antinorteamericano.

El latinoamericanismo se fue solidificando como una tradición que se construyó a partir de la oposición entre las características de los territorios del continente, en especial entre la América sajona y la América latina. Las discusiones giraron en torno a la modernidad, el consumo, la racionalidad, y el mercado, propios de la América anglosajona, en contraposición con el esteticismo, la cultura, el pasado indígena y la posterior noción de mestizaje que se asociaba con la identidad latinoamericana. Estos debates contribuyeron a la construcción del concepto de América Latina como región, buscando reafirmar su singularidad frente a los modelos impuestos por las potencias extranjeras.

Es necesario señalar que existió una estrecha relación entre el hispanoamericanismo y el latinoamericanismo, ambos concebidos como respuestas al panamericanismo. En este sentido, resulta fundamental destacar en qué consistió la política panamericanista y su evolución en el ámbito letrado, ya que ello permitirá subrayar el giro que tuvo lugar en el panorama panamericanista durante el periodo de la Guerra Fría. Para comprender este giro, es imprescindible abordar la construcción, los antecedentes y el desarrollo de dicha política en el ámbito de las letras.

Panamericanismo

A mediados del siglo XIX, derivado del pensamiento romántico y de la consolidación de los estados nacionales europeos, surgieron diversos modelos ideológicos que buscaban reunir a varios países bajo características comunes, ya fueran lingüísticas, culturales o incluso religiosas. Estos proyectos procuraban que el centro de la unión entre las comunidades fuera un país dominante que guiara al resto. Este enfoque fue heredado de los intentos previos y se

puso en marcha en el continente americano. El panamericanismo, como forma de vincular a Estados Unidos con el resto del continente, tiene sus orígenes a fines del siglo XIX. Su propósito fue establecer la manera en que la potencia norteamericana decidió relacionarse con los demás países de la región.

El término “panamericanismo” derivó del uso de la expresión “Pan-América” en Estados Unidos, y surgió como resultado de diversas gestiones políticas en términos económicos, realizadas entre 1889 y 1890. Estas gestiones dieron lugar a la celebración de la Conferencia Internacional Americana en Washington, en 1890. El objetivo de esta Conferencia era consolidar acuerdos que permitieran establecer entendimientos, particularmente de índole económica, entre los países asistentes. En dicho evento, destacó la participación de representantes de dieciocho países americanos.

En los años previos a esta primera conferencia panamericana, Estados Unidos mostró un interés limitado en las relaciones interamericanas, prefiriendo mantener una relación meramente diplomática. Si bien se manifestó un interés por establecer relaciones comerciales, estas fueron incipientes y modestas, dado que las contribuciones de los territorios latinoamericanos a la economía de Estados Unidos representaban menos de una cuarta parte de sus ingresos anuales. De hecho, en esos primeros acercamientos, la visión estadounidense sobre América Latina solía describirla como un territorio remoto, con una economía atrasada y políticas inestables.

A partir de la década de 1880, los intereses de Estados Unidos comenzaron a cambiar paulatinamente, y América Latina comenzó a ser percibida como un terreno accesible para el mercado, especialmente en el contexto de la sobreproducción agrícola que experimentaba Estados Unidos en esa época. Este cambio de perspectiva llevó a que América Latina se convirtiera en una vía comercial a explorar para lograr estabilidad económica. De esta manera, el panamericanismo no surgió bajo el discurso de cooperación mutua entre Estados Unidos y el resto de América, sino más bien como una noción basada en los beneficios políticos y económicos que Estados Unidos podría obtener.

El reflejo de estas crecientes intenciones fue la creación de la *Commercial Bureau of American Republics* (Oficina Comercial de Repúblicas Americanas) en 1890, cuyo propósito era la recopilación de datos relacionados con asuntos comerciales, aduaneros e intercambios con el resto de los países de la región. Este organismo estuvo estrechamente vinculado a los

objetivos financieros que se manifestaron en la primera celebración de la Conferencia Internacional Americana.

Previamente, ya se habían dado intentos de unir a América, como el primer Congreso de Panamá, promovido por Simón Bolívar, del cual ya se ha hablado anteriormente, así como otros congresos en años posteriores. Todos estos congresos, según Ferreras, evidencian el interés legítimo por generar vínculos más estrechos entre los países del continente americano, incluido Estados Unidos, aunque fuera en el ámbito monetario.⁷⁶

Estados Unidos expresó un mayor interés por el territorio de América Latina a medida que se presentaron los primeros argumentos sólidos para convocar a la primera reunión en 1889. Sin embargo, a diferencia de las propuestas de Simón Bolívar, se adoptó la doctrina Monroe como la base de la relación que se buscaba fortalecer entre Estados Unidos y América Latina. La doctrina Monroe, en sus inicios, proponía un sistema de relaciones entre naciones que buscaba repeler las intervenciones europeas en el continente. No obstante, con el tiempo, esta doctrina justificó y promovió el expansionismo norteamericano sobre el resto de los territorios americanos, actuando como mediador en las pugnas internas de América Latina y estableciendo amplias redes económicas.⁷⁷

El principal promotor de la idea de las conferencias interamericanas fue el secretario de Estado James G. Blaine, quien, desde 1881, proponía la necesidad de abogar por la paz hemisférica, retomando de la doctrina Monroe la premisa del papel de Estados Unidos en la implementación de dicha paz. Tras extensas discusiones, se logró el apoyo al proyecto panamericanista de ambos partidos del Congreso, tanto el demócrata como el republicano. Como resultado, la política panamericanista comenzó a tomar forma a partir de la década de 1880, lo que llevó, años después, a la invitación a los gobiernos latinoamericanos para asistir a la Conferencia Internacional Americana, que se celebraría en Washington en 1889.

Entre los principales puntos tratados en esa primera conferencia destacaron aquellos relacionados con las vías de comunicación y transporte, regulaciones sobre pesos y medidas, leyes sobre derechos de autor y marcas, así como la posibilidad de establecer una moneda de cambio en plata. Además, se acogieron algunos de los principios unionistas propuestos por

⁷⁶ FERRERAS, “El Panamericanismo y otras formas de relaciones internacionales en las Américas en las primeras décadas del siglo XX”, p. 160.

⁷⁷ SMITH, “The First Conference of American States (1889-1890) and the early Pan American Policy of the United States”, p. 20.

Blaine, incluyendo la idea de un sistema de arbitraje para la resolución de conflictos y la promoción de la paz hemisférica.⁷⁸

Bajo la presidencia de Benjamin Harrison (1889-1893), se otorgó nuevamente apoyo al programa panamericanista de Blaine. De hecho, Harrison fue designado presidente de la asamblea encargada de organizar la conferencia. Fue durante este periodo que se adoptó el término Conferencia Panamericana (*Pan American Conference*). A la conferencia fueron invitados delegados, en su mayoría diplomáticos, juristas, hombres de Estado y algunos hombres de negocios, aunque el evento se llevó a cabo enfrentando numerosos inconvenientes logísticos.

A pesar de los desacuerdos y las dificultades durante la conferencia, se logró la creación de la Unión Internacional Americana en 1890, cuya oficina administrativa se estableció en la Oficina Comercial de Repúblicas Americanas en la ciudad de Washington. Esto ocurrió a pesar de las continuas reticencias de varios países de América Latina para asistir a dicha reunión.⁷⁹

Según menciona Smith, más adelante los acuerdos entre los dos partidos del Congreso comenzaron a disolverse; los demócratas cuestionaban los gastos del gobierno de Harrison, y entre las críticas se incluyó también el financiamiento destinado al proyecto panamericanista. De no haber sido por la firma de un acuerdo de pago entre los países miembros, con un compromiso de membresía por un período de diez años, el futuro de la Oficina Comercial de Repúblicas Americanas y de la Unión Panamericana hubiera sido incierto. De hecho, puede afirmarse que el interés de los políticos en las conferencias fue fluctuante, ya que, como se mencionó anteriormente, estaba principalmente orientado hacia los intereses comerciales. Incluso, las tensiones generadas por la asociación de la Oficina Comercial de Repúblicas Americanas con el partido republicano redujeron considerablemente su impacto tanto en Estados Unidos como en América Latina.

A pesar de estas reacciones, se esperaba que, en virtud de los acuerdos firmados en la primera conferencia de 1890, cuya duración de diez años expiraría en 1900, se organizara una segunda conferencia. Cuando se acercaba el vencimiento del convenio, el presidente de

⁷⁸ SMITH, "The First Conference of American States (1889-1890) and the early Pan American Policy of the United States", p. 22.

⁷⁹ SMITH, "The First Conference of American States (1889-1890) and the early Pan American Policy of the United States", pp. 24-25.

entonces, William McKinley, recomendó la organización de una segunda Conferencia Panamericana, la cual, efectivamente, se llevó a cabo entre 1901 y 1902 en la Ciudad de México.⁸⁰

A partir de entonces, la noción de “Panamérica” se expandió en su uso y el panamericanismo como proyecto político se consolidó, al punto de que, para 1910, el organismo resultante de estas conferencias pasó a llamarse oficialmente Unión Panamericana. Las conferencias se celebraron en diez ocasiones adicionales, desde 1890 hasta la última, que tuvo lugar en la ciudad de Caracas en 1954. Asimismo, el 14 de abril, fecha en que se pactó la creación de la Oficina Internacional de Repúblicas Americanas, fue instituido como el “Día de las Américas”.

De este modo, se establecieron las bases de la política económica adoptada por Estados Unidos hacia América Latina. La repetición de estas conferencias panamericanas se consolidó como el símbolo de una política destinada a expandir la hegemonía estadounidense sobre la región. Sin embargo, desde la perspectiva de los países latinoamericanos que participaron en las reuniones, estas conferencias representaban acuerdos financieros y de colaboración intercontinental.⁸¹

Este panamericanismo, a diferencia de otras manifestaciones de unión que se habían propuesto, como el pangermanismo o el paneslavismo, se basaba principalmente en fundamentos comerciales y políticos, más que en principios culturales o históricos. Esta orientación fue consecuencia directa de la creciente expansión territorial y de mercados emprendida por el país del norte desde mediados del siglo XIX.⁸² Situación que se intensificó tras la victoria en la Guerra contra España en 1898, a través de la cual Estados Unidos obtuvo el dominio sobre los últimos territorios españoles en América.

Es importante señalar que el proceso que condujo a la guerra contra España estuvo vinculado con las políticas expansionistas e imperialistas de Estados Unidos sobre América Latina y los territorios del Caribe, que se desencadenaron específicamente a partir de la intervención estadounidense en el conflicto de independencia de Cuba. En este sentido, la política panamericanista se reflejó de manera significativa en toda esa zona a raíz del

⁸⁰ SMITH, “The First Conference of American States (1889-1890) and the early Pan American Policy of the United States”, p. 30.

⁸¹ ARDAO, “Panamericanismo y Latinoamericanismo”, pp.179-181.

⁸² ARDAO, “Panamericanismo y Latinoamericanismo”, p. 181.

conflicto con España, consolidándose con mayor ímpetu la posición de Estados Unidos como potencia.

A partir de ese momento, el panamericanismo se presentó como la vía para consolidar la hegemonía de Estados Unidos sobre los demás países del continente, particularmente tras los cambios derivados del fin de la Primera Guerra Mundial y la crisis económica en Europa. Estados Unidos preparó el terreno para ejercer su poder sobre América Latina y expandir su influencia en la región del Circuncaribe. La proclama principal era generar vínculos entre los países del continente, formar una unión y establecer acuerdos que permitieran el desarrollo continental. No obstante, más allá de este discurso, el objetivo real era poner en marcha los mecanismos de control y dominación de la potencia del norte sobre los demás territorios americanos.

Desde la crisis económica de 1929 en adelante, la política de Estados Unidos dio un giro hacia el fortalecimiento de las relaciones interamericanas, dejando de lado la política de intervención armada. Entre los factores que influyeron en este cambio se destacan, en primer lugar, la elección de Franklin Delano Roosevelt como presidente en 1933 y la aplicación de las medidas de la “buena vecindad”, junto con el auge del poder fascista en Europa y el creciente temor a una posible irrupción de estos regímenes en América Latina. Fue en este contexto que el término “panamericanismo” comenzó a perder relevancia, siendo reemplazado por el concepto de “interamericanismo”. Sin embargo, las reticencias a vincularse con Estados Unidos continuaron vigentes, ya que persistían las discrepancias previas con el proyecto panamericanista. Muchos creían que, aunque se argumentara como una política de paz y protección de la democracia, seguía subsistiendo, debajo de esa fachada, la misma política expansionista de años anteriores.⁸³

Si bien el panorama político de la propuesta panamericana experimentaba transformaciones notables debido a la crisis económica mundial y a los problemas crecientes que se originaban en Europa, no se puede afirmar que hubo un cambio abrupto en el uso o desuso del término. Este proceso fue paulatino e incluso, con el tiempo, el término panamericanismo continuó utilizándose oficialmente, al igual que la noción de América Latina, especialmente con la creación de la Comisión Económica para América Latina (CEPAL). En términos oficiales, la idea de “interamericanismo” se consolidó a partir de 1948,

⁸³ PITA, “La discutida identidad latinoamericana: debates en el Repertorio Americano, 1938-1945”, p. 253.

con la celebración de la novena Conferencia Panamericana, evento en el cual la Unión Panamericana pasó a ser conocida como el Sistema Interamericano.

Este cambio de denominación reflejó una nueva etapa en las relaciones interamericanas, que fue acompañada por la fundación de la Organización de los Estados Americanos (OEA) en 1948. Asimismo, en mayo de ese mismo año, se firmó la Declaración Americana de los Deberes y Derechos del Hombre, un documento aprobado durante la novena Conferencia Internacional Americana celebrada en Bogotá, Colombia. Este hito marcó un momento clave en la evolución de las relaciones políticas, económicas y sociales entre los países del continente, en el marco de un sistema interamericano renovado.

Poco a poco el término panamericanismo fue sustituido por el de interamericanismo y, de hecho, fue más utilizado en la medida que los problemas de la guerra en Europa iban acrecentándose. Según Pita González, con esos cambios sutiles y paulatinos, el gobierno estadounidense pretendía:

(...) afirmar los lazos de cooperación entre los países del continente para asegurar la neutralidad, primero, y la alineación contra las potencias fascistas, después, una vez que ese país entró a la Guerra en 1941. Mantener la “paz del continente” significó no sólo la búsqueda de impedir que la guerra europea se trasladara a América, sino también combatir a las fuerzas fascistas para reducir su apoyo en los países latinoamericanos.⁸⁴

A pesar de los esfuerzos por consolidar la unidad panamericana, la desconfianza y las críticas hacia este proyecto estuvieron siempre presentes. Esto se vio reflejado en la activa participación de movimientos antiimperialistas y antipanamericanistas que habían surgido décadas antes. Un ejemplo notable de estos movimientos fue la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA), fundada en 1924 en la Ciudad de México por Víctor Raúl Haya de la Torre (1895-1979). El objetivo central de la APRA era fomentar una alianza de movimientos políticos y sociales de izquierda antiimperialista en América Latina, promoviendo la integración política del subcontinente, pero también subrayando una postura crítica frente a las políticas de Estados Unidos.

En este contexto, es posible identificar al menos dos momentos clave en el desarrollo del panamericanismo: el primero, que se gestó a partir de las diversas conferencias interamericanas, y el segundo, con la implementación de las políticas del “buen vecino”

⁸⁴PITA, “La discutida identidad latinoamericana: debates en el Repertorio Americano, 1938-1945”, pp. 241-265.

impulsadas por Franklin Delano Roosevelt en la década de 1930. Estos momentos reflejan las tensiones entre la propuesta de cooperación hemisférica promovida desde Estados Unidos y las resistencias que emergieron, especialmente desde los sectores que se oponían a la injerencia y al dominio de la potencia norteamericana en los asuntos internos del continente.

Las relaciones descritas, en gran medida, han tenido una fuerte conexión con los campos económico y político, pero su relevancia se encuentra también en que impulsaron la creación de instituciones dedicadas a los estudios sobre América Latina. Estas políticas también se inscriben en un contexto de comparación racial, donde el territorio latinoamericano fue históricamente visto como inferior, tanto bajo el gobierno español como por las políticas de los funcionarios estadounidenses. Esta visión fue, además, construida desde el ámbito letrado norteamericano, que contribuyó a la consolidación de estereotipos y percepciones sobre el subcontinente.

En ese período, surgieron dos formas de concebir la unidad continental en el ámbito letrado. La primera concebía un conjunto que incluía a todo el continente, es decir, a Canadá y Estados Unidos, mientras que la segunda se centraba en las naciones de habla hispana y portuguesa. La implementación de este proyecto se reflejó en el desarrollo de juntas, bibliotecas, revistas y, más adelante, centros de investigación en estudios de área, enfocados en generar investigaciones que permitieran profundizar el conocimiento sobre los distintos territorios del continente, en consonancia con la idea de unidad americana.

A partir de lo anterior, resulta pertinente comenzar a describir el desarrollo del panamericanismo en el ámbito de la cultura letrada, pues la discusión sobre la unidad del subcontinente surgió de las problemáticas que enfrentaron las políticas panamericanistas y estuvo influenciada por las coyunturas históricas de la época. Fue bajo las políticas imperialistas cuando el interés por comprender América Latina se incrementó, lo que llevó a la creación de investigaciones centradas en el subcontinente y en sus relaciones con Estados Unidos.

De hecho, Eakin menciona que, al menos, se pueden señalar seis momentos importantes en el desarrollo de los estudios sobre América Latina. El primero que se dio desde mediados del siglo XIX por medio de los *Gentlemen Scholars*; el segundo, al que le denomina de “profesionalización”, que va desde 1880 hasta la Segunda Guerra Mundial. El tercer momento, que se vio marcado por la influencia de Herbert Eugene Bolton; el cuarto

momento, que llama “generación pre-boom”, que corre desde 1940 hasta inicios de los 50; la quinta etapa que va de 1960 a 1970, que es la llamada “generación del boom”, y, finalmente, el sexto, que denomina como la era de la “especialización y la fragmentación.”⁸⁵

Es fundamental destacar que los estudios desarrollados sobre América Latina y su relación con Estados Unidos no pueden desvincularse de las políticas panamericanistas. En el período comprendido entre 1890, que corresponde con la primera Conferencia Panamericana y la anexión de Puerto Rico, Filipinas y Guam tras la guerra de 1898, y 1940, los estudios sobre América Latina y los territorios recientemente anexados, así como su profesionalización en el ámbito académico estadounidense, estuvieron marcados por el proyecto panamericanista. Este enfoque estuvo fuertemente influido por las propuestas de desarrollismo liberal y la teoría de la modernización, las cuales sustentaron la práctica de una política exterior expansionista hacia América Latina.

La política exterior de Estados Unidos hacia la región se legitimó y se fortaleció mediante los textos y estudios sobre el subcontinente, los cuales proporcionaron un marco teórico y académico para comprender América Latina y también sirvieron como una herramienta para justificar y consolidar la hegemonía estadounidense en la región. Este proceso de consolidación de los estudios de área en las universidades de Estados Unidos contribuyó, por tanto, al afianzamiento de las relaciones de poder y dominación que caracterizaron la política panamericana.⁸⁶

Para fines de comprender la influencia del proyecto panamericanista de Estados Unidos en el ámbito letrado, se tomará en cuenta la periodización utilizada por Eakin, retomando el tema de los intereses de los *Gentlemen Scholars*, hasta la cuarta etapa que llega hasta antes de 1960; pues, con la revolución en Cuba, el proyecto panamericanista giró drásticamente y se preparó un terreno más fértil en términos de los estudios de área y de la concepción de América Latina. Según menciona Eakin: “The Pan American movement, despite its efforts to forge a hemispheric alliance of nations, did so identifying the U.S. as a nation with heritage and history distinct from the “*other*” America.”⁸⁷

⁸⁵ EAKIN, “Latin American History in the United States: From Gentlemen Scholars to Academic Specialists”, pp. 539-540.

⁸⁶ BERGER, “A Greater América? Pan Americanism and professional study of Latin America (1890-1990)”, p. 46.

⁸⁷ EAKIN, “Does Latin America Have a Common History?”, p. 33.

El panamericanismo que permeó los campos de la escritura e influyó tanto a académicos, viajeros, como intelectuales, sostenían la idea de que Estados Unidos era moralmente superior al resto. Dicha noción está ligada a conceptos por oposición asimétrica.⁸⁸ que se expresan en los contrastes por raza, temporalidad y cultura. En ese caso, Feres señala que es con la adopción del Destino Manifiesto, que se fortalecieron los prejuicios, retomados de la leyenda negra británica sobre España, puestos ahora sobre los territorios que habían sido colonizados por hispanos en América. Tales opiniones negativas eran expresadas en los textos de los primeros hombres de letras que estudiaron la historia y geografía en las universidades norteamericanas. Categorías como “protestantes, disciplinados y racionales” para Estados Unidos y “católicos, ignorantes, e incapaces de esfuerzo” para los hispanoamericanos, fueron los principales elementos de discusión en dichos escritos generados por la generación de los *Gentlemen Scholars* a mediados del siglo XIX.⁸⁹

Eakin señala que los textos producidos en este contexto dan cuenta del desarrollo del panamericanismo estadounidense. Figuras como William Hickling Prescott (1796-1859) y George Bancroft (1800-1891) son ejemplos representativos de este fenómeno, ya que sus colecciones contribuyeron a la posterior creación de bibliotecas especializadas con fondos exclusivos sobre la historia de Latinoamérica. A pesar de que algunos de estos textos, como los de Bancroft y Prescott, sobre los países del sur de Estados Unidos fueron escritos desde mediados del siglo XIX y que el término América Latina aún no se empleaba. La visión que estos autores tenían sobre el subcontinente estaba influenciada por la noción de superioridad modernizadora y por la idea de una misión civilizadora, propios de la ideología estadounidense de la época.

Este marco de referencia modernizador, sumado a la misión civilizatoria influenciada por el Destino Manifiesto, fue uno de los principales pilares ideológicos que sustentaron la dominación y expansión territorial de Estados Unidos. Con el paso del tiempo, estas ideas se

⁸⁸ Esta noción la retoma Feres de la propuesta de historia conceptual de Reinhart Koselleck, que señala cómo estos conceptos de oposición asimétrica suelen definir al otro como inferior en aspectos como la cultura, la raza y la temporalidad. En el aspecto de la temporalidad, el Otro es definido por el atraso, subdesarrollo. En el ámbito de la cultura se infravaloran aspectos relacionados con el modo de vida, en términos como barbarie, salvajismo, etc. Mientras que en el rubro de la raza el desprecio del Otro se manifiesta en aspectos físicos, fisiológicos o psicológicos. Véase: FERES, “El concepto de América española en Estados Unidos: de la leyenda negra a la anexión territorial”, pp. 61-79.

⁸⁹ FERES, “El concepto de América española en Estados Unidos: de la leyenda negra a la anexión territorial”, p. 68.

fueron consolidando y permeando las disertaciones escritas por los *Gentlemen Scholars*, quienes jugaron un papel crucial en la formación del discurso académico sobre América Latina. Este esquema ideológico también fundamentó las intervenciones militares, como la Guerra contra España en 1898, y se reflejó en la puesta en marcha de las Conferencias Panamericanas, las cuales, aunque proclamaban la unidad continental, se desarrollaban en un contexto de relaciones asimétricas.

Este enfoque asimétrico también se veía reflejado en los textos de aquellos primeros interesados en la historia y la cultura de la región, que para entonces se denominaba Hispanoamérica. A pesar del proyecto económico y expansionista panamericanista, se mantenía una visión de existencia de dos Américas: la sajona y la hispánica, marcando una distinción clara entre ambas. Elementos como la raza mestiza y la religión católica fueron interpretados por los escritores estadounidenses como las causas principales del subdesarrollo de la región. Este enfoque predominó en los estudios sobre América Latina hasta bien entrada la década de 1940, consolidándose como parte fundamental del discurso de la hegemonía estadounidense en la región.⁹⁰

Nociones como la de América Hispánica, o más adelante, Latina, como concepto, trabajado desde Estados Unidos agudizó las diferencias entre las dos Américas por medio del desarrollo de textos que pretendieron cierto grado de profesionalización dado el empleo de metodologías de investigación científica. El término se usó tanto dentro de los círculos académicos como fuera de ellos, sin embargo, se sentó sobre las bases teóricas de la modernización y del darwinismo social. Esta fue la forma principal de abordar los estudios de área sobre América Latina.

Los primeros textos no fueron de corte académico como tal, en su mayoría fueron redactados por diplomáticos, abogados o personas que estaban ligadas a la política del país en la época. Inclusive, antes de la Segunda Guerra Mundial, estos textos presentaban baja profesionalización y en específico sobre América Latina, también baja producción con respecto a otras áreas temáticas. A pesar de ello, la fundación de la *Hispanic American Historical Review* en 1918, se puede decir que marcó una coyuntura en el tratamiento escrito del subcontinente, puesto que esta revista representó la creación de un órgano especializado

⁹⁰ EAKIN, "Latin American History in the United States: From Gentlemen Scholars to Academic Specialists", pp. 539-561.

de difusión y estudio sobre “la otra América” desde Estados Unidos. En esta publicación se puso a discusión cuál concepto era el más adecuado para titular la revista -y por lo tanto al área-, en donde lo Hispánico o Latino fue sometido a debate.⁹¹

Esta forma de abordar a América Latina continuó basándose en la idea previa de la inferioridad del continente debido a su herencia hispánica, en la que se hacía evidente la existencia de dos Américas, una considerada superior a la otra. A pesar de ello, los estudios sobre el subcontinente continuaron siendo periféricos, incluso con la aplicación de la política de la “buena vecindad”. Según Feres, no fue hasta después de la década de 1950 que esta tendencia comenzó a incrementarse, especialmente por la demanda temática generada por la Guerra Fría. En este contexto, se gestó un alto nivel de organización y profesionalización en los estudios de área, lo que permitió una mayor sistematización y consolidación de la investigación sobre América Latina en las universidades y centros académicos, impulsada por el contexto geopolítico y las necesidades estratégicas de la época.⁹²

No es hasta la propuesta que inició Herbert Eugene Bolton (1870-1953) y sus alumnos que se puso en tela de juicio si era posible que toda América tuviese características comunes, como por ejemplo su historia. Bolton fue discípulo de Frederick Jackson Turner, de quien retomó las propuestas teóricas para realizar estudios de frontera, combinándolas con los conocimientos, documentos y contactos obtenidos tras varios viajes hacia la frontera sur de Estados Unidos. De ahí que el interés por la historia de América le llevara a tener amplio reconocimiento académico. Bolton fue también presidente de la *American Historical Association* y, en su sesión inaugural, en 1932, se pronunció a través de su texto *The Epic Greater America*, a favor de cuestionar si era posible que existiera una historia común para toda América.

En este discurso, Bolton puntualizó que las uniones históricas y las interrelaciones entre las dos Américas eran más significativas que los distanciamientos. Para él, estas uniones no eran solo de índole territorial o económica, sino principalmente culturales. En su visión, era fundamental ir más allá del ámbito nacional para concebir una historia más amplia, en la que los datos y procesos fueran entendidos como complejos y multifacéticos. Este enfoque podía lograrse a través de las investigaciones de frontera, las cuales consideraba cruciales

⁹¹ FERES, “La consolidación de los Latin American Studies bajo el imperativo de la modernización”, pp. 93-96.

⁹² FERES, “La consolidación de los Latin American Studies bajo el imperativo de la modernización”, pp. 97-100.

para ubicar y comprender las relaciones internacionales y el desarrollo cultural mutuo. Como investigador de frontera, Bolton estaba convencido de que el estudio de las fronteras de Estados Unidos con la América hispánica revelaría que su relación era estrecha, compleja e indisoluble.⁹³

A pesar del llamado de Bolton a pensar en una historia continental, su propuesta no resultó seductora para muchos otros profesionales. En gran medida, en Estados Unidos, los productos de investigación sobre América Latina de la época eran el resultado de los trabajos de los alumnos de Bolton, y en general, la pregunta generadora de su discurso no tuvo una respuesta inmediata. No obstante, su propuesta permitió iniciar un cuestionamiento sobre la historia prejuiciada del catolicismo y el tradicionalismo. Se trató de desafiar la leyenda negra inglesa, así como las visiones promovidas por autores estadounidenses como Bancroft y Prescott. De este modo, se planteó la idea de que no es posible comprender la historia de Estados Unidos sin considerar también la del resto del continente.⁹⁴

La Guerra Fría

El desarrollo del panamericanismo en este contexto de la Guerra Fría y las tensiones globales es crucial para entender cómo las políticas de Estados Unidos hacia América Latina evolucionaron. Durante las primeras dos décadas del conflicto, la región se convirtió en un campo de batalla ideológico y geopolítico, donde Estados Unidos buscaba consolidar su influencia y evitar la expansión del comunismo, mientras que la Unión Soviética trataba de atraer a los países latinoamericanos hacia su esfera de influencia.

Este enfrentamiento se reflejó en las políticas y mecanismos de expansión y dominación territorial impulsados por Estados Unidos, tanto en lo político como en lo económico. La interdependencia de las políticas exteriores de las grandes potencias con el contexto local de América Latina generó tensiones, ya que los países latinoamericanos se veían atrapados entre los intereses de los bloques capitalista y comunista.

⁹³ BOLTON, "The Epic of Greater America", pp. 448-474.

⁹⁴ CRESPO, "Bolton, los estudios de frontera y la tesis de la unidad historiográfica de la Américas", p. 27.

Además, el panorama de la Guerra Fría tuvo un impacto directo en las disertaciones académicas y en los estudios sobre América Latina, que se expandieron a medida que las potencias buscaban comprender, justificar y orientar sus relaciones con la región. Esto incluyó las investigaciones sobre el pasado, presente y futuro de América Latina, con la participación activa de intelectuales y expertos que debían analizar la dinámica entre la política estadounidense y los procesos internos de los países latinoamericanos.

Así, la Guerra Fría definió la lucha ideológica entre el capitalismo y el comunismo, así como también trazó los límites del poder en América Latina, consolidando a Estados Unidos como la principal potencia influyente en la región, mientras que América Latina, a pesar de sus intentos de unidad y autonomía, se vio en gran medida subordinada a la lógica de la geopolítica de la Guerra Fría.⁹⁵

El análisis de Pettinà resalta las transformaciones clave en la relación entre Estados Unidos y América Latina, que fueron definidas por una serie de políticas tanto internas como externas a partir de la crisis económica de 1929. La política del *New Deal* de Franklin Delano Roosevelt, implementada en la década de 1930, fue un punto de inflexión en las relaciones hemisféricas, pues se orientó hacia la cooperación económica y la creación de un entorno de “buena vecindad”. La política de la “buena vecindad” buscaba mejorar los lazos entre los países del continente, con el fin de evitar conflictos externos y fortalecer la alianza hemisférica contra amenazas comunes, como la expansión del fascismo y del comunismo.

Este enfoque permitió un período en el que se consolidaron algunos avances democráticos y se impulsaron desarrollos económicos, lo que llevó a la llamada “primavera democrática” en América Latina, con gobiernos más representativos, un interés por reformas económicas y una mayor cooperación industrial con Estados Unidos. Sin embargo, las tensiones internacionales, especialmente la rivalidad entre las dos superpotencias de la Guerra Fría, interrumpieron este proceso.⁹⁶ A medida que aumentaban las disputas ideológicas y las rivalidades internacionales, la esperanza de una América Latina más

⁹⁵ El término Tercer Mundo comenzó a utilizarse de manera oficial a partir de 1955, en específico, posterior a la Conferencia de Bandung, que implicó la elaboración de una serie de puntos que definirían la posición de países no alineados a una u otra potencia, dicha conferencia se realizó sobre todo entre países de Asia y África, No obstante se puede tomar en cuenta la teoría de la modernización y la dependencia en donde ya se comienza a tratar de explicar el modo en el que se desarrollan las sociedades. Véase: FERES, *La historia del concepto “Latin American”*.

⁹⁶ PETTINÀ, “Primera Parte. Pensar la Guerra Fría en América Latina”, pp.33-34

unificada y democrática se vio frenada por las intervenciones de Estados Unidos y las presiones internas dentro de la región.

El caso de Guatemala es emblemático de este periodo, ya que la intervención estadounidense en 1954, que derrocó al gobierno de Jacobo Árbenz, ilustró el poder de Estados Unidos para influir en los destinos políticos de América Latina y reafirmó la dinámica de dominación que caracterizó las relaciones entre el norte y el sur durante la Guerra Fría. Este evento, entre otros, evidenció cómo la competencia ideológica entre el bloque comunista y el capitalista en el contexto de la Guerra Fría no solo determinó las políticas internacionales, sino que también tuvo repercusiones profundas en la política interna de los países latinoamericanos. El intento de los países de América Latina de seguir con sus transformaciones democráticas y económicas se vio constantemente obstaculizado por las políticas de contención del comunismo impulsadas por Estados Unidos, lo que terminó consolidando una relación de dependencia y subordinación de la región hacia la potencia del norte.⁹⁷

El contexto del bipolarismo mundial, impulsado por la Guerra Fría, fue crucial para entender las dinámicas de poder, las relaciones internacionales y las transformaciones ideológicas en América Latina. Las potencias vencedoras de la Segunda Guerra Mundial, principalmente Estados Unidos y la Unión Soviética, ejercieron influencias en la región, pero con enfoques radicalmente diferentes. Mientras que Estados Unidos, bajo la política de contención del comunismo, buscó asegurar su hegemonía en América Latina y alinearla con el bloque capitalista, la Unión Soviética intentó expandir su influencia ideológica en países donde se percibía el potencial de movimientos revolucionarios, lo que aumentaba las tensiones en el subcontinente.

A medida que la Guerra Fría se intensificaba, las intervenciones y políticas de Estados Unidos en la región se hicieron más notorias, mientras que los países latinoamericanos, que ya habían sido pensados como un bloque homogéneo desde la época del panamericanismo, empezaron a experimentar divisiones internas. Las tensiones ideológicas entre las propuestas de desarrollo liberal, impulsadas principalmente por Estados Unidos, y las opciones más radicales o socialistas en el interior del continente se intensificaron. Este proceso también

⁹⁷ PETTINÀ, “Primera Parte. Pensar la Guerra Fría en América Latina”, p. 59.

influyó en las producciones literarias y en el desarrollo del latinoamericanismo en el ámbito intelectual y cultural.

Durante el periodo comprendido entre 1945 y 1958, el latinoamericanismo experimentó una reconfiguración en las letras, ya que los escritores e intelectuales latinoamericanos intentaron contextualizar las realidades políticas y sociales del continente frente a la Guerra Fría. Al mismo tiempo, se vinculaban con las luchas por la soberanía, las preocupaciones por el subdesarrollo y las respuestas frente a las políticas de dominación, en especial las de Estados Unidos. En este periodo, las ideas sobre la unidad continental y latinoamericana continuaron siendo clave, pero también se enriquecieron con la reflexión crítica sobre las desigualdades sociales y las tensiones de la época.

Este contexto histórico permitió que los movimientos literarios y de pensamiento latinoamericano se posicionaran de manera estratégica frente a las influencias externas, tratando de encontrar un camino que respondiera tanto a la modernidad como a las especificidades de la región. La Guerra Fría, con su polarización ideológica, fue una de las condiciones que configuraron el campo intelectual de América Latina, con tensiones tanto internas como externas que marcaron el rumbo del latinoamericanismo en la cultura y la política del subcontinente.

Conclusión

La noción de América Latina no surgió de manera repentina, sino que se trata de un concepto que se fue conformando gradualmente, influido principalmente por debates intelectuales, políticos y culturales. Las discusiones sobre la conceptualización del subcontinente fueron marcadas por corrientes como el hispanoamericanismo, el panamericanismo y, finalmente, el latinoamericanismo. Cada una de estas tendencias intentaba definir la posición de América Latina en el contexto global, así como sus relaciones con Europa, en particular con países como España y Francia, y con Estados Unidos.

Los intelectuales jugaron un papel fundamental en la consolidación de una cultura letrada en América Latina. Su labor no fue únicamente literaria, sino también política, ya que muchos de ellos ocupaban importantes cargos administrativos en el gobierno. Desde estas

posiciones, se convirtieron en exponentes de la alta cultura de sus regiones, contribuyendo a la construcción de los Estados nacionales y al planteamiento de la unidad latinoamericana.

Esta participación se reflejó en su intento por definir el “ser latinoamericano” a partir de una herencia cultural e histórica compartida, así como de aspectos como la lengua y las raíces coloniales. El latinoamericanismo emergió, entonces, como una reacción contra el dominio estadounidense y la declinante hegemonía europea. Fue un esfuerzo por afirmar a la región latinoamericana independiente, culturalmente diversa y valiosa, centrada en la unidad del subcontinente, sustentada en una historia común, una herencia colonial compartida y una oposición al imperialismo de la gran potencia norteamericana.

Uno de los temas recurrentes en los debates fue el mestizaje. Los intelectuales consideraban a América Latina como un espacio donde se fundían lo indígena, lo africano y lo europeo, en un proceso único de sincretismo cultural. Esta idea se presentó como una alternativa crítica al modelo estadounidense, centrado en lo económico y caracterizado por la segregación racial, en contraste con los valores de la mezcla cultural latinoamericana. Los grupos letrados latinoamericanistas, especialmente en la primera mitad del siglo XX, defendieron el mestizaje como un factor clave de su identidad y una ventaja frente a otras regiones del mundo. Esta crítica se intensificó tras los desastres provocados por las guerras y los conflictos entre potencias, influyendo decisivamente en la construcción de tradiciones y debates sobre la modernidad y el futuro del subcontinente.

El contexto global de las dos guerras mundiales y la posterior Guerra Fría tuvo un impacto profundo en la forma en que América Latina se percibía a sí misma y en cómo los intelectuales estructuraron su visión del subcontinente. A pesar de su lejanía geográfica de los conflictos bélicos, América Latina se vio influenciada por las ideas de modernidad y progreso provenientes de Europa, y por las influencias políticas y económicas de Estados Unidos, lo que llevó a la región a cuestionar su papel en el orden internacional.

La confrontación entre las dos grandes potencias surgidas después de la Segunda Guerra Mundial permeó todas las relaciones internacionales, extendiendo su influencia en la sociedad, la política y la economía global. América Latina se convirtió en un campo de batalla ideológico, donde se manifestaron tensiones ideológicas, a pesar de no haber sido un conflicto armado directo. La preocupación por la expansión del comunismo en el continente,

en contraposición con los ideales del bloque capitalista representado por Estados Unidos, llevó a la región a ser vista como un territorio que debía protegerse de la influencia soviética.

Aunque no hubo presencia directa de la Unión Soviética en la región durante este periodo, Estados Unidos temía la expansión comunista, lo que motivó políticas de intervención y el apoyo a gobiernos dictatoriales en América Latina. Estos regímenes, aunque autoritarios, se alinearon con los intereses estadounidenses en la región, particularmente tras la Revolución Cubana, lo que llevó a la instauración de gobiernos militares que colaborarían con el gobierno de Estados Unidos en la lucha contra la influencia soviética.

Si bien la primera fase del conflicto bipolar no se expresó a través de violencia física, las disputas ideológicas en el ámbito intelectual fueron profundas. Los debates generados por los intelectuales de la época fueron impulsados por el interés de definir la orientación de América Latina frente al creciente poder soviético. Este panorama influyó en la forma en que las élites letradas latinoamericanas visualizaron al subcontinente en relación con el resto del mundo, en un contexto global marcado por las tensiones entre Estados Unidos y la URSS.

Las revistas culturales, como *La Revista de América* y *La Torre*, jugaron un papel clave como espacios de discusión sobre la postura de los países latinoamericanos frente al conflicto ideológico. Tras la Revolución Cubana, emergió un nuevo tipo de latinoamericanismo que rechazaba en cierta medida la supremacía estadounidense y que también proponía una alternativa ideológica en términos de soberanía y modernidad, dando paso al denominado “boom latinoamericanista”.

El desarrollo de la cultura letrada en América Latina se puede analizar desde dos perspectivas principales. En primer lugar, los intelectuales latinoamericanos fueron escritores o académicos e importantes actores políticos cuya producción cultural estuvo íntimamente ligada a su relación con el poder. Durante la segunda mitad del siglo XIX, estos hombres y mujeres de letras desempeñaron un papel crucial en la legitimación de los proyectos nacionales que surgieron tras las independencias, y más tarde, su influencia se consolidó a través de viajes diplomáticos y la creación de redes intelectuales transnacionales, que conectaron a América Latina con Europa, particularmente con España y Francia.

El vínculo con Europa fue fundamental, pero también complejo. Mientras que el hispanoamericanismo y el hispanismo trataban de reforzar los lazos entre América Latina y la península, la pérdida de las últimas colonias españolas y el ascenso de nuevas potencias,

como Estados Unidos, dificultaron el intento de mantener la hegemonía española sobre la región. Por otro lado, el panlatinismo originado en Francia tuvo una notable influencia en la cultura letrada latinoamericana, proporcionando un modelo alternativo frente al expansionismo estadounidense y fortaleciendo los lazos entre los intelectuales latinoamericanos y franceses.

A lo largo de este proceso, se consolidó un discurso cultural propio de América Latina, en el que se manifestó la resistencia tanto a la influencia estadounidense como las presiones externas. En este contexto, las revistas culturales jugaron un papel esencial en la creación de una comunidad letrada que compartía y transmitía ideas, y contribuyeron a la difusión del pensamiento crítico sobre el papel de América Latina en el mundo moderno.

En resumen, los debates sobre la unidad latinoamericana fueron producto de una serie de procesos culturales, económicos, sociales y políticos que involucraron a los intelectuales en las reflexiones sobre las influencias europeas y los contextos internacionales. Las revistas culturales, como *La Revista de América* y *La Torre*, fueron espacios clave para consolidar un sentido de identidad compartida entre los países del subcontinente, resaltando la importancia de la cultura mestiza en la formación de la región latinoamericana y la unidad continental. Las relaciones con Europa y con Estados Unidos fueron fundamentales en la construcción de una América Latina que trataba de posicionarse frente a los desafíos del imperialismo y la modernidad.

Capítulo II

La revista cultural y letrada

Para comprender la correlación existente entre los itinerarios letrados llevados a cabo por aquellos hombres y mujeres de letras que desempeñaron la labor de la escritura, con el desarrollo y publicación de las revistas culturales, se considera importante señalar y definir en qué consiste una publicación de esta naturaleza.

A grandes rasgos, una revista cultural es una publicación periódica dedicada a la difusión, análisis y reflexión sobre diversas manifestaciones culturales, incluyendo arte, literatura, música, historia, filosofía y otras áreas de las humanidades. Uno de los principales objetivos que tuvo la producción de este tipo de revistas es la promoción, difusión y producción del conocimiento, ofreciendo a su vez un espacio para la crítica, el debate y el intercambio de ideas ante la falta de espacios profesionales.

Estas revistas pueden adoptar distintos enfoques, desde académicos hasta divulgativos, y suelen contar con la colaboración de especialistas, escritores y artistas que contribuyen con ensayos, reseñas, entrevistas, encuestas e inserciones literarias, enriqueciendo el panorama cultural y fomentando el diálogo entre la sociedad y las artes. Es por ello que, los ejemplos que se abordarán en este trabajo exponen, por un lado, una revista de índole divulgativo, como lo fue la *Revista de América* y por otro, una revista, también cultural, pero de corte académico como fue *La Torre*.

Por otra parte, se puede definir a la revista como es una publicación periódica que se emite con una frecuencia establecida, ya sea semanal, quincenal, mensual, bimestral o semestral. A diferencia de los periódicos o boletines, incorpora textos e imágenes sobre una temática específica o diversas áreas de interés, dependiendo de los objetivos de la publicación y de las condiciones materiales que permitan su impresión, diseño y difusión. En este sentido, la definición de "revista cultural" resulta fundamental para comprender su relevancia en el ámbito de la cultura letrada latinoamericana. De acuerdo con Beigel:

Nos referimos a las revistas, *-(como)-* puntos de encuentro de trayectorias individuales y proyectos colectivos, entre preocupaciones de orden estético y relativas a la identidad nacional, en fin, articulaciones diversas entre política y cultura que han sido un signo distintivo de la modernización latinoamericana. (...) Tienen la particularidad de que se trata de emprendimientos que estuvieron atados (...) a coyunturas históricas complejas, pero bien recortadas. Pertenecen a una especie de

bisagra histórica: una etapa signada por distintas formas de revolución que auguran un cambio de época.⁹⁸

Las revistas culturales en América Latina constituyeron un espacio fundamental de confluencia e intercambio de ideas durante la primera mitad del siglo XX y las primeras décadas del periodo posterior a la posguerra, en un contexto caracterizado por la ausencia de espacios físicos o institucionales claramente definidos. Incluso, muchas de estas publicaciones perduraron en dichos entornos como producciones universitarias y científicas. De hecho, puede considerarse que las revistas desempeñaron un papel esencial como medios de difusión e interacción, al permitir la continuidad de las prácticas propias de la cultura letrada. En el caso latinoamericano, contribuyeron de manera significativa a la consolidación y permanencia de este campo cultural a lo largo de varias décadas. También sirvieron como espacios propicios al debate a falta de sitios específicamente definidos para los debates académicos e inclusive tomaron carácter militante ante los acontecimientos políticos y sociales tanto nacionales como globales.⁹⁹

En lo que respecta a las revistas, es fundamental resaltar su valor como fuentes históricas, ya que permiten reconstruir la manera en que las sociedades letradas interactuaban entre sí. Asimismo, facilitan la identificación de cómo eran percibidos, en su momento, los diversos acontecimientos que se desarrollaban, dado que estas publicaciones suelen surgir en contextos de coyuntura.

Entre sus funciones principales se encontraba la de transformar su entorno cultural. Las revistas reflejan en sus contenidos y en sus prácticas de producción y circulación la impronta del contexto en el que fueron creadas y, a su vez, sus textos buscan analizar y modificar el *statu quo* dentro de dichas rupturas. En este sentido, las opiniones de los intelectuales sobre la realidad que experimentaban se plasmaron en estas publicaciones, convirtiéndolas en espacios en los que se procuraba esclarecer dudas, generar debates y someter a juicio distintas posturas, tanto en el ámbito político como en la propia concepción de la cultura. La revista debe ser considerada entonces como un medio escrito con el que los grupos letrados buscaron acercarse al entorno político de su época y hacer desde estos campos política cultural.¹⁰⁰

⁹⁸ BEIGEL, “Las revistas culturales como documentos de la historia latinoamericana”, p. 106.

⁹⁹ BEIGEL, “Las revistas culturales como documentos de la historia latinoamericana” p. 108.

¹⁰⁰ SARLO, “Intelectuales y revista: razones de una práctica”, p. 9.

Las revistas constituyen, en sí mismas, una fuente fundamental para analizar la organización de los discursos en torno a un sistema de relaciones entre intelectuales, quienes se vinculaban a partir de afinidades generacionales e ideológicas. Como resultado, estas publicaciones dieron lugar a una extensa red de comunicación cultural y política, con impacto a nivel nacional, subcontinental e internacional.

Desde una perspectiva histórica, es posible identificar la conexión de las revistas con los acontecimientos políticos de su tiempo, así como las impresiones que estos generaban en las élites de la época. A través de estos medios impresos se publicaron textos que abordaban temas desde lo nacional hasta lo global, lo que permitió ampliar las perspectivas sobre dichas cuestiones e iniciar un diálogo tanto con América como con el resto del mundo.

Esta apertura facilitó la realización de debates de gran relevancia, en los cuales las respuestas a un ensayo podían encontrarse en ediciones posteriores de la misma revista, lo que evidenciaba la existencia de distintos grupos, diferencias de opinión y el papel activo que estas publicaciones desempeñaron en el desarrollo social, político e intelectual de América Latina durante el siglo XX. Asimismo, destaca la dinámica de inclusión y exclusión de autores en sus contenidos, ya que refleja las afinidades y rechazos hacia determinadas posturas y discursos. La cultura letrada desempeñó un papel fundamental en la edición y difusión de las revistas culturales publicadas en Latinoamérica, además de ser un elemento clave en la generación de debates sobre la unidad continental y los atributos sociales, culturales y geográficos del subcontinente.

Asimismo, estas publicaciones presentaban la particularidad de haberse impreso en el continente americano, a diferencia de lo ocurrido desde la segunda mitad del siglo XIX hasta la Primera Guerra Mundial, cuando las revistas culturales que abordaban temáticas americanas se publicaban en Europa. Ejemplo de ello son publicaciones como *Revista de América*, así como revistas contemporáneas tales como *Cuadernos Americanos* (1942), *Caras y Caretas* (1898), *Repertorio Americano* (1919) y la reconocida revista *Sur* (1931).

Los cambios en la producción y circulación de revistas culturales evidenciaron una mayor autonomía letrada en la región y también permitieron la consolidación de un espacio propio para la reflexión y el debate sobre la identidad latinoamericana. Al trasladar el epicentro de estas discusiones al continente se promovió una narrativa construida desde la perspectiva de sus propios actores, enriqueciendo el panorama literario y político de la época.

Este proceso de afirmación cultural favoreció una mirada crítica sobre la posición de América Latina en el entramado global y la forma en la que el subcontinente tendría que relacionarse con el resto del mundo. La emergencia de estos espacios de reflexión permitió a los intelectuales de la región articular nuevas interpretaciones sobre su papel en el escenario internacional, sentando las bases para iniciativas como la publicación de diversas revistas culturales cuya fundación y consolidación reflejan la influencia de la cultura letrada en un contexto de creciente polarización mundial.

De acuerdo con lo expuesto anteriormente sobre las diversas formas de relación con el subcontinente que se difundieron desde inicios del siglo XX, varios intelectuales comenzaron a cuestionarse el papel de América Latina en el contexto de los acontecimientos tanto internacionales como continentales. En este escenario, resulta pertinente analizar, a modo de ejemplo, la influencia de la cultura letrada en la fundación y consolidación de la *Revista de América*, dirigida por Germán Arciniegas, en el contexto del mundo bipolar que surgió tras la Segunda Guerra Mundial.

La *Revista de América* surgió como un espacio de reflexión sobre el subcontinente en su conjunto y su papel en el mundo tras los conflictos bélicos mundiales. Sus contenidos trazaron lineamientos para la toma de decisiones respecto a la posición de América Latina como subcontinente y su relación con el resto del mundo en el contexto de la posguerra. Las publicaciones culturales, como el caso de la *Revista de América*, presentaban características materiales que las diferenciaban de otros tipos de impresos, como fueron los panfletos o los periódicos. Aspectos como la paginación, el diseño y la calidad de los materiales fueron elementos distintivos y constitutivos para su publicación. Uno de los criterios que marcaba diferencias entre las revistas era la disposición de las portadas, es decir, si incluían imágenes o sólo texto, ya que su uso podía anticipar las temáticas abordadas, así como los contenidos y los autores participantes.

Asimismo, aspectos como la impresión y la encuadernación, permiten identificar las condiciones necesarias para su producción y, en consecuencia, inferir la precariedad o el respaldo financiero de un proyecto editorial. El conjunto de estos factores, desde la integración del grupo de letrados que participaban en ellas, hasta los rasgos materiales de la publicación, contribuyó al surgimiento y consolidación de un campo de producción cultural que propició la formulación de un canon de escritura. Este proceso posicionó a los hombres

y mujeres de letras involucrados como agentes transformadores de la sociedad para modernizarla y civilizarla.¹⁰¹

América Latina y la cultura letrada en la *Revista de América*

Ante el panorama que planteaba la segunda posguerra, la *Revista de América* emergió como un medio para generar disertaciones en torno a la política y los acontecimientos en Colombia. Sin embargo, también representó un espacio de intercambio intelectual que permitió la reflexión sobre el subcontinente en su conjunto, su papel en el escenario internacional tras las dos guerras mundiales y su relación con la potencia del norte de América. Por esta razón, en sus páginas se incluyeron debates sobre el porvenir de América Latina en el contexto de los acontecimientos globales.

Según señala Betancourt Mendieta, un ejemplo de esta dinámica puede observarse en la publicación de la *Revista de las Indias* (1936), cuya dirección, con el respaldo del periódico, delegó en Germán Arciniegas la responsabilidad de convocar y conformar una asociación de escritores dedicados a tratar temas relativos a España y América. De esta iniciativa surgió inicialmente la *Revista de las Indias*. Con el tiempo, y debido a las transformaciones que experimentó la publicación en función de las políticas nacionales, Arciniegas con ayuda del periódico *El Tiempo*, consiguió crear la *Revista de América*.¹⁰²

¹⁰¹ PITA y GRILLO, “Una propuesta de análisis para el estudio de revistas culturales”, p. 181.

¹⁰² BETANCOURT, “Cultura letrada en Colombia en los años 1940: la *Revista de las Indias* y la cooperación intelectual”, pp.165 -186.

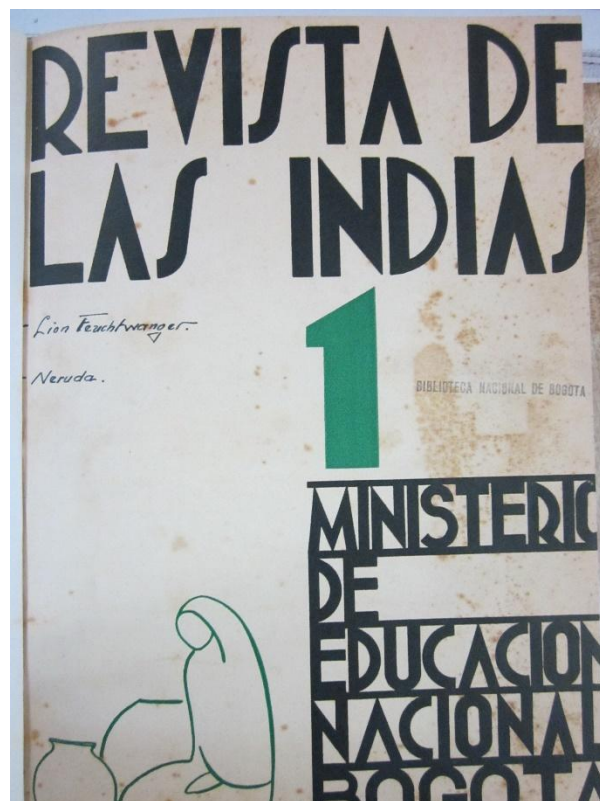


Figura 1. Portada. Revista de las Indias, No. 1. Tomo 1. 1936

Del mismo modo en que se había planteado en su predecesora, la *Revista de las Indias*, la *Revista de América* (1945) expresó una preocupación constante por discernir el papel de la cultura y la sociedad frente al futuro incierto tanto de Colombia como de América Latina en su conjunto. Esta inquietud se acentuó particularmente ante el crecimiento exponencial de Estados Unidos tras el fin de la guerra.

Esta perspectiva se refleja en la sección editorial del primer número de la revista, titulada “La Hora de América”:

Se ha dicho, y es la verdad, que ésta es la hora de América. Pero lo es en dos sentidos: porque, si de un lado, aparece por la primera vez como decisiva la actitud de nuestro hemisferio en el curso de la política mundial, por otra parte, nos acercamos a un punto en que la suerte de estas repúblicas puede jugarse como en una segunda jornada de la independencia.¹⁰³

¹⁰³ SIN AUTOR, “Editorial: La Hora de América”, *Revista de América*, Núm. 1, Vol. 1, (Enero, 1945), p. 3

Asimismo, se evidencia la creciente preocupación que suscitó entre los intelectuales latinoamericanos la muerte de Franklin Delano Roosevelt y la agitación que este acontecimiento generó en América Latina. Su fallecimiento presuponía un posible cambio en las políticas internacionales de Estados Unidos hacia la región, lo que acentuaba la incertidumbre ya existente tras los grandes conflictos bélicos.

En este contexto, resulta fundamental recordar la importancia de la política del *buen vecino*, impulsada por Roosevelt, la cual generó diversas interpretaciones respecto a sus repercusiones en América Latina. De manera general, esta política tenía como propósito fortalecer los lazos entre ambas Américas. Por un lado, buscaba favorecer el apoyo comercial de Estados Unidos en los territorios latinoamericanos; por otro, pretendía consolidar nuevas alianzas estratégicas para prevenir posibles ataques externos, dejando de lado las políticas de intervención directa que habían caracterizado décadas anteriores.

Entre las medidas adoptadas por Franklin D. Roosevelt con respecto a América Latina, destacan varias iniciativas orientadas a mejorar las relaciones diplomáticas y reducir la intervención directa en la región. Una de las más significativas fue la cancelación de la Enmienda Platt, vigente desde 1901, con el propósito de favorecer una relación menos hostil con Cuba, aunque esta situación cambiaría posteriormente.

Asimismo, su gobierno adoptó una postura conciliadora ante la expropiación petrolera llevada a cabo por el gobierno de Lázaro Cárdenas en México. También resaltan decisiones como la propuesta de restringir el uso de las fuerzas armadas en los territorios panameños, limitándolo exclusivamente a la zona circundante al canal, así como la retirada de las tropas de marines de Haití. A ello se suman los múltiples viajes que realizó a distintos países de América Latina durante su mandato.

Uno de los ejes centrales de su política hacia la región estuvo enfocado en el fortalecimiento de los intereses económicos y de cooperación internacional mediante la firma de tratados comerciales y estratégicos, con el objetivo de consolidar la protección del denominado “hemisferio occidental”. No obstante, es importante señalar que la principal intención de estas políticas era impedir que los países latinoamericanos prestaran apoyo a las potencias del Eje durante el transcurso de la Segunda Guerra Mundial. Todas estas medidas

pueden considerarse evidencia del nuevo enfoque con el que el presidente de Estados Unidos proyectaba su relación con las naciones del subcontinente.¹⁰⁴

Si bien durante el periodo presidencial de Roosevelt se produjo un auge en el apoyo bilateral en el ámbito comercial entre las dos Américas, en el plano político su administración impulsó una política no intervencionista que, en ciertos casos, adoptó un carácter paternalista. En el ámbito cultural, la relación entre ambas regiones se centró en la construcción de correspondencias y puntos de unión, destacando la religión como un elemento capaz de trascender las diferencias culturales. Es importante subrayar que esta propuesta resultaba relativamente novedosa, ya que, en décadas anteriores, los *Gentlemen Scholars* habían promovido una imagen de atraso y diferenciación racial y cultural entre la América sajona y la América hispana.¹⁰⁵

A partir de este planteamiento, la noción de unidad hemisférica promovida por Franklin D. Roosevelt también se tradujo en la propagación de una visión del continente como un espacio democrático y pacífico, en contraposición con la violencia que se desarrollaba en Europa. No obstante, aunque en el discurso se enfatizaba la idea de democracia, en la práctica se mantuvieron procedimientos antidemocráticos.

En este sentido, el gobierno estadounidense respaldó una serie de regímenes dictatoriales con el propósito de asegurar su influencia en la región, especialmente en el Caribe. Ejemplo de ello fue el apoyo a la dictadura de Leónidas Trujillo en República Dominicana, quien permaneció en el poder entre 1930 y 1961; el régimen de la familia Somoza en Nicaragua, que gobernó entre 1937 y 1979; y el liderazgo de Fulgencio Batista en Cuba, con mandatos entre 1940 y 1944, y posteriormente de 1951 a 1959. Si bien, el periodo de desarrollo de algunos de estos regímenes dictatoriales sobrepasa el periodo de estudio, y aún más la época en la que Roosevelt implementó la política de la *buena vecindad*, son ejemplos característicos de cómo el poder económico y político de Estados Unidos siempre ha estado presente en la política gubernamental, social y cultural latinoamericana.

El ideal de una sola América, promovido por Roosevelt, fue interpretado por algunos intelectuales latinoamericanos como un recurso retórico que aludía a la democracia, pero que, en esencia, no implicaba un cambio en la política imperialista de la potencia del norte. Estas

¹⁰⁴ STEWART, *BORDERS and Bridges: A history of U.S.-Latin American relations*, p. 103.

¹⁰⁵ EAKIN, "Latin American History in the United States: From Gentlemen Scholars to Academic Specialists", p. 541-545.

percepciones llevaron a considerar que la relación bilateral entre las dos Américas experimentaba un retroceso significativo.

Este proceso regresivo se intensificó tras la muerte de Roosevelt, lo que propició la proliferación de regímenes antipopulares, dictaduras y un marcado aumento de posturas anticomunistas tanto en América Latina como en el Caribe. Dichas tendencias se acentuaron con la llegada al poder de Harry Truman y se agravaron posteriormente con el proceso revolucionario en Cuba.

En textos como “Alas en las muletas o la vida ejemplar de Roosevelt”, de Octavio Méndez Pereira, es posible apreciar la exaltación de la vida y trayectoria del fallecido presidente, así como de las políticas implementadas hacia el subcontinente, en contraste con la expectativa e incertidumbre que representaba el gobierno entrante. A través de su escrito, Méndez Pereira buscó rendir homenaje a Roosevelt mediante la narración de su biografía y ofreciendo su perspectiva sobre las cualidades del expresidente: “Se me reveló entonces (...) como el hombre superior que había logrado alcanzar, por resortes de su vida y de su mundo íntimo, aquella alegría de vivir y de actuar, unida a un hondo sentido de lo justo y de lo humano”.¹⁰⁶

De manera similar, Carlos Dávila, en el texto “Más allá de la política de la Buena Vecindad”, expone, a través de una crónica, cómo el nuevo presidente, Harry Truman, manifestó su interés en continuar con los principios de cooperación entre las dos Américas durante su visita a Chile en ese mismo año, acompañado del presidente chileno Juan Antonio Ríos.

Dávila reseña los acontecimientos de dicha visita y cita las palabras del presidente Ríos en relación con el fallecimiento de Roosevelt y las nuevas iniciativas entre Estados Unidos y América Latina que buscaban:

(...) “solidificar la unidad americana sobre la base de los principios por los cuales se peleó y se ganó la guerra”, comprendieron que la política de buena vecindad súbitamente había avanzado un paso decisivo en su trayectoria de solidaridad continental para cimiento de la paz del mundo. (...) “Alguien dijo que poco nuevo se puede decir del Nuevo Mundo...” Yo creo que queda mucho por decir de su pasado, de su presente y, sobre todo de su futuro... Se habla de que el panamericanismo es una noción confusa de frases hechas, de que no existe aquí una tradición común ni una identidad de intereses, de aspiraciones y de modo de vida. (...) recibí yo del

¹⁰⁶ MENDEZ, O., “Alas en las muletas o la vida ejemplar de Roosevelt”, *Revista de América*, Núm. 11, Vol. 4, (Noviembre, 1945), p. 311.

presidente Roosevelt testimonio de la estima cordial de este país por el mío; de cómo estas dos naciones tan distantes en lo geográfico y diferentes en los planos de la riqueza y el poder, se sentían iguales y aliadas naturales, por la identidad de sus instituciones. (...) “Durante 122 años” -agregó el presidente Ríos- “la integridad territorial de este hemisferio fue protegida por una simple declaración osada y genial; Monroe reclamó para los Estados Unidos la responsabilidad de su aplicación; Roosevelt decidió compartirla con las otras 20 naciones”.¹⁰⁷

No obstante, es sabido que los lineamientos impulsados por Truman, orientados a frenar el avance del comunismo soviético, condujeron las relaciones interamericanas por un rumbo distinto. De hecho, su respuesta ante el escenario de la posguerra fue marcadamente reactiva, pues recurrió a diversas estrategias para contener la expansión soviética, basándose en los principios de la denominada *Doctrina Truman* y en la estrategia conocida como “política al borde de la guerra”. Estas medidas sentaron las bases del conflicto que, durante décadas (1947-1989), definiría la rivalidad entre las dos potencias mundiales.¹⁰⁸

Para explicar con mayor detalle el carácter intercontinental de las relaciones entre los países de América Latina y sus conexiones con otras regiones del mundo, es pertinente analizar cómo, desde la publicación del primer tomo de la *Revista de América*, se procuraron los medios necesarios para articular un diálogo entre autores de distintas latitudes.

El primer número de la *Revista de América* fue publicado en enero de 1945 como una edición mensual promovida por el periódico *El Tiempo*¹⁰⁹ en la ciudad de Bogotá, Colombia. Su valor inicial comenzó en los 60 centavos por ejemplar para terminar su emisión con un costo de un peso. La suscripción anual en Colombia costó 6 pesos y en el exterior su costo ascendía a 5 dólares. En su primera portada se encuentra una ilustración de Sergio Trujillo Magnenant (1911-1999), en la que se representa la figura ecuestre de Simón Bolívar, acompañado de siete hombres, uno de los cuales le extiende una espada.

La elección de esta ilustración en la portada del primer número evoca la esencia de la integración continental que Bolívar promovió tras el primer Congreso Americano que se celebró 1826, además de hacer alusión a uno de los principales propósitos de la revista: la unificación y difusión de la cultura latinoamericana.

¹⁰⁷ DÁVILA, C., “Más allá de la política de Buena Vecindad”, *Revista de América*, Núm 11, Vol. 4, (Noviembre, 1945), pp. 318-320.

¹⁰⁸ SUÁREZ y GARCÍA, “Lección 5: Las relaciones interamericanas durante la “Época del Buen vecino”, p. 87.

¹⁰⁹ BETANCOURT, “Cultura letrada en Colombia en los años 1940: la *Revista de las Indias* y la cooperación intelectual”, pp.165 -186.

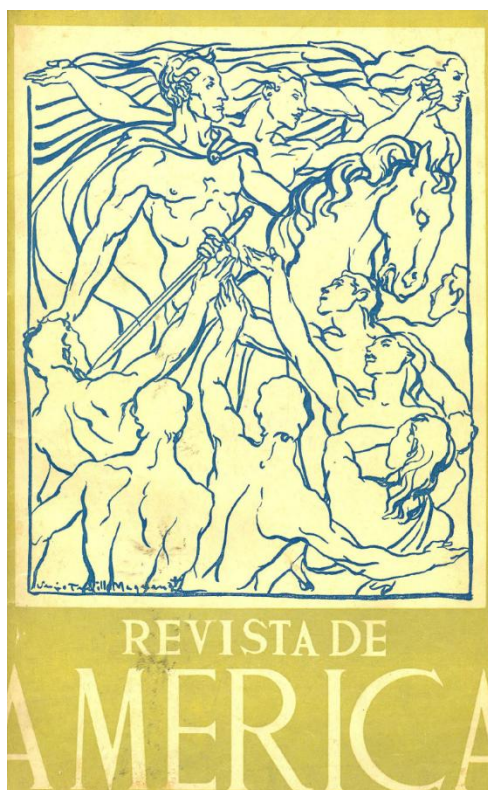


Figura 2. Portada. Revista de América No. 1 ,
Vol.1, 1945.

Entre los textos que conformaron el primer número de la *Revista de América*, pueden identificarse varios que reflejan la preocupación por desarrollar temas relacionados con América Latina y su vínculo con otras regiones del mundo. El interés por establecer un diálogo con figuras destacadas del ámbito literario en distintos países del subcontinente, así como por abordar problemáticas de la región en su conjunto y debatir sobre los acontecimientos de la época, se evidencia en sus contenidos.

Títulos como “Tres años de guerra”, de Carlos Dávila; “Un destino americano”, de Arturo Uslar Pietri; “Carta para un ahijado de guerra”, de Gabriela Mistral; “Hombres que he conocido”, de Sanín Cano; y “La guerra y la paz en 1944” reflejan la misión que dio origen a la *Revista de América*. Estos textos evidencian el carácter internacional que sus fundadores buscaron imprimir en la publicación, una práctica que se mantuvo en ediciones posteriores.

De igual manera, es posible examinar la concepción que se tenía de América Latina y su papel en el contexto global, la cual se manifiesta en el artículo “La Hora de América”.

En este texto, se observa que, al referirse al territorio, se destaca la idea de una unión hemisférica, su participación en la toma de decisiones durante el conflicto mundial y la influencia que estas determinaciones ejercen en el curso de los acontecimientos a nivel global. Esta perspectiva se evidencia, por ejemplo, en la siguiente afirmación:

Todo esto no es sino el principio de un despertar que hará, de hoy en adelante, decisiva la actitud de las Américas para mantener la paz o conducir la guerra en el Atlántico o en el Pacífico, en Europa o en el Asia. Mañana no va a ser indiferente, ni lo es hoy, el que el gobierno de la Argentina o el de Colombia, o el de México o el de Brasil caigan en manos de un fascista o en las de un demócrata. (...) Europa se ha dado cuenta, casi exacta, y lo mismo los Estados Unidos, del poder potencial de la América Latina. (...) De esta suerte, la América Latina, en el momento de su despertar económico, queda puesta en la encrucijada de las más tremendas fuerzas internacionales que haya conocido la historia.¹¹⁰

Las disertaciones en torno al subcontinente lo describían como un territorio natural e inhóspito, heredero y, al mismo tiempo, transformador de la cultura occidental introducida desde Europa. No obstante, desde esta perspectiva, dicha cultura no logró consolidarse plenamente, ya que las adaptaciones lingüísticas, las costumbres y otros factores culturales profundizaron el rezago de la región, distanciándola del carácter civilizatorio y moderno atribuido al legado europeo.

Ante esta visión, algunos autores planteaban el destino de América Latina en el contexto de los cambios que se manifestaban a nivel global:

América no es en realidad parte del territorio de la cultura occidental, sino una especie de provincia transalpina de su imperio, rebelde y deformadora. (...) abandonados con los instrumentos de la civilización europea en el mundo americano, hemos vivido en un drama de adaptación que esta aun es su etapa de planteamiento. No hemos sabido encontrar el estilo de la tierra americana. América es ante todo un mundo natural, cuyo proceso cultural fue extinguido y desviado.¹¹¹

Se destacó el papel fundamental de los intelectuales en la construcción de una nueva cultura que impulsara la transformación del subcontinente. En este sentido, Arturo Usler Pietri lo expresó de la siguiente manera: “Ninguna empresa es más importante que la de darle expresión al espíritu de América. Los hombres de pensamiento deben esforzarse en esta

¹¹⁰ SIN AUTOR, “Editorial: La Hora de América”, *Revista de América*, Núm. 1, Vol. 1, (Enero, 1945), pp. 4-5.

¹¹¹ USLAR, Arturo, “Un destino americano”, *Revista de América*, Núm. 1, Vol. 1, (Enero, 1945), p.21.

angustiosa introspección para encontrar las claves sobre las cuales va a apoyarse el destino americano.”¹¹²

En esa misma línea, se encuentran otros autores que abordan con igual relevancia la temática de la unidad continental y la construcción de un sentido y concepto para América Latina. Esto evidencia que uno de los ejes temáticos recurrentes en la *Revista de América* fue la idea de una América Latina unida, así como la reflexión sobre su futuro. Además, estos debates estuvieron estrechamente ligados a la discusión sobre la relación con Estados Unidos y el legado español en el subcontinente.

Ya es tiempo de que las repúblicas americanas echen a un lado ese concepto equivocado que han sostenido sobre los Estados Unidos, llamándolo el hermano mayor, y actúen ellas también como pueblos activos y vigorosos. Quizás algunos países hermanos no merezcan todavía plenamente ese calificativo, pero aun a pesar de ello es evidente que tenemos que realizar un pequeño esfuerzo y completar por nosotros mismos nuestro crecimiento. A la luz de nuestras propias faltas, con templamos con tolerancia a aquellos de nuestros hermanos que todavía vacilan en su andar. El referirnos a naciones atrasadas no conduce a nada positivo. Tampoco el tratar fútilmente de llevar la luz del cristianismo a países que tienen una estirpe cristiana tan antigua como la nuestra y que, además, pueden demostrarlo. La ignorancia, la inmoralidad, la vida miserable de los barrios bajos son propiedad de toda nación. Limpiemos primero nuestros conventillos, y entonces critiquemos a los demás.¹¹³

Asimismo, es posible observar que en los contenidos de la revista estas discusiones se desarrollaron incluso con la participación de autores de origen europeo o estadounidense, así como de intelectuales latinoamericanos residentes en otros países. La reflexión sobre el futuro del subcontinente adquirió un carácter crucial en los textos elaborados por los hombres de letras, quienes expresaron, a través de sus escritos, la incertidumbre que surgió en el contexto de la posguerra.

En este sentido, dichas publicaciones reflejan la inquietud sobre el papel que debía desempeñar América Latina en relación con los acontecimientos globales, un temor que se intensificó a medida que crecían las tensiones de la Guerra Fría. En esta misma línea de pensamiento, la preocupación por el futuro de los territorios latinoamericanos llevó, en ocasiones, a la difusión de afirmaciones sobre el supuesto progreso al que el subcontinente

¹¹² USLAR, Arturo, “Un destino americano”, en: *Revista de América*, Núm. 1, Vol. 1, (Enero, 1945), p.22.

¹¹³ GRATAN DOYLE, Henry, “Un punto de vista sobre el Panamericanismo”, *Revista de América*, Núm.13 Vol. V, (Enero, 1946), p.30-31.

se encaminaba. Así lo señala Zulueta en “América versus Europa”, donde se observa que, tras la Segunda Guerra Mundial, Europa parecía estar en decadencia, mientras que se esperaba que, ante ese declive, América Latina experimentara un crecimiento exponencial.

No obstante, dentro de las reflexiones extraídas de la *Revista de América*, el propio texto de Luis de Zulueta advierte sobre los riesgos y precauciones que debían considerarse frente a estas interpretaciones del avance latinoamericano, calificándolas como visiones demasiado optimistas. El autor sostiene que, si bien percibe indicios de progreso y considera probable su continuidad, es necesario evitar atribuirlo exclusivamente al declive europeo. En este sentido, argumenta que:

Sí. Yo creo que América asciende. Por muchas y muy diversas razones estoy seguro de que el próximo porvenir presenciara un rápido, espléndido engrandecimiento, material y moral, de este Nuevo Mundo. No estoy tan convencido, ni mucho menos, de la decadencia de Europa. Más, en todo caso, pienso que el problema está mal planteado cuando se emparejan el descenso de Europa y el ascenso de América como dos movimientos correlativos, necesariamente ligados entre sí, o como las dos caras, reverso y anverso, de un mismo proceso histórico.¹¹⁴

Y prosigue su análisis explicando, a partir de su interpretación del desarrollo de la guerra y la crisis en Europa, de qué manera América podría alcanzar un mayor protagonismo. En su argumentación, hace referencia a la importancia de la cooperación mutua como un factor clave para garantizar, en términos generales, la estabilidad global, la cual, a su vez, favorecería el crecimiento del continente americano:

No. América subirá en virtud del propio impulso, de la propia labor, de la interna fuerza ascensional. Subirá, no porque Europa baje sino sin que baje Europa, o a pesar de que Europa descienda. (...) En el fondo, necesita que Europa se Salve. Necesita un mundo equilibrado, precisamente para desarrollar en él todo su interno dinamismo, las inmensas posibilidades que hacen de América la esperanza del universo.¹¹⁵

En lo que respecta a la cultura, la literatura y el arte en América Latina, Baldomero Sanín Cano reflexiona sobre las influencias que Europa ejerció en la región. En su texto “Europa en América: rumbos culturales”, analiza cómo las producciones artísticas latinoamericanas mantenían una relación estrecha con el legado europeo, ya fuera de manera directa o a través

¹¹⁴ ZULUETA, Luis, “América versus Europa”, *Revista de América*, Núm. 4, Vol. 2, (Abril, 1945), p. 69.

¹¹⁵ ZULUETA, Luis, “América versus Europa”, *REVISTA DE AMÉRICA*, Núm. 4, Vol. 2, (Abril, 1945), p. 71

de la formación intelectual de los hombres de letras y la manera en que ejercían su labor escritural.

En este sentido, el autor expresa: “Hemos recibido de Europa el caudal de ideas y sentimientos, la lengua, las costumbres, muchos elementos de ciencia y filosofía; estamos, sumergidos unos, flotando otros, en la civilización que vino de occidente. Con todas sus fallas y chocantes deformidades esa civilización es la nuestra.”¹¹⁶

Sanín Cano hace, además, una referencia directa a las influencias que Germán Arciniegas, su contemporáneo y fundador de la revista, recibió desde Europa. Señala que, aunque Arciniegas, en sus textos, buscó exaltar la grandeza de lo latinoamericano, su producción intelectual estuvo marcada por la apropiación e interpretación de la cultura europea. Asimismo, subraya la importancia de escribir sobre lo americano y destaca que las influencias mutuas entre ambos continentes se reflejan en los intereses y enfoques adoptados por el autor.¹¹⁷

Nuestros lazos son estrechos, vitales e infrangibles. Uno de nuestros escritores del momento, más genuinamente colombianos y latinoamericanos es Germán Arciniegas. Su cultura, empero, es profundamente europea, quiero decir universal. Sus estudios sobre historia colonial se basan en conocimiento profundo de lo que era la vida europea en la época del descubrimiento y la Colonia y su erudición es americana de una lado y europea de los otros tres. (...) Sus libros se leen fuera de Colombia y se traducen, porque el espíritu, la actitud del autor, son europeos y universales.¹¹⁸

En el texto “América Latina en el mundo futuro” se expone la preocupación central que impulsó la fundación y continuidad de la revista. Según se menciona, aunque la publicación tenía un interés genuino en fomentar la lectura y la producción de conocimiento histórico y literario, su propósito final era analizar la posición de América Latina en el contexto global. Este interés se expresó de la siguiente manera:

No movió a los fundadores de esta Revista tan sólo ni principalmente, el deseo de crear una nueva publicación de índole literaria, de fomentar los estudios históricos o de contribuir a propagandas culturales. (...) con una preocupación más honda por el

¹¹⁶ SANÍN, Baldomero, “Europa en América: rumbos culturales”, *Revista de América*, Núm. 7, Vol. 3, (Julio, 1945), p. 111.

¹¹⁷ Germán Arciniegas, al igual que Sanín Cano, desarrolló un profundo empeño por hacer una apología de lo exótico y el salvajismo americano en contraposición con los estereotipos negativos que se han producido desde el viejo continente sobre América Latina. Esto se puede leer en algunos de sus textos más representativos como “América tierra firme” (1937), “Este pueblo de América” (1945) y “América en Europa” (1975), entre otros. Véase: TRIVIÑO, “La utopía americana de Germán Arciniegas”, pp.1-6.

¹¹⁸ SANÍN, Baldomero, “Europa en América: rumbos culturales”, *Revista de América*, Núm. 7, Vol. 3, (Julio, 1945), p. 111.

presente y el porvenir de lo que José Martí llamara “nuestra América”, quisieron que esta Revista fuera, primordialmente, un órgano de análisis y estudio de la real situación latinoamericana y de esclarecimiento de los fines esenciales que estas veintiuna repúblicas deben perseguir para establecer, claramente, cuál puede ser la misión que a ellas corresponda en la vida universal y cuáles los medios de realizarla.¹¹⁹

En este sentido, es importante destacar que los autores que participaron en esta publicación tenían la firme convicción de incidir en el contexto de su época, pues asumían el papel de guías culturales y de opinión con el propósito de influir en la sociedad.¹²⁰ Por esta razón, muchos de los esfuerzos reflejados en los textos se orientaron a reconocer y exaltar las grandezas del subcontinente, al mismo tiempo que promovían un llamado a la unidad latinoamericana.

Las citas de los diversos autores expuestas deben ser analizadas y contextualizadas dentro del ámbito letrado, con las características previamente detalladas. Es fundamental considerar que, en este entorno, los debates y opiniones se desarrollaban principalmente en un medio ensayístico. Para comprenderlo plenamente, es necesario atender a las condiciones de escritura y publicación de la revista, ya que, en aquel periodo, lograr un espacio material donde publicar y contribuir con reflexiones era un logro significativo. Todo ello debe analizarse en función de las coyunturas específicas que cada autor y cada país enfrentaban en el marco de la Guerra Fría.

Por otra parte, dentro de los contenidos de la *Revista de América*, un elemento relevante a considerar son las encuestas, las cuales sirvieron como herramientas para evaluar las opiniones y determinar puntos de influencia en la toma de decisiones sobre la inclinación ideológica en el contexto de la Guerra Fría.

Un ejemplo de este fenómeno es la encuesta titulada “¿América se inclina a la derecha?”, realizada entre los números 21 y 23 de 1946. En esta encuesta se analizan las posturas que, según los autores encuestados, adoptaron diversos países en respuesta a la influencia de la derecha política y cómo esta repercutió de manera significativa en las estructuras económicas, políticas y sociales de distintas naciones latinoamericanas. Se presentan casos específicos de países como Chile, Argentina, Colombia, Brasil, Uruguay,

¹¹⁹ SIN AUTOR, “América Latina en el mundo futuro”, *Revista de América*, Núm. 3, Vol. 1, (Marzo, 1945), p. 321.

¹²⁰ SARLO, “Intelectuales y revista: razones de una práctica” p. 12.

Perú, Venezuela y México, entre otros. Además, la encuesta constituye una recopilación de las perspectivas de varios autores sobre el significado de los conceptos de derecha e izquierda en el periodo posterior al Holocausto, lo que permite observar cómo estos términos fueron interpretados en el contexto político e ideológico de la época.

La encuesta evidencia la percepción de los autores sobre el concepto de derecha y su impacto en los países latinoamericanos, a través de diversos ejemplos y dinámicas de análisis. Un caso destacado dentro de esta discusión es el de Estados Unidos, tal como se menciona a continuación:

Hubo un momento en los Estados Unidos de la más intensa ansiedad política, al definirse el problema de la candidatura a la vicepresidencia de la república dentro del seno del partido demócrata. ¿Por qué fue derrotado Wallace y por qué triunfó Truman? Sencillamente porque ese día los demócratas tuvieron un prudente terror de las izquierdas. Los periódicos de Chicago declaraban ese mismo día que Wallace se había ganado los corazones de la convención y Truman los votos. Ha habido en la política de las derechas en los últimos años, y aun desde que terminó la primera guerra, el uso constante de un fantasma, que ha tenido más efectos que ningún argumento de razón: el fantasma comunista". Se describen varios ejemplos y la serie de hechos concretos que parecen indicar un movimiento hacia la derecha de América.¹²¹

En este sentido, hasta antes de las guerras, Europa había sido el principal referente cultural y político. Sin embargo, tras la Guerra Mundial, correspondió a los autores cuestionarse o posicionarse políticamente en relación con Estados Unidos, principalmente debido a la proximidad geográfica, la influencia política estadounidense sobre América Latina y los vínculos que muchos de estos escritores mantenían con el país del norte. Incluso aquellos que, en su militancia personal, se manifestaban como anti-panamericanistas y antiyanquistas, o que en algunos casos simpatizaban con el comunismo y las corrientes de izquierda, no pudieron evitar esta disyuntiva.

La alineación perceptible en la revista responde al plan delineado por Estados Unidos, sustentado en la promoción de la democracia, el anti-autoritarismo y la libertad de prensa. Aunque desde una perspectiva actual pueda parecer contradictorio, en su contexto histórico resultaba plenamente comprensible, ya que, a pesar del recelo hacia la política

¹²¹ Sin Autor, "¿América se inclina a la derecha?", *Revista de América*, Núm.21 Vol. VII, (septiembre, 1946), p. 291.

panamericanista, la afinidad con las ideas liberales promovidas por el gobierno estadounidense se manifestó de manera inmediata.

Uno de los problemas más críticos que afronta hoy el hemisferio occidental es la discreta suavidad con que la democracia está siendo eliminada de las repúblicas suramericanas por la rápida extensión de la influencia de las "logias" secretas de militares pro-fascistas. Los representantes diplomáticos en varias capitales están de acuerdo en que estas logias militares constituyen una seria amenaza para las cordiales relaciones entre Washington y las repúblicas del sur, porque se han declarado abiertamente en favor de la ideología nazi-fascista contra la cual los Estados Unidos están luchando en Europa. Además, según algunos agentes diplomáticos lo han informado a sus gobiernos, estas organizaciones secretas de hombres del ejército constituyen una gran amenaza para la paz del hemisferio occidental, ya que están inspiradas por los mismos empeños de agresión contra sus vecinos que llevaron a Hitler a invadir Austria y a Checoslovaquia".¹²²

Todos estos aspectos forman parte de las condiciones de producción en las que se desarrolló la *Revista de América* (1945-1953), en cuyo marco se buscaba generar conocimiento sobre América Latina, incluyendo los cambios ocurridos tras la salida de Arciniegas de la publicación. De hecho, el análisis de las relaciones sociales que estableció Arciniegas permite reflexionar sobre cómo, en ciertas ocasiones, su escritura favoreció una relación más estrecha con Estados Unidos, influida, en gran medida, por las interacciones que mantuvo durante sus estancias en dicho país.

¹²² WHITE, John; "El nazismo en América", *Revista de América*, Núm. 2 Vol.1, (Febrero,1945), pp. 223-224.

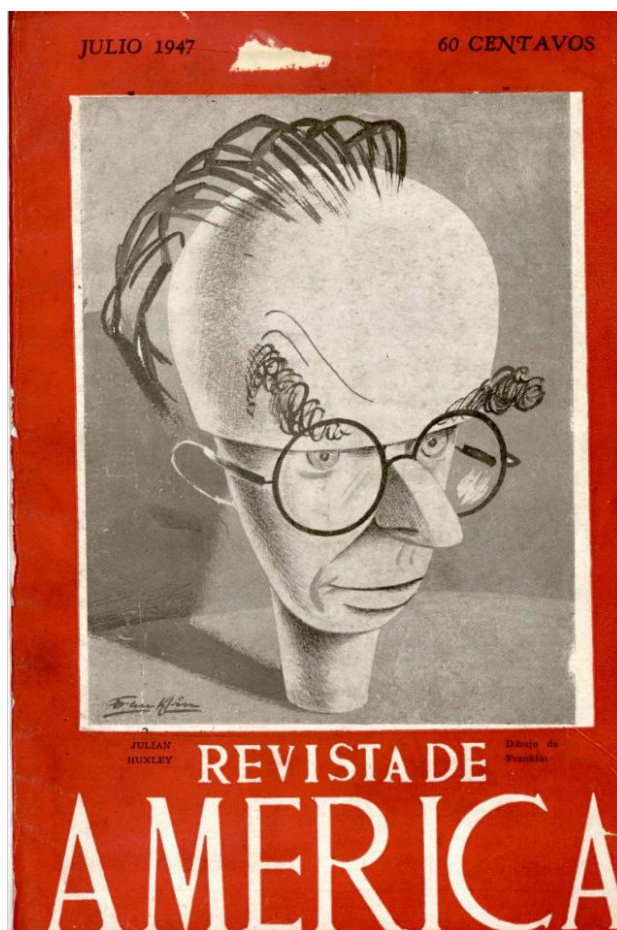


Figura 3. Portada, *Revista de América*, Vol XI, No. 31, Julio 1947

Para Arciniegas, el crecimiento soviético representaba un tema trascendente. Aunque había leído a Marx y comprendía el contexto del comunismo soviético, su afinidad se inclinaba mayormente hacia Estados Unidos. Esta postura permite comprender la influencia de dicha coyuntura en las decisiones editoriales de la *Revista de América*, así como en los escritos del autor sobre la relación de América Latina con la democracia representada por Estados Unidos.

Del mismo modo en que se evidencian contradicciones en la inclinación política de los escritores, ya fuera hacia el bloque capitalista o el comunista, también es posible identificar los debates que se desarrollaban entre autores de diversas partes del mundo respecto al legado y el futuro de América Latina. Un ejemplo de ello es el texto del escritor italiano Giovanni Papini (1881-1956), en el que señala, desde su perspectiva, las deficiencias

de América Latina, lo que pone de manifiesto cómo se seguía reproduciendo un discurso racializado sobre el subcontinente:

(...) cuando hablo de América me refiero a la inmensa porción del continente que se extiende desde los confines septentrionales de México hasta la punta de la Patagonia. Y que se entienda bien que hablo sólo en el plano intelectual y espiritual —el plano de la cultura y de la civilización—, y no en el de lo económico o lo político. (...) La América Latina ha conocido y adoptado, punto por punto, los sistemas que `han sido concebidos en Europa, y ha permanecido fiel, por más tiempo que la misma Europa, al ingenuo positivismo de Comte. No ha dado ni filósofos originales, ni sistemas propios. (...) La América Latina, hasta ahora, ha gastado la mayor parte del capital de su inteligencia en la lucha por el aprovechamiento de su suelo y en la pelea política. Poca fuerza le queda, para las actividades superiores del espíritu.¹²³

A este tipo de escritos provocadores, naturalmente, les correspondía una respuesta, ya fuera en la edición siguiente o en números posteriores, lo que evidencia tanto la importancia de la lectura de la revista como su impacto transnacional. Un ejemplo de ello es la réplica que recibió Papini por parte de Fernando Ferrádiz Albornoz, quien, en su contestación, expone las virtudes y responsabilidades que América Latina debería asumir ante el devenir global:

Entre lo mucho que América ha dado a Europa y que sigue ofreciéndole, está la ocasión libertadora, América es constantemente, para la Europa traicionada, para los europeos torturados, una posibilidad restauradora de esperanzas y realidades constructivas. El deber de América es ofrecer a todos los hombres una salida de salvación. Si, Europa, el hombre europeo, se ha disgregado en santo, sabio, guerrero y artista. América encierra la posibilidad de que el santo, el sabio, el guerrero y el artista recobren la humanidad perdida.¹²⁴

Del mismo modo, las discusiones se desarrollaban de manera continua a lo largo de los textos publicados en la revista. Su continuidad y permanencia estuvieron, asimismo, condicionadas por los acontecimientos políticos nacionales, como lo demuestra el hecho de que, años más tarde, la periodicidad de la publicación se viera afectada. A partir de 1950, comenzó a disminuir el número de ediciones, lo que se refleja en la aparición de varios números sueltos de la *Revista de América*. Este fenómeno coincide con la llegada a la presidencia de Colombia de Laureano Gómez, candidato del Partido Conservador, quien, a pesar de su breve mandato,

¹²³PAPPINI, Giovanni; “Lo que América no ha dado”, *Revista de América*, Núm. 30 Vol. X, (Junio, 1947), p. 293.

¹²⁴FERRADIZ ALBORNOZ, Fernando, “Lo que América ofrece”, *Revista de América*, Núm. 40 Vol. XIV, (Abril, 1948), p. 10

implementó políticas que restringieron diversos derechos civiles. A ello se sumó la creciente ola de violencia que caracterizó la época, factores que deben considerarse al analizar la interrupción en la publicación de la revista, la cual se debió, en gran medida, a la censura impuesta por el gobierno nacional.

La *Revista de América*, dirigida por Germán Arciniegas, dejó de publicarse en Colombia debido a diversos factores, principalmente relacionados con las tensiones políticas y las dificultades económicas. Esta revista representó un proyecto cultural e intelectual de gran impacto, cuyo objetivo era integrar y exaltar la identidad latinoamericana en un momento crucial de la historia, particularmente durante y después de la Segunda Guerra Mundial.

El contexto político desempeñó un papel determinante en la desaparición de la publicación. La *Revista de América* surgió en una época en la que el pensamiento liberal y democrático se encontraba en expansión. Sin embargo, los cambios en el panorama político colombiano, así como las dictaduras y conflictos en otros países de América Latina, afectaron significativamente el entorno cultural e intelectual en el que se desarrollaba. El discurso crítico de Arciniegas, comprometido con la defensa de la democracia y la libertad de pensamiento, no siempre fue bien recibido por sectores conservadores y autoritarios, lo que generó constantes tensiones con el poder.

Asimismo, la revista enfrentó dificultades económicas que limitaron su sostenibilidad. Mantener una publicación de alta calidad y con proyección internacional requería recursos significativos, y con el tiempo, la dependencia de suscriptores y patrocinadores resultó insuficiente en un contexto de crisis económica. Estas limitaciones financieras, sumadas a la censura y las presiones ideológicas impuestas por diversos grupos de poder, tanto nacionales como internacionales, restringieron la continuidad del proyecto editorial. La promoción de la integración latinoamericana y la postura crítica frente a los imperialismos convirtieron a la revista en un espacio de debate que, si bien influyente, también fue objeto de rechazo por parte de ciertos sectores.

Por otra parte, la trayectoria profesional de Germán Arciniegas influyó en la evolución de la revista. Su participación en el ámbito diplomático y académico fuera de Colombia lo llevó a trasladar parte de su labor intelectual a otras iniciativas, incluyendo

colaboraciones con universidades y otras publicaciones culturales. Esta diversificación de esfuerzos contribuyó a la dispersión del proyecto y debilitó su continuidad en el tiempo.

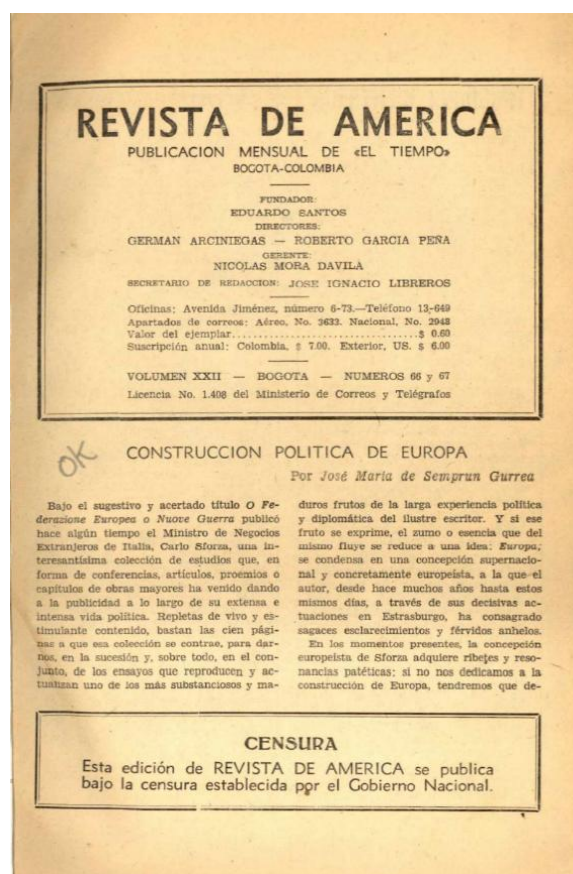


Figura 2. Calce sobre la Censura. Revista de América, Vol. XXII, No. 66 y 67, julio, 1950

Con base en lo expuesto acerca de la *Revista de América*, resulta pertinente destacar algunos aspectos clave. En primer lugar, es fundamental reconocer que el estudio de ésta y otras publicaciones desde una perspectiva actual exige comprender que las condiciones de producción de la revista eran también de índole política. Además, se debe considerar que los autores, provenientes de diversas disciplinas y con formaciones heterogéneas, pertenecían a un canon literario, pero también se encontraban inmersos en un contexto político y cultural que favorecía la escritura sobre temáticas específicas, en función de las demandas de su tiempo. Un ejemplo claro de ello es el interés de la *Revista de América* por debatir los eventos contemporáneos y las repercusiones de las Guerras Mundiales en el subcontinente,

particularmente en lo que respecta a la importancia de alinearse con uno de los dos bloques principales: el comunista o el capitalista promovido por Estados Unidos. En este sentido, se subraya la relevancia de analizar, desde una perspectiva contemporánea, la relación entre la historia de los autores y los textos que producen.

Las revistas constituyen, por sí mismas, fuentes fundamentales para la reconstrucción de los procesos históricos de una nación. No obstante, su utilidad trasciende este ámbito, ya que permiten observar cómo, en torno a ellas, se configuró toda una serie de prácticas y mecanismos que otorgaron validez y legitimidad tanto a sus contenidos como a las voces que se expresaban a través de los textos que se publicaban en ellas. Asimismo, facilitan el análisis del desarrollo de la cultura letrada y de cómo las revistas se utilizaron como dispositivos para fomentar debates sobre los eventos contemporáneos, el intercambio de ideas, la difusión literaria y, también, como un espacio para la incursión política.

En el interior de las revistas, es posible observar cómo se han seleccionado ciertos temas centrales para el debate, los cuales sirven como origen y fundamento de todos los textos y discusiones que en ellas se generan. Así, las revistas pueden caracterizarse y definirse a partir de los ejes temáticos escogidos como problemas fundamentales.

A modo de ejemplo de este punto, en las revistas culturales latinoamericanas que comenzaron a publicarse a partir del arielismo de Rodó, se puede observar un conjunto de valores y formas de interpretar el pasado, así como de rescatar y utilizar la memoria nacional y latinoamericana. Esto con el propósito de interpelar a sus lectores mediante la reflexión sobre la historia y los valores que se consideraban capaces de unir a los territorios latinoamericanos, haciendo alusión al ideal de una América Latina unida.

En el caso específico de la *Revista de América*, al igual que en la *Revista de Indias*, se abordaron diversas áreas del conocimiento, tales como historia, filosofía, noticias contemporáneas, economía y poesía. Además, en la *Revista de América* se consideró la literatura como un medio a través del cual era posible afirmar las similitudes de cada país subcontinente y abogar por la unidad continental. En sus contenidos, se apeló a la exaltación de la herencia hispánica común, al valor de lo mestizo y a la herencia cultural europea como fundamentos de la unidad continental. De manera similar, ambas revistas dan cuenta del quehacer literario y del establecimiento de un grupo de élites culturales letradas, tanto en el territorio colombiano como en sus conexiones fuera del país.

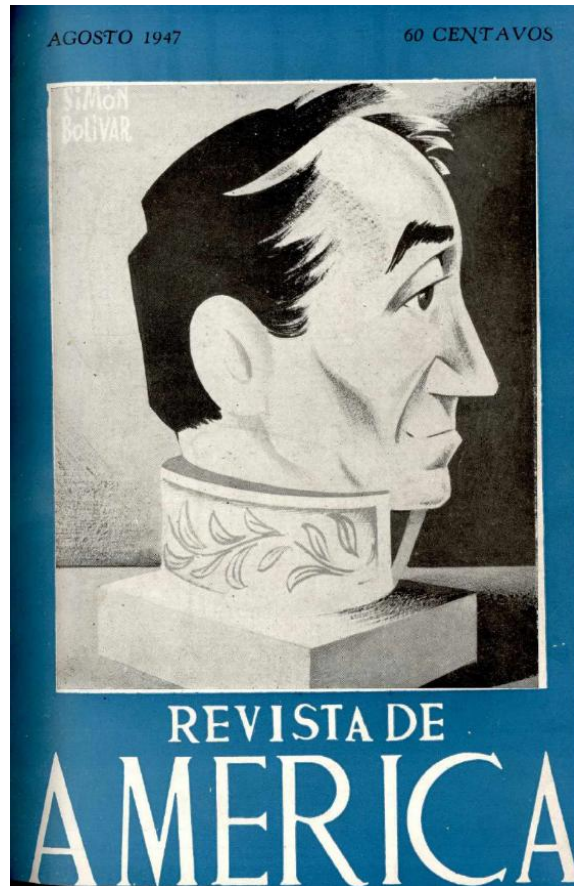


Figura 4. Portada, *Revista de América*, Vol XII, No. 32, agosto 1947.

La *Revista de América* surgió como una publicación en la que sus colaboradores manifiestan el creciente interés por dilucidar el devenir latinoamericano, pero también se configura como un medio para exponer ideas y establecer un canon de escritura que otorgó a los letrados de su época la autoridad para influir en la opinión pública. A través de esta revista, ha sido posible reflexionar sobre cómo este medio fue concebido como un canal de comunicación entre intelectuales, que trascendía los temas de carácter nacional, y que buscaba enriquecerse con los aportes literarios, científicos y de opinión de una élite letrada de alto renombre a nivel internacional. Además, en sus páginas se reflejó la preocupación por los eventos contemporáneos y, en cierta medida, se continuó con una actitud de rechazo hacia el imperialismo estadounidense, sentimiento que se consideraba mitigado por las políticas de Roosevelt. Tras su muerte, ese sentimiento de expectativa y rechazo fue reavivado.

A pesar de ello, la discusión sobre el tema de la unidad continental no adquiriría la suficiente relevancia hasta el estallido de la Revolución Cubana y el surgimiento del denominado “boom latinoamericanista”, el cual propició, a su vez, el retorno al valor del ejercicio de la escritura como transformador de sentido, así como el creciente protagonismo de los intelectuales en la transformación social.

Conclusión

La gestión, desarrollo y permanencia de las revistas culturales en América Latina tienen una fuerte relación con sus funciones de difusión de cultura y política durante el periodo de estudio. Estas publicaciones tuvieron a su vez un papel central como medios de transmisión de ideas y debates. Todo esto bajo un contexto donde no existían otra clase de espacios bien definidos que fueran propicios para discutir cuestiones de índole literaria, ensayística, estética, cultural y hasta política. De esa manera, las revistas culturales influyeron ampliamente a la formación de la denominada cultura letrada. Es decir, sirvieron como vías mediante las cuales fue posible expresar ideas que buscaban no sólo influir en áreas literarias o artísticas, sino que pretendían tener un impacto directo en la vida pública, política y social.

Publicaciones como las revistas culturales en el contexto latinoamericano pretendieron ser agentes verdaderos de cambio social. Los distintos hombres y mujeres letrados, que a menudo formaban parte de una importante élite intelectual, se consideraban a sí mismos como capaces de transformar su entorno por medio del uso de la palabra escrita. No se percibían como meros observadores pasivos de los eventos de su tiempo, sino que se veían a sí mismas como agentes activos de transformación.

En muchos casos, las revistas, sus directivos y escritores adoptaron una postura militante, mientras que utilizaron sus textos para criticar el statu quo y proponer opciones a los sistemas políticos y culturales instituidos, tanto a nivel nacional, como subcontinental. Es justamente a través de los medios de divulgación escritos que se entrecruzaron las opiniones entre interlocutores de varios puntos del globo, estableciendo así redes amplias de comunicación que interconectaban las discusiones más allá del marco territorial de América Latina. Este punto en particular es altamente relevante ya que, para esta época, en la que la

comunicación podía ser limitada y lenta, se daba con bastante fluidez y con auténtico interés por el diálogo entre los pares intelectuales de otros puntos geográficos. Los intercambios de puntos de vista sobre un tema u otro no sólo se daban entre autores latinoamericanos, sino que también se llevaban a cabo con escritores europeos y estadounidenses, hecho que incrementó la notabilidad de las revistas como auténticos foros de discusión de talla internacional.

En el caso de ediciones como la *Revista de América*, este activismo letrado estaba directamente emparentado con los procesos históricos propios que atravesaban a toda la región. Tópicos como la consolidación de los proyectos nacionales (tejidos desde finales del siglo XIX), al igual que las luchas por la autonomía cultural y política, dilucidar cuál sería la relación con Estados Unidos, así como las tensiones de la creciente Guerra Fría y los resultados de las guerras mundiales fueron entonces de interés central para aquellos participantes de estas publicaciones. De ese modo, se convirtieron en espacios de resistencia y de propuesta, empleando el ensayo, la crítica literaria y el análisis político como instrumentos de reflexión. Por lo tanto, su función no sólo consistía en la producción y difusión del conocimiento, sino también tenían la fuerte convicción de incidir activamente en los debates sobre el destino de América Latina en el mundo.

Visto desde el presente, este enfoque, que podría encontrarse restrictivo únicamente funcional para ese mismo grupo de intelectuales, sin embargo, estuvo profundamente ligado a la creencia en la idea de modernidad y a la convicción de que la modernización de América Latina debía pasar por una metamorfosis cultural, guiada por las elites letradas de la época. En ese sentido, los grupos de hombres y mujeres de letras se aventuraron a la construcción de un modelo de sociedad que, aunque inspirado por influencias europeas, debía acomodarse a la realidad diversa de los territorios latinoamericanos. Se buscó rescatar la herencia de las buenas costumbres y la alta cultura europea tras el derrumbe del orden social del viejo continente como consecuencia de los conflictos mundiales. En este sentido, las revistas culturales fueron soportes importantes en la creación del canon latinoamericanista que proponía un camino alternativo a los influjos imperialistas del exterior, particularmente desde Europa y Estados Unidos.

Se debe resaltar igualmente que las publicaciones periódicas, con sus características y particularidades (temáticas, contenidos, periodicidad y formato) buscaban expresar entre

sus textos el contexto en el cual se desarrollaron y, además, buscaban mediante sus lecturas transformar la opinión pública, el entorno cultural y así contribuir en cierta medida al cambio social en el subcontinente.

La publicación de revistas de índole cultural en territorio latinoamericano cumplió con la doble función de servir como plataforma de exposición y difusión de ideas diversas sobre temas de interés nacional e internacional y también como importantes puntos de encuentro entre distintos actores intelectuales de la época. Estos personajes intercambiaron sus textos en estas plataformas desde distintos puntos del mundo. Asimismo, como medios escritos que se imprimían con cierta periodicidad, facilitaron la integración en sus contenidos de discusiones de tipo político, filosóficas, estéticas, literarias y económicas en un contexto en el que resultaba preponderante comprender y discernir sobre el futuro ante los cambios sociales y económicos del periodo. Estas publicaciones ofrecieron de este modo un espacio para que distintos escritores, artistas y pensadores consiguieran mostrar sus puntos de vista en circunstancias donde no siempre existieron los medios para hacerlo.

Igualmente, a todas las actividades que los grupos letrados desarrollaron en torno no sólo a la publicación y difusión de sus textos, sino también a toda clase de interacciones entre sí, itinerarios, funciones diplomáticas, coleccionismo de acervos históricos y bibliográficos, viajes e intercambio de correspondencias, se le puede denominar bajo el concepto de cultura letrada. A partir de todo ese conjunto de labores fue que consiguió establecerse un canon en tono a lo que se leía, escribía y opinaba en el periodo. Por lo que, a la larga, los escritos de dichos autores pudieron convertirse en modelos a seguir para obras consecuentes que abordasen las mismas temáticas, el caso más representativo para esta investigación sería el latinoamericanismo desarrollado por Rodó, de quien las posteriores generaciones sustrajeron nociones para configurar sus disertaciones posteriormente. Ejemplos de ello se han mostrado en las preocupaciones que autores como Baldomero Sanín Cano y el mismo Germán Arciniegas generaron en la *Revista de América*.

La *Revista de América*, ejemplo del fenómeno que se ha descrito, propuso una plataforma adecuada para intercambiar conversaciones tanto al interior del continente como a nivel trasatlántico. Este espacio se instituyó como un sitio en el cual era posible debatir toda clase de temáticas, tanto de tipo histórico, literario, estético como también asuntos de importancia mundial. Como lo fue la discusión sobre la postura de América Latina en los

primeros años de la posguerra hasta la relación que tuvo y tendría a futuro con potencias como Estados Unidos, diálogo que se ejemplificó en este apartado.

Igualmente, era de suma importancia la reflexión sobre el tema de la unidad de América Latina. La *Revista de América*, utilizó sus páginas para explorar la herencia hispánica entre las distintas naciones latinoamericanas y también promover la idea de un continente unido frente a los desafíos del siglo XX. Este tema fue de hecho muy recurrente en esta publicación, así como en otras contemporáneas, puesto que se buscó generar reflexión sobre el pasado indígena y colonial de América Latina y su impacto en la construcción de la región, basada en nociones como el pasado en común, la cultura y la lengua como ejes unificadores. La *Revista de América*, dedicó parte de sus contenidos a analizar el legado hispánico como un elemento agrupador que podía servir como fundamento para una mayor cooperación, colaboración y entendimiento entre los países latinoamericanos.

Esta visión se sostenía sobre la idea de que, a pesar de las diferencias políticas y económicas, así como las particularidades de cada uno de los países, América Latina compartía una historia y una herencia cultural que debía ser revalorada, estudiada y reflexionarla como eje articulador de la colaboración regional. Este discurso de unidad, aunque no libre de sus detractores, críticos y escépticos, se consolidó en la medida en que los discursos, textos, discusiones y publicaciones periódicas como las revistas, continuaron pregonando estas ideas a lo largo de varias décadas. Sin embargo, como se mencionó, este modelo no alcanzaría su auge hasta el “boom latinoamericano” que se dio entre la década de 1960 a 1970.

La *Revista de América*, fundada en un momento clave, tras la Segunda Guerra Mundial tuvo como objetivo (al igual que otras revistas contemporáneas) representar un foro de reflexión sobre el “ser latinoamericano” y tratar de definir su papel en el panorama internacional. Fue así como se posicionó como una plataforma de expresión y reflexión sobre lo que implicaba ser parte de América Latina. Su inspiración internacionalista se expresó en incentivar la participación y publicación de autores de diversos países, lo que favoreció un diálogo cultural amplio y profundo. Objetivo con el que continuó hasta que dejó de publicarse en 1957.

Desde sus primeras publicaciones, se hizo un esfuerzo consciente por subrayar la importancia la unidad continental basada en la historia, la cultura y el legado hispánico

compartido. A lo largo de sus ediciones, la revista se convirtió en un medio adecuado para fomentar el diálogo sobre la unidad latinoamericana y explorar las vías para alcanzar una mayor cooperación y solidaridad entre las naciones de la región.

Ante el contexto de incertidumbre global, la revista abordó directamente las tensiones internacionales de la época, reflexionando sobre cómo América Latina debía posicionarse entre las dos grandes potencias emergentes: Estados Unidos y la Unión Soviética. Aunque la publicación tenía una clara tendencia democrática y de inclinación pro estadounidense, las preocupaciones por el destino del subcontinente ante la división internacional son evidentes.

La dirección de Germán Arciniegas en la *Revista de América* fue crucial para su orientación intelectual y política. Dado que Arciniegas destacó con su participación como ministro de Educación, presidente de la Academia Colombiana de la Lengua y la Academia Colombiana de Historia, dejó la huella de todo su itinerario intelectual y de también sus constantes viajes hacia Estados Unidos a través su participación en la revista. Se mostró por medio de sus escritos como un arduo defensor de la unidad latinoamericana y defendió por la importancia de la región en la reconstitución y rescate de la cultura europea perdida tras las guerras. La revista manifestaba en buena medida esta visión, presentando a los hombres y mujeres de letras que escribieron en ella, como figuras centrales en la transformación cultural y política de la región. Los textos publicados mostraban la preocupación por encontrar soluciones a los problemas del periodo y veían a la difusión cultural como un medio para intervenir en el rumbo que tomaría América Latina.

Por otra parte, al igual que otras revistas de momento, esta publicación contribuyó a la consolidación de un canon en América Latina, dado que los asuntos de interés que aparecieron en una u otra publicación solían tratarse también en otras revistas, al mismo tiempo. Se trataba entonces de un trabajo que, aunque no se planeaba de manera conjunta, servía para generar discusiones al rededor del mismo tópico. Esto permite observar cómo estos medios escritos facilitaron la articulación de las principales preocupaciones estéticas, políticas y filosóficas de la región en el periodo de estudio. Al reunir a autores influyentes de diversas disciplinas, revistas culturales como ésta se convirtieron los espacios adecuados donde se discutían y difundían las ideas que a la postre definirían gran parte del pensamiento latinoamericano del siglo XX. A través de cada una de sus ediciones, la revista ayudó a

consolidar la figura del hombre de letras como un actor relevante en la esfera pública y también como un promotor del desarrollo social, cultural y político del continente.

Este capítulo representa un acercamiento a la visión sobre América Latina que trató de plasmarse en la *Revista de América*, sobre todo, para observar cómo la construcción de una idea de comunidad latinoamericana estaba sustentada en un uso específico del pasado hispánico en común. Para ahondar mucho más en la noción de unidad subcontinental expresada por los autores, así como la configuración de todo un sistema de cultura letrada, habrán de trabajarse otros años y otros contextos de enunciación de la publicación, así como resaltar los cambios y continuidades en aspectos relativos a la conformación y difusión de los textos, vínculos entre autores, así como de la propia idea de América Latina. Esto deja por entendido que el presente texto deja abiertas muchas vetas más de estudio que podrán ser tratadas con mayor profundidad en futuros trabajos.

De ese modo comprender que mientras leemos desde lo actual los contenidos de las revistas, podemos interpretar las decisiones tomadas desde la distancia histórica en la que nos encontramos, sabiendo de antemano lo que pasó después, es por ello que el valor de esta investigación se encuentra más allá de un estudio de los contenidos de las revistas culturales, su aporte se encuentra en el estudio del trasfondo contextual y coyuntural que hizo que la *Revista de América* se posicionara en medio de la Guerra Fría.

A pesar de su desaparición, la *Revista de América* hoy en día puede estudiarse como un testimonio fundamental de los esfuerzos de Arciniegas y de otros autores de la época por fortalecer la unidad latinoamericana en un periodo marcado por profundas transformaciones políticas y culturales. Igualmente pueden analizarse sus contenidos y su contexto de enunciación como un referente en la historia del pensamiento latinoamericano, evidenciando la importancia de la difusión intelectual en la consolidación de una conciencia regional.

Capítulo III

Interconexiones letradas insulares

Existen algunas similitudes, al igual que grandes diferencias de la revista *La Torre* con respecto a la *Revista de América*. Se puede comenzar por el hecho de que la primera emergió inicialmente como un esfuerzo universitario, es decir, inició siendo un órgano de difusión de las actividades universitarias tanto académicas, deportivas como culturales llevadas a cabo en el seno de la Universidad de Puerto Rico (UPR), a diferencia de la segunda que vio la luz como un espacio de intercambio de opinión entre élites de hombres letrados que tenían interés en discutir temas latinoamericanos, y que se expresó como un espacio para poder llevar a cabo sus labores de escritura, debido a la falta de profesionalización y de lugares propicios para desenvolver este quehacer desde el rigor de la academia. Sin contar que puede reconocerse como un medio de expresión de la alta cultura colombiana.

En el caso de *La Torre*, sus inicios se dieron a través de la publicación del periódico bautizado con el mismo nombre, en el año de 1939, y se imprimió hasta 1947. El periódico fue publicado en sus inicios con números mensuales, continuando en ocasiones los números semanales. Su costo inicial fue de 3 centavos y se tiraron alrededor de ocho páginas por número, en los cuales se presentaban en sus inicios temas como actividades de las fraternidades universitarias, situaciones cotidianas del estudiantado universitario, actividades radiofónicas, e incluso inserciones en inglés que trataban temas de opinión sobre asuntos internacionales, así como informes emitidos desde Estados Unidos con respecto a la UPR. De este modo se fueron presentando para continuar más adelante su impresión de forma semanal, en donde los textos ya abarcaban temáticas más diversas como por ejemplo las relaciones de la UPR con otras universidades del Caribe, algunas discusiones literarias, poemas, y también siguieron los temas cotidianos sobre la universidad.

Fue por el aliento de la casa editorial de la UPR que, más adelante, en 1953, se retomaron algunos contenidos y se contactó a distintos autores para que se presentaran resultados ya en forma de revista, todo este, un tema que se desarrollará más adelante. Enunciar cuál fue en ambiente político, social y cultural que propició la generación de esta publicación universitaria, permitirá comprender sus contenidos. De hecho, algunos aspectos como la gran importancia que ha tenido, y tiene aún la relación de la isla con Estados Unidos

y la influencia que esta relación colonial ha tenido sobre la educación superior y su producción escrita, mucho más durante una época álgida como lo fueron los inicios de la Guerra Fría son puntos importantes para organizar esta reflexión.

La política puertorriqueña, la crisis nacional y la relación con Estados Unidos

Resulta necesario exponer primero el contexto bajo el cual se inscribió la publicación, primero del periódico *La Torre*, y después de la revista. Dicho sea de paso, para entender ambas publicaciones, tanto el periódico como la revista, habrá que resaltar el énfasis que tuvieron algunos hitos políticos e históricos que al final tuvieron gran repercusión sobre el desarrollo de la educación universitaria, que propició la interconexión entre grupos letrados de talla internacional en la isla. La primera coyuntura por destacar es la guerra de España contra Estados Unidos en 1898, que representó la anexión de Puerto Rico como colonia estadounidense, lo cual evidentemente implicó cambios drásticos en temas relacionados con asuntos de gobierno y en la administración de la educación en particular. Con esta guerra, Estados Unidos consiguió no solo los territorios de Puerto Rico, sino que se anexó también Cuba, Filipinas y Guam. Como ya se mencionó previamente, esta derrota representó para España una caída estrepitosa, de la cual iba a ser difícil reponerse.

Con la pérdida definitiva de las últimas colonias de España en América y tras la celebración de los Tratados de París firmados en 1898, que entraron en vigor en 1899, terminaron por anexarse completamente las islas en una relación de dependencia colonial a los Estados Unidos. En tales tratados, se estableció que los derechos civiles serían determinados por medio del Congreso, con lo que se reafirmaba que el gobierno de la potencia del norte de América tenía absoluta autoridad sobre las tierras recién añadidas. También se instituyó que era obligación del gobierno de norteamericano respetar la libertad de culto de los habitantes de las islas, por lo que, en muchos de estos territorios, el catolicismo continuó como religión oficial, aunque en la práctica resultó en una pugna constante entre el catolicismo de la isla (consecuencia del pasado colonial español) y el protestantismo que daba sustento a la formación del imperio estadounidense.¹²⁵

¹²⁵ RUBERO, “Primera etapa colonial estadounidense: 1898-1940”, pp. 75-134.

Después de esta importante coyuntura para la isla, es relevante mencionar la emisión de la Ley Foraker, el 12 de abril de 1900, por el Congreso de los Estados Unidos, esta reafirmó lo que ya había comenzado a introducirse con los Tratados de París. En primer lugar, que el gobernador de la isla siempre sería elegido por el presidente de Estados Unidos. Asimismo, se reconocería la ciudadanía de Puerto Rico, cosa que tuvo como consecuencia la incertidumbre, puesto que no se sabía el estatus civil del puertorriqueño con respecto a EE. UU. También se creó una Cámara de Delegados y a los ciudadanos de la isla se les admitió elegir quienes serían electos en Puerto Rico para ocupar cargos en la Cámara Baja, mientras que el Consejo Ejecutivo y la Cámara Alta seguían a cargo de estadounidenses. En cuanto a las políticas económicas, con la Ley Foraker se implementó un impuesto de un 15% por costos de importación y exportación de productos. Sin contar con el control del espacio marítimo, aéreo terrestre, de fronteras y de aduanas, lo que cerró las oportunidades de expansión comercial para la isla. Igualmente esta ley estableció el cargo de Comisionado de Instrucción Pública de Puerto Rico, sobre el cual recaían todas las decisiones de tipo educativo, así como lo relacionado con insumos, adquisiciones y aspectos económicos que tuvieran que ver con la instrucción pública puertorriqueña, y que derivó en la creación del Departamento de Instrucción Pública, que propuso entre otras cosas, la obligatoriedad de la enseñanza del idioma inglés en todos los niveles educativos, situación que se mantuvo hasta 1949.

Se promulgaron las llamadas Leyes de Cabotaje (Ley Jones en 1917) que llegaron para complementar aspectos económicos que la Ley Foraker no había contemplado, al mismo tiempo que en el acta de esta ley se aprobaba la creación de una Cámara de representantes y un Senado electo en el territorio insular; mientras que quien ocupara el puesto de gobernador seguía siendo designado por el poder del presidente. Además, dichas leyes impiden hasta la fecha el flujo de mercancías hacia Puerto Rico, esto mermó el acceso a productos básicos a costos accesibles. Brevemente, el proceso que tenían que franquear (y llevan aún) los productos para ingresar a la isla era pasar primero por las revisiones, permisos y costos de navegación que esta ley impuso, ningún producto podría entrar o salir de la isla sin ser sometido a dicha inspección y la adición del impuesto correspondiente. En aquel momento esta ley desestabilizó la economía puertorriqueña, además de la devaluación y salida definitiva de circulación de la moneda de plata puertorriqueña para dar entrada al uso del

dólar en 1901. Estos hechos terminaron por descomponer la economía del país insular. Por ejemplo, en el aspecto agrario, los trabajadores del campo redujeron su producción a los productos que demandaban latifundios norteamericanos que exclusivamente sembraban caña de azúcar, dejando fuera otros tipos de cultivo que se efectuaban previamente, lo cual llevó al monopolio del cultivo y distribución de la caña.¹²⁶

Estos hechos avivaron el interés de los grupos letrados de la isla por escribir y tratar de desentrañar y explicar primero la relación que tenía Puerto Rico con respecto a Estados Unidos tanto en lo político como en lo económico, y, en segundo lugar, las labores de escritura se concentraron también en reflexionar sobre el sentido “de ser puertorriqueño”. Esto abrió preguntas constantes sobre el estatus de la isla, y el tema fue llevado a diversos ámbitos como la política, la escritura y la producción literaria, en donde se trató de retomar el pasado hispánico para asentar las bases de una identidad boricua en rechazo a la norteamericana, enalteciendo e idealizando la tradición e historia que vinculaba a la isla con España.¹²⁷

En la política local, se encontraban dos facciones que, desde finales del siglo XIX, debatían sobre el estatus de la isla y la construcción de su Estado. Estos grupos estaban encabezados por Luis Muñoz Rivera y José Celso Barbosa, quienes fundaron dos partidos políticos, el Partido Federal Americano (que era de corte autonomista) y el Partido Republicano (que era anexionista) respectivamente. El caso de Muñoz Rivera es notorio porque, desde la práctica de la escritura y de su participación en la publicación del periódico *La Democracia* (1890-1948), ejerció también su labor política.¹²⁸

Sin embargo, la aplicación de la Ley Foraker impactó en el quehacer político de dichos partidos, pues, con la imposición del estatus colonial, se suprimió cualquier tipo de participación de los puertorriqueños en la política de la isla. Añadiendo que las primeras elecciones que el gobierno de Estados Unidos promovió en Puerto Rico fueron para la selección de miembros de la Cámara de Delegados, de 1900 a 1901. En esta cámara se daría la oportunidad de participación puertorriqueña, la cual desempeñaría un papel marginal en la

¹²⁶ GROSGOUEL, “Apatía frente a la soberanía: lógicas globales y colonialismo en Puerto Rico”, pp. 19-24.

¹²⁷ FIGUEROA, “La voz Hispanófila”, p. 73.

¹²⁸ CORTÉS, “La casa cultural y la patria criolla: Luis Muñoz Rivera y el pensamiento autonomista de finales del siglo XIX en Puerto Rico”, p. 196.

legislación de la isla. Las elecciones de inicios de siglo se inclinaron a favor de los republicanos, lo cual avivó el ambiente de reclamos constantes y de violencia al interior de la política boricua.

Debido al malestar político general que se vivió en toda la isla es que se crea el Partido Unión de Puerto Rico (PU), con la participación de Luis Muñoz Rivera, Antonio Barceló, José de Diego y a cargo de Rosendo Matienzo, que buscaba unir las diferentes vertientes políticas del país para, con más fuerza, conseguir contrarrestar el poder del imperio de estadounidense, aunque en su sustento político el partido era de corte autonomista. El Partido Unión de Puerto Rico ganó las elecciones en 1904, las cuales se llevaron a cabo por disposición del gobierno federal de Estados Unidos, el gobernador, como ya se mencionó, era seleccionado desde la presidencia estadounidense.

Tras las querellas que ya se urdían desde 1900, el Partido Federal se disolvió, lo cual dio paso a la victoria del PU, cosa que se repetiría hasta 1932. Esto se explica debido a que el discurso unificador del partido tenía como eje definir el estatus del país con respecto a Estados Unidos. De hecho, los esfuerzos de Luis Muñoz Rivera siempre se encaminaron hacia ese objetivo y se propugnaba por la soberanía nacional. A través del estatuto cinco del partido, intitulado “La Base Quinta”, se expuso la opinión sobre el estatus político, en donde, en su discurso, se favorecía a cualquiera de las tres posiciones políticas (independentista, anexionista o autonomista), lo cual de facto constituía la base de la ideología de unión de dicho partido. Este documento expresaba que:

(...) el *status* político de esta isla sea de una vez definido y de manera estable, consagrado en tal forma que los hombres de Puerto Rico sean almas libres e iguales y que, con respecto a las sabias doctrinas del pueblo de los Estados Unidos, quede fundado en esta isla un gobierno que derive sus poderes del consentimiento de los gobernados. (...) conceda a los puertorriqueños una ciudadanía definida, y admitimos una forma política en que su esencia responda a la necesidad de establecer en Puerto Rico el *self-government* o autonomía en que el pueblo de Puerto Rico admita la plena capacidad civil y política, para gobernarse por sí mismo. (...) o que la isla de Puerto Rico sea confederada a los Estados Unidos de la América del Norte, acordando que ella sea un Estado de la Unión Americana, medio por el cual puede sernos reconocido el *self-government* que necesitamos y pedimos; y declaramos también que puede la isla de Puerto Rico ser declarada nación independiente, bajo el protectorado de los Estados Unidos (...) teniendo el convencimiento de que los problemas políticos y económicos de la isla de Puerto Rico pueden afectar los intereses económicos y políticos de los Estados Unidos y pareciéndonos digno y justo que así como no

queremos que nuestra voluntad sea desconocida y forzada, tampoco queremos nosotros desconocer y forzar la voluntad ajena, puesta nuestra confianza en Dios y en la buena fe y amistad del pueblo de los Estados Unidos, proponemos, solicitamos y compelemos al Gobierno de los Estados Unidos para que en representación del pueblo de los Estados Unidos de América del Norte defina de una vez el status del pueblo de la isla de Puerto Rico (...) ¹²⁹

A pesar de todo, la política colonial estadounidense prevaleció. Los casi nulos avances en términos del cambio de estatus político de la isla propiciaron que el Partido Unión de Puerto Rico dejara de lado los ideales de la facción independentista. A raíz de esto, desde 1913, Rosendo Matienzo rompió relaciones con Luis Muñoz Rivera, tras la creación del Partido Independentista Puertorriqueño (PIP) en 1912. El Partido Unión de Puerto Rico se mantuvo en el poder por al menos una década más, aunque las disputas entre facciones se incrementaban. La aprobación e implementación de la Ley Jones de 1917 dejó en claro que la potencia del norte no tenía interés en resolver el dilema político sobre el estatus de la isla, lo cual confirmaba el carácter marginal que tenía Puerto Rico desde la aplicación de la Ley Foraker. Como ejemplo de esto, continuaba sin solucionarse el tema de la ciudadanía puertorriqueña, situación que poco tiempo después de la emisión de la Ley Jones trató de subsanarse con la aplicación de la ciudadanía americana a los pobladores puertorriqueños, para dar solución a corto plazo a dicho problema.

Con las elecciones de 1920, las campañas con contenido independentista se manifestaron con la presencia Partido Independentista Puertorriqueño, así como también con la campaña del Partido Socialista (PSP) ¹³⁰, del que posteriormente haría parte Luis Muñoz Marín. En ese contexto electoral, también se presentaron episodios de violencia en varios de los mítines de campaña, para cerrar con la victoria del Partido Unionista, que, con el uso de las propuestas expresadas en la Base Quinta, continuaba proponiendo una independencia bajo la protección de Estados Unidos, manteniendo cierta autonomía.

¹²⁹ DE DIEGO, José, “Discurso de Asamblea del Partido Unión de Puerto Rico”, *Estatuto Cinco “Base Quinta”*, 19 de febrero de 1904.

¹³⁰ Este partido se disolvería en 1956, cuatro años después de que se ratificara el estatus de Estado Libre Asociado. Después, en 1971 se abriría un nuevo partido con el mismo nombre que presidía Juan Mari Brás. El partido de 1971 apostaría por una independencia completa y definitiva, además de un gobierno de corte socialista.

Entre el periodo que comprende de 1920 a 1924 se nombraron al menos a tres gobernadores estadounidenses, Arthur Yager, Emmet Montgomery Reily y Horace Mann Towner. Con el nombramiento de Towner para el gobierno de la isla, se organizó en Washington una reunión con Antonio R. Barceló y a José Tous Soto. Dicha reunión buscaba tratar con el encargado de asuntos de guerra, el general John Weeks, sobre el estatus político de la isla con respecto a Estados Unidos. Weeks por su parte, declaró que la independencia y la estadidad no eran factibles, solo planteó la posibilidad de alguna reforma a las leyes que ya estaban en vigor: “Si eso de liberalizar el régimen de Puerto Rico tiende a que ustedes mantengan el Estado, yo no ayudaré esa medida: Puerto Rico no debe ser Estado ni puede ser Estado de la Unión Americana.”¹³¹ Ante la desilusión de la respuesta poco favorable, Barceló abandonó los ideales independentistas, al igual que Tous Soto, que era autonomista, y elaboraron la propuesta del Estado Libre Asociado (ELA).

A pesar de las disputas políticas y los intentos por diferentes filas, durante el periodo de 1920 a 1930 se buscó la revisión de las leyes previas que no mejoraban ni variaban el escenario de la isla, sin muchos progresos. Por esto se fundó la llamada Alianza entre el Partido Unionista y el Partido republicano Puertorriqueño (1924), que básicamente procuraba agrupar las demandas básicas de ambos partidos para trabajar con mayor fuerza en el alcance de las demandas con relación al estatus. Con ello, el Partido Unionista ganó nuevamente, a través de la Alianza, en el mismo año, aunque no sin provocar división al interior del partido. Los independentistas, y los que no compaginaban con esa Alianza fundaron el Partido Nacionalista de Puerto Rico (PNP), al cual se afilió Pedro Albizu Campos que era independentista radical.

Albizu Campos tomó la presidencia del Partido Nacionalista Puertorriqueño en 1930, posición desde la que criticó la postura anexionista y la autonomista, y se pronunció para cambiar el fundamento político del partido para abogar por la independencia y soberanía de la isla. La etapa correspondiente a la década de 1930 significó un hito determinante de la política puertorriqueña, puesto que, con la movilización de Albizu Campos y el grupo de sus allegados independentistas, comenzaron altercados intensos por la demanda de

¹³¹ TODD, Roberto H.; “Cómo se formaron la Alianza y la Coalición en el año 1924”, *El Mundo*, San Juan Puerto Rico, Parte 2, 12 de (Mayo 12, 1940), p.4.

independencia. Se marcó el inicio de una serie de peticiones asociadas con la organización y movilización social por el reclamo del estatus independiente y lograr la soberanía nacional total del país insular.

Mientras Albizu Campos convocaba a la organización de huelgas independentistas, comenzaron las confrontaciones con uso de violencia en contra de los afiliados al Partido Nacionalista y de los simpatizantes de la campaña independentista de Albizu. Uno de los eventos más significativos ocurrió el 24 de octubre de 1935 en el recinto de Río Piedras de la Universidad de Puerto Rico, este evento se reconoció como la masacre de Río Piedras, en la cual perdieron la vida cuatro jóvenes y resultaron heridos varios simpatizantes del movimiento independentista. Mas tarde, en el domingo de Ramos del año 1937, sucedió la masacre de Ponce, en la que se abrió fuego sobre la manifestación de simpatizantes del Partido Nacionalista que se realizaba en el marco de la conmemoración de la abolición de la esclavitud en la isla (21 de marzo de 1873). El coronel Elisha Francis Riggs, que ocupó el cargo de oficial superior de policía de Puerto Rico, declaró con estos actos la guerra a los nacionalistas, lo que abrió paso a una serie de atropellos en contra de las manifestaciones de corte independentista. Rosado menciona sobre esos acontecimientos que:

(...) La condición colonial que sufre Puerto Rico, permite que se asienten en las agencias de seguridad prácticas desmedidas de violencia institucional contra los que disienten de las disposiciones del Estado. En la década de 1930, con la aparición en el espectro político de la figura de Pedro Albizu Campos y de un Partido Nacionalista (...) se producen los primeros encontronazos entre el estado -a través de la Policía- y el separatismo en el siglo XX.¹³²

El coronel Riggs permitió también el arribo de los primeros agentes federales para articular las acusaciones penales contra Albizu Campos en la Corte Federal de Estados Unidos. Albizu fue perseguido en 1936 con cargos como conspiración, uso de la fuerza y violencia, así como actividades subversivas, y sería buscado también después, bajo el régimen de Luis Muñoz Marín, quien fue el primer gobernador electo por sufragio directo.¹³³

¹³² ROSADO, "Corrupción y violencia en la policía (1930-2005)", p.9.

¹³³ RAMÍREZ BRAU, Enrique, "Albizu acusado de 5 delitos", *El Mundo*, San Juan Puerto Rico, (Noviembre 13, 1950), pp. 1, 16.

Lo sucedido en esta década debe ser puesto en contexto con los hechos a nivel internacional, puesto que, para entonces, ya se observaban los embates de la Gran Depresión de 1929 en la economía boricua, hecho que avivó el malestar general ante la política de Estados Unidos sobre Puerto Rico.

Luis Muñoz Marín, por otro lado, fundó el Partido Popular Democrático en 1938, tras la serie de divisiones existentes entre los otros partidos políticos. Mientras sucedían esos eventos violentos, el partido comenzó un ascenso constante hasta tomar el poder en 1940. El entonces presidente, Franklin Roosevelt, felicitó a Muñoz Marín por el progreso de su partido y le concedió su respaldo político, aunque este aún no ocupaba el gobierno. A raíz de esto comenzaron a realizarse una serie de reformas en rubros referentes al empleo y la entrada de nuevas empresas a la isla. En ese tema cabe destacar el impulso al gasto militar en Puerto Rico, lo que incrementó el ingreso por ese rubro, siendo esta una inversión importante bajo el contexto de la Segunda Guerra Mundial. También implicó una mayor capacidad del gobierno insular en las inversiones de empresas estatales. De todas formas, buena parte de los gastos federales siguieron dirigiéndose al subsidio militar y a la venta de ron, por lo que estos rubros fueron los que causaron un mayor impacto a nivel económico de la isla.¹³⁴

Los grupos independentistas llevaron a cabo el primer Congreso Pro-Independencia en 1943, al igual que el partido de Luis Muñoz Marín tomó mayor fuerza en la estrategia política; al tiempo que el mismo Muñoz Marín declaró incompatibles las propuestas del Congreso Pro-Independencia con las bases del Partido Popular Democrático, pues estos estaban tendientes hacia la autonomía con la protección estadounidense y eran distintos a las propuestas realizadas en dicho Congreso. Ante ello las divisiones no se hicieron esperar y se creó el Partido Independentista de Puerto Rico en la provincia de Bayamón, en 1946, en tanto que después de cumplir su sentencia en Atlanta, regresó Albizu Campos y los conflictos entre él y la facción muñocista no se hicieron esperar. Con la emisión de la llamada Ley Mordaza o Ley 53 firmada por el entonces gobernador, Jesús Toribio Piñero Jiménez,¹³⁵ se dio la justificación oficial para llevar a cabo la persecución de cualquier atisbo nacionalista, como

¹³⁴ BOLÍVAR, “La economía de Puerto Rico durante la Segunda Guerra Mundial: ¿Capitalismo de Estado o economía militar?”, p. 208.

¹³⁵ Piñero Jiménez colaboró conjuntamente con Luis Muñoz Marín para la creación del Partido Popular Democrático, En 1946, Harry S. Truman lo comisionó como gobernador, pasando a ser el primer puertorriqueño en ocupar esa posición, posteriormente en 1948, Muñoz Marín fue electo por el voto puertorriqueño en 1948.

por ejemplo, el uso de la bandera de Puerto Rico, aquella que tenía el color azul celeste, la bandera del Grito de Lares, y también se reprimió a todo aquel que, de forma pública, ya fuera de manera escrita u oral, se pronunciara proindependentista.¹³⁶

A pesar de ello, para 1948, el PPD, con Luis Muñoz Marín como candidato, resultó victorioso y él fue el primer gobernador de origen puertorriqueño seleccionado por el voto boricua, protegido por el gobierno norteamericano, quien, a la par, inició los trabajos para la ejecución del Estado Libre Asociado (ELA). Auspiciado por la Ley Mordaza, como ya se mencionó, Muñoz Marín oprimió a los grupos nacionalistas e independentistas y en específico persiguió al recién liberado Albizu Campos, lo cual terminó por criminalizar por completo cualquier traza de movilización independentista.¹³⁷

Con la ejecución del ELA, el estatus colonial de Puerto Rico tuvo pocas variaciones y muchas continuidades, casos como el uso del inglés como lengua oficial y su enseñanza obligatoria en las instituciones educativas, o los conflictos por instaurar la religión protestante sobre una comunidad que, tras varios siglos, hablaba español y era católica como herencia de la colonia española, muestran esas permanencias. La aprobación de una bandera propia no se dio hasta ya entrado el año 1952, cuando tras largas discusiones, la Organización de las Naciones Unidas (ONU) ratificó la existencia de ésta oficialmente. Cabe decir que las restricciones económicas derivadas de las Leyes de Cabotaje no cambiaron.

En este contexto, la importancia de los eventos internacionales como la Gran Depresión de 1929, la diáspora de intelectuales españoles (1936-1939), que recibieron asilo en la isla y propiciaron una producción académica mucho más especializada al interior de la UPR, así como el estallido de la Segunda Guerra Mundial y los inicios de la Guerra Fría, se compaginan con la etapa de altercados más violentos de la primera mitad del siglo XX en la política puertorriqueña. Hay que subrayar las políticas culturales que se impulsaron en estos contextos y también aquellas que promovieron la profesionalización del ejercicio intelectual, para entender la emergencia, primero, de la Universidad de Puerto Rico, de su periódico y, posteriormente, de *La Torre: Revista general de la Universidad de Puerto Rico*, así como las variantes temáticas que la publicación tuvo en sus ejemplares.

¹³⁶ SCHNEIDER, “Breves consideraciones sobre el sistema colonial en Puerto Rico”, p. 97.

¹³⁷ ROSADO, “Corrupción y violencia en la policía (1930-2005)”, pp. 12-13.

Políticas de educación superior: la reforma educativa, la universidad y sus publicaciones

Para comenzar habrá que retomar los debates que surgieron en Estados Unidos en la década de los 20 con respecto al desarrollo de la educación superior. Contexto en el que las discusiones sobre cómo debía llevarse a cabo la enseñanza universitaria ponían énfasis en la crítica al modelo de universidad europea, en específico la alemana. Este movimiento, que vio su origen en la potencia del norte, traspasó las fronteras de Estados Unidos para convertirse en un proceso que llegó a distintos puntos del Caribe, de América Latina e incluso tuvo alcances trasatlánticos.

Puesto que, hasta ese momento, la referencia predominante era el sistema universitario alemán el cual estaba sustentado con base en proporcionar instrucción técnica y científica, debían cambiarse los cimientos de dicho modelo educativo para generar conocimiento académico de corte más humanista. Fue así que un gran número de catedráticos e intelectuales estadounidenses se pronunciaron contra ese enfoque, pues se creía que obstaculizaba el crecimiento holístico de los estudiantes y no representaba los principios democráticos de la nación ni los valores que debían guiar a las universidades y a la ciencia del siglo XX. En consecuencia, se propuso la revisión detallada de la enseñanza superior, así como la reelaboración de planes de estudio haciendo hincapié en la importancia de los llamados *Studium Generale* (Estudios Generales) característicos de las universidades de Europa, pero con una corriente humanística más marcada y profunda.

Los *Studium Generale* tenían entre sus fundamentos de enseñanza la orientación de corte humanístico en la educación superior, que también buscaba darle una misión cultural e intelectual al quehacer universitario¹³⁸. Este enfoque tuvo tal importancia que, para la época de la Segunda Guerra Mundial y el periodo de posguerra, contó con apoyos de fundaciones y del gobierno de Estados Unidos para la creación de un modelo universitario democrático que pudiera implementarse en la destruida Alemania y también en América Latina.

¹³⁸ Los *Studium Generale* tienen origen medieval, en donde se daba suma importancia a la formación en los ejes rectores del *Trivium* (gramática, dialéctica y retórica) y el *Quadrivium* (aritmética, geometría, astronomía y música). Su estilo formativo se llevó hasta las instituciones universitarias del siglo XIX y XX. Véase: ZAPATERO, “Universidades Humboldtianas y universidades Napoleónicas. Entre la narrativa de la Autonomía y la narrativa de la subordinación”, pp. 206-213.

Se pensaba que, con la ayuda de la formación humanística, artística y con enfoque en las ciencias sociales, los estudiantes conseguirían una perspectiva más amplia del mundo, además de información técnica o científica propia de cada currículo, obteniendo así una educación integral. Este plan pretendía dar a las instituciones universitarias un papel más significativo en la sociedad formando a los alumnos como ciudadanos conscientes de su entorno. El objetivo final de estos cambios en el sistema educativo era, por ende, que esa formación tuviera un buen impacto en sus comunidades, y desembocara en la capacitación de profesionales altamente competentes.

Las reformas no fueron estrategias exclusivas de la educación en Estados Unidos. El enfoque consiguió traspasar fronteras, sobre todo y de manera más inmediata en aquellas locaciones que eran colonias estadounidenses. Fue así que el modelo consiguió instalarse en otros países de América Latina y el Caribe, donde las instituciones educativas locales apenas tenían unos años de funcionamiento, tenían problemas de incidencia social y también dificultades estructurales de organización académica. Este movimiento educativo se impulsó a escala mundial con la ayuda de fundaciones (como lo fue la Fundación Rockefeller)¹³⁹ y del gobierno estadounidense en distintos puntos del continente. La importancia de este fenómeno radica en que se dio el ambiente propicio para el desarrollo de reformas educativas y universitarias en varios puntos del continente, tal fue el caso de la UPR, que alcanzó su reforma en el año de 1942.

Como parte de las políticas culturales que favorecieron la emergencia de la universidad y el establecimiento de un modelo de educación superior de corte humanístico en la isla, habrá que comenzar con la fundación de la máxima casa de estudios. La Universidad de Puerto Rico (UPR), fue fundada tras la aprobación, el 12 de marzo de 1903, de la Asamblea Legislativa de Puerto Rico, la cual estableció también que el carácter de la universidad debería ser público. Igualmente, se aclaraba que la misión más importante de dicho centro de estudios sería la formación de profesionales al interior de la isla. También se mencionaba en la Segunda Sección de la Ley de la Asamblea Legislativa que el objetivo primordial de la UPR sería brindar “(...) a los habitantes de Puerto Rico los medios de adquirir cuanto antes el perfecto conocimiento de los diversos ramos de literatura, ciencia y

¹³⁹ MOCILLO, “La Gran Dama. La Fundación Rockefeller y las ciencias sociales mexicanas en los años de 1940”, pp.33-79.

artes útiles, incluyendo agricultura y oficios mecánicos, así como cursos profesionales y técnicos en medicina, derecho, ingeniería, farmacia, y en la ciencia y arte de la pedagogía.”¹⁴⁰

Asimismo, en la 8 sección de la misma ley, se esclareció que la UPR contaba con poder amplio para organizar y crear los departamentos que fuesen requeridos para llevar a cabo la labor educativa, al igual que destinar los fondos necesarios para cada uno de ellos en orden de importancia (esto decidido por la misma universidad). La disposición jerárquica en la que recibirían apoyos sería el siguiente:

1. Un departamento de Normal denominado Escuela Normal Insular, para la formación de maestros para el sistema escolar público de Puerto Rico.
2. Un departamento de agricultura y mecánica, para la preparación de profesores y el fomento de las artes agrícolas y mecánicas.
3. Un departamento de ciencias naturales e ingeniería.
4. Un departamento de artes liberales.
5. Un departamento de medicina.
6. Un departamento de leyes.
7. Un departamento de farmacia.
8. Un departamento de agricultura.
9. Un hospital de la Universidad. Y los demás departamentos propios de una universidad bien montada, que la Junta de Síndicos creyere conveniente establecer.¹⁴¹

La universidad contaría entonces con apoyos gubernamentales y además se le daba plena potestad de que los departamentos creados para beneficio educativo recibirían igualmente soportes para su impulso, o que bien se les permitiría administrar las donaciones. El crecimiento que tuvo la universidad fomentó también el intercambio de ideas, así como las comunicaciones constantes con grupos letrados de otros puntos del globo. De hecho, se puede ver que incluso antes de la diáspora de los intelectuales republicanos hacia América y el Caribe entre 1936 y 1939, las relaciones académicas y sus intercambios e itinerarios eran constantes.

Esto se puede ejemplificar con la creación del Departamento de Estudios Hispánicos en 1927, lo cual se enmarca en la época de auge hispanoamericanista que se vio reflejado en las actividades de la Junta de Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas (JAE) y los vínculos constantes que se dieron entre estudiantes, centros de investigación y profesores

¹⁴⁰ Sección 2, Citada en: PORRATA, “Fundamento jurídico del Sistema Escolar Puertorriqueño”, *Pedagogía*, No. 1, (1953), p. 46.

¹⁴¹ Sección 2, Citada en: PORRATA, “Fundamento jurídico del Sistema Escolar Puertorriqueño”, *Pedagogía*, No. 1, (1953), p. 46.

entre España y el territorio americano. Desde varios años antes del exilio español ya varios intelectuales españoles habían pisado suelo puertorriqueño, como por ejemplo el filólogo Federico Onís que tuvo desde 1926 una intensa actividad intelectual en la isla, también Tomás Navarro Tomás en 1925, quien se exiliaría posteriormente el Columbia, Estados Unidos.

También algunos puertorriqueños consiguieron realizar estudios en España, como por ejemplo Margot Arce (1904-1990) y Rubén del Rosario (1907-1995), que estudiaron en el Centro de Estudios Históricos de Madrid. En 1928, además, se funda la *Revista de Estudios Hispánicos*, dirigida por Federico Onís. La revista tenía por objetivo:

El objeto general de tal revista hispano- americana es, por lo tanto, crear un órgano de información sobre la cultura de los países hispano-americanos y sobre lo que acerca de ella se hace en los demás países, especialmente en los Estados Unidos. Así se dará a conocer en los Estados Unidos la cultura hispano-americana; en Hispano-américa lo que acerca de ella se estudia y se escribe en los Estados Unidos, y en Europa ambas cosas, es decir, el hispanismo en el continente americano.¹⁴²

Todos estos, antecedentes de la creación de una importante red de intercambio intelectual que se dio entre España y Puerto Rico, y específicamente con el recinto universitario de Río Piedras.

Mientras el Partido Popular Democrático (PPD), fundado por Luis Muñoz Marín en 1938, ganó las elecciones y que igualmente este partido obtuvo mayor número de votos en el cuerpo legislativo, facilitó la promulgación de distintas leyes que de alguna manera se vincularon con el proyecto muñocista de nación. El 7 de mayo de 1942 aprobó la Ley 135 de 1942, la cual fue aprobada por el gobernador en turno de origen estadounidense, Rexford G. Tugwell. Dicha ley asignaba a la UPR el 3% de los impuestos sobre bebidas alcohólicas, específicamente del ron, impuesto que era cobrado directamente por el Gobierno de Puerto Rico o por el Gobierno Federal y por esa misma vía se designaba ese presupuesto al desarrollo de la educación superior y en específico a la UPR, lo cual da cuenta de los apoyos que se generaron para dar sustento a la educación superior tras la fundación de la UPR.

¹⁴² “Revista de Estudios Hispánicos”, *El Tiempo*, (Abril 18, 1927), Seminario Federico de Onís: Noticias y Actividades, p. 9. Véase en: NÁTER, “Revista de Estudios Hispánicos: su historia (1928-2018)”, *Revista de estudios hispánicos*; Seminario Federico de Onís, 2018.

Dichas políticas sumadas a los intercambios intelectuales previos entre España y Puerto Rico y a la posterior reforma educativa que comenzó en Estados Unidos dieron como resultado cambios estructurales importantes en la educación universitaria al interior de la isla. En la Universidad de Puerto Rico se llevó a cabo un importante proyecto de modernización a partir de entonces. Jaime Benítez marcó como objetivo de esas transformaciones la democratización de la educación, permitiendo el acceso a los estudios universitarios a sectores que antes carecían de esas posibilidades. Igualmente, se buscó mejorar la calidad de las cátedras que se impartían al interior de la UPR. Jaime Benítez fue entusiasta de la idea de que la UPR necesitaba diferenciarse y erigirse como una institución que se encontrara a la vanguardia de su tiempo, con áreas curriculares que fomentaran los avances científicos y académicos pero que también contaran con carácter de compromiso social.

Fue por ello que, a través de la revista *La Torre*, Benítez y sus colaboradores encontraron el medio para expresar ese objetivo, tal como lo describe en la editorial del primer número publicado:

Al publicar *La Torre* deseamos darle un órgano de expresión intelectual lo suficientemente amplio, y de calidad suficientemente alta, para que pueda ser instrumento de acción espiritual capaz de decir algo significativo a todas las gentes que en el amplio mundo se interesan por los problemas vivos de nuestro tiempo. De acuerdo con este propósito, *La Torre*, sin dejar de ser una revista académica, procurará integrarse en la vida activa y palpitante de la cultura, ajena a beaterías de cualquier especie, aunque tampoco, claro está, deba renunciar a su nivel de exigencia y al tono de moderación propios, no ya de una publicación universitaria, sino de toda decente convivencia intelectual. En verdad, aspiramos a propiciar una tarea de examen, de estímulo y de debate cultural análoga a la que, en los últimos años, con el concurso de pensadores de dentro y fuera de Puerto Rico, hemos venido realizando en el aula universitaria. Sólo que ahora en un plano distinto y ante un público más dilatado.¹⁴³

Las iniciativas que tuvo Jaime Benítez mientras fue rector de la universidad y, también durante su dirección del periódico y la revista, rindieron resultados al favorecer las conexiones los grupos letrados de distintos puntos del continente. Sobre todo, las interconexiones con intelectuales españoles, lo cual abonó en buena medida a que la universidad creciera rápidamente y que su prestigio y profesionalismo fuera notable para la época. De hecho, fue hasta entonces que los efectos del éxodo generado por la dictadura

¹⁴³ BENÍTEZ, “Editorial” en: *La Torre*, Año I, Núm. I, (enero-marzo 1953), p. 11.

española se hicieron visibles con las arduas tareas de educación, gestión, investigación y creación tanto científica como literaria de los exiliados españoles que Benítez logró agrupar.

Tras la fundación de la Universidad, las actividades académicas y estudiantiles presentaron la necesidad de contar con un medio por el cual se diera cuenta de las diligencias al interior del recinto. Fue de esa manera que se fundó el periódico llamado *La Torre*, que mantuvo actividades desde 1939 hasta 1947. Su publicación era de tipo semanal, y participaron desde el inicio tanto investigadores como estudiantes. En este periódico se daba noticia continua de los eventos, prácticas deportivas, juntas estudiantiles y de maestros. Siendo una publicación oficial universitaria, no sólo los profesores pudieran escribir dentro de él, sino que los estudiantes de distintas formaciones participaron en la redacción del diario.

La Torre

Publicado por la Universidad de Puerto Rico, los miércoles durante el curso académico; Edificio Janer, tercera planta; Teléfono Hato Rey 106 y 335.

Subscripción para el Año
Académico \$1.00

JUNTA ADMINISTRATIVA

Dr. Julio B. Ortiz Presidente
Dra. Concha Meléndez Artes y Ciencias
Dr. José Menéndez Farmacia
Dr. E. Manrique Cabrera Administración Comercial
Prof. José C. Rosario Educación
Prof. Domingo Toledo Derecho
Prof. Alfredo Muñiz Director Financiero

PERSONAL EJECUTIVO

Mary D. de Auffant Directora
José A. Buitrago Redactor
José Luis Torregrosa Redactor
June Colberg Woman's Editor
Gertrude Sachs Society Editor
Jesús Amato Fotógrafo
José Seda Editor Deportivo
Héctor B. Monagas Redactor Deportivo
Charles Romney Redactor en Mayagüez

Entered as Second Class Matter, January 1940, at the Post Office of Río Piedras under the Act of March 3, 1879.

Figura 5. Periódico *La Torre*, Miércoles 17 de abril 1940, Vol I, No. 29, p.4

Entre las páginas del periódico se muestra también todo el debate generado alrededor de los pormenores de la reforma universitaria aplicada desde 1942, así como comentarios y opiniones en torno a la gestión de Jaime Benítez, como rector de la UPR. La reforma educativa de 1942 representó un partearguas en las dinámicas universitarias pues tuvo un efecto significativo en todos los rubros de la cotidianidad dentro de la institución. La UPR se propuso mediante estos cambios formar ciudadanía crítica y activa al cambio social. Por ello, el periódico manifestó entre sus textos, notas y editoriales las diversas opiniones con respecto a dichos cambios. Las notas insertadas en el periódico sirvieron para reconocer las ventajas y desventajas de la reforma, lo que facilitó una mayor intervención de la comunidad

universitaria en las decisiones que afectarían al rumbo de la institución educativa. De este modo, la publicación periódica sirvió como medio para generar a el debate crítico y el examen de las políticas institucionales, a la par de ser también herramienta informativa sobre el acontecer diario universitario y de la administración del rector Jaime Benítez.

De hecho, resultado de su rectoría fue la inclusión de intelectuales españoles en las cátedras y planes curriculares de la universidad, lo que a la larga dejaría una huella importante en el nivel, calidad y desempeño universitarios. La publicación de la revista se suma al conjunto de esfuerzos para crear espacios en los que estos escritores y profesionistas pudieran generar puntos de confluencia, de reflexión y desarrollo científico.



Figura 6. Periódico La Torre de la Universidad de Puerto Rico, Miércoles 23 octubre 1939, Vol. 1, no.9

Revista La Torre, academia, método y su visión latinoamericanista

La revista *La Torre* desde su primera publicación mantuvo un formato sobrio, en donde su portada mostraba el título de la publicación: “La Torre – Revista General de la Universidad de Puerto Rico” y un sello con la torre que se encontraba en el patio central del recinto estudiantil. Aquella emblemática Torre que se convirtió en el símbolo universitario y de la revista, fue construida en 1937 y se terminó de colocar en territorio universitario en

1939, bajo el nombre de Franklin Delano Roosevelt, quien había destinado importantes sumas de dinero para la construcción de la estructura y que también destinó fondos para el desarrollo educativo a nivel profesional para la isla. De ese modo, este emblema ha mantenido desde los inicios de la revista hasta las publicaciones de la llamada Segunda época que va desde 1986 a 1996, que continúan editándose sin interrupción en su Tercera Época desde 1996 hasta el año en curso.

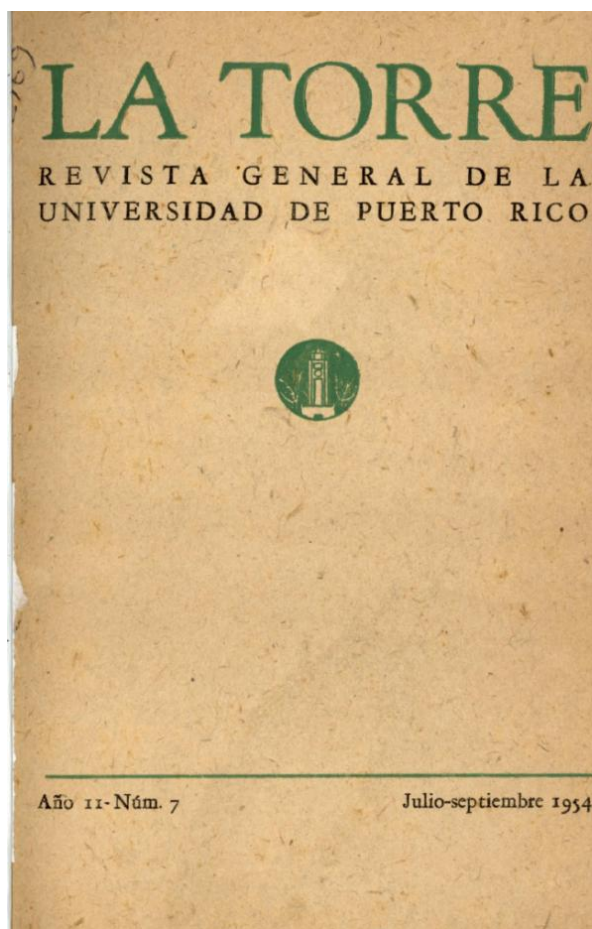


Figura 6. Portada. La Torre, Julio-Septiembre 1954, Año 11, No. 7

Los primeros años de su tiraje era impresa en México por la Casa Editorial Cvltvra que imprimió distintas obras de 1921 a 1968, una editorial fundada por Rafael Loera y Chávez (1890-1962), dirigida por su hermano Agustín Loera y Chávez (1884-1961) y Julio Torri (1889-1970).¹⁴⁴ Se publicaba de manera trimestral, con un costo unitario inicial de 0.5

¹⁴⁴ CERVANTES, “Semblanza de Editorial Cvltvra (1921-1968)”, pp. 1-3.

dólares, un dólar el número extraordinario, o bien 1.5 dólares, por cuatro números a modo de suscripción anual.

La Torre dividió la disposición de sus artículos, bien por una temática conductora de todo el número, pero también por secciones que eran claramente distinguibles en cada número. Se encontraba en primer lugar la sección destinada a los artículos tanto de crítica literaria, de Ciencias Sociales y de otras áreas como Biología, Arquitectura, entre otras. Después le siguió la sección denominada “Archivo Epistolar” en donde se hacía una impresión fiel de manuscritos, cartas y otros documentos de relevancia histórica. Se continuaba con la sección llamada “Libros” en donde se insertaron distintas reseñas de libros que se consideraban importantes para redondear la temática general del número en cuestión.

A continuación, se colocaban listados en varias secciones llamadas “Bibliografía Puertorriqueña” -la cual siempre estaba presente-, “Bibliografía Española”. Mientras que otras aparecieron ocasionalmente, como fue el caso de las secciones “Bibliografía Mexicana”, “Bibliografía Argentina”. Esta sección era un listado en donde se hacía referencia a los textos más sobresalientes de cada país, que habían sido publicados durante el trimestre previo. Finalmente se encontró la sección denominada “Libros Recibidos” que no era otra cosa que un listado de los textos que se habían logrado adquirir para formar parte del acervo general para consulta dentro de la UPR.

ÍNDICE	
	Pág.
JAIME BENÍTEZ, <i>Palabras a la clase graduanda</i>	11
LEWIS HANKE, <i>Las relaciones culturales entre el Viejo y el Nuevo Mundo</i>	21
JUAN ADOLFO VÁZQUEZ, <i>La crisis del hombre y la filosofía actual</i>	41
RISIERI FRONDISI, <i>Las nuevas ideas pedagógicas y su corrupción</i>	53
JOAQUÍN CASALDUERO, <i>El Cid echado de tierra</i>	75
RAYMOND ARON, <i>Los conceptos de verdad de clase y verdad nacional</i>	105
JULIO CORTÁZAR, <i>Para una poética</i>	121
CZESLAW MIŁOZ, <i>Ketman, o el arte de la reserva mental</i>	139
CYRIL JONES, <i>El estudio del español en Inglaterra</i>	163
ARCHIVO EPISTOLAR	175
LIBROS	179
BIBLIOGRAFÍA PUERTORRIQUEÑA	191
BIBLIOGRAFÍA ESPAÑOLA	195
BIBLIOGRAFÍA ARGENTINA	203
BIBLIOGRAFÍA MEXICANA	209
LIBROS RECIBIDOS	213

Figura 7. Índice, *La Torre*, Julio-Septiembre 1954, Año II, No. 7

Sus autores eran diversos y de la talla de importantes profesionales como Roberto Bobbio (1909-2004), Mircea Eliade (1907-1986), Max Beloff (1913-1999), Roger Caillois (1913-1978), Lewis Hanke (1905-1993), los mismos Federico de Onís y Jaime Benítez. Igualmente, debido a la participación de autores profesionales en sus distintos campos de estudio, los contenidos eran más detallados e inclusive los había extensos y bien desarrollados estudios científicos como el texto “La naturaleza de los seres vivos” de David L. Miller¹⁴⁵ y análisis literarios como por ejemplo “La Celestina: el proceso de la creación literaria visto a través de una tragicomedia” de Juan José Fitzpatrick¹⁴⁶.

¹⁴⁵ MILLER, David, “La naturaleza de los seres vivos”, *La Torre*, Año III Núm. 12, (Octubre- diciembre, 1955), pp. 63-76.

¹⁴⁶ FITZPATRICK, Juan José, “La Celestina: el proceso de la creación literaria visto a través de una tragicomedia”, *La Torre*, Año III Núm. 12, (Octubre- diciembre, 1955), pp. 139-152.

Siendo una revista académica sus contenidos eran extensos por lo general, pues representaron estudios de carácter formalmente profesionales. No obstante, se han encontrado también algunas inserciones que permiten dilucidar el interés de sus participantes por comprender también la situación nacional, continental y global que aquejaba al mundo de ese entonces.

Sólo unos años transcurrieron tras la Segunda Guerra Mundial, es por ello que el interés por comprender los fenómenos de la época a través del lente de profesionales de distintos campos también se manifestó en la revista *La Torre*. Por ejemplo, el cuestionamiento constante sobre qué sucedería con el futuro de la humanidad era una preocupación latente, tal como se muestra en el siguiente texto:

Ha surgido una casta de sabios, empollados en la incubadora estatal, cuya misión es hacer hallazgos sensacionales que ponen los pelos de punta¹⁴⁷. La ciencia se divorcia del pueblo y da origen al miedo, mal consejero, como se sabe. El prodigioso incremento de los medios de destrucción los ha hecho impopulares. (¿...sería más popular en los Estados Unidos la falta de esos medios, mientras Rusia se arma con los más avanzados y terríficos hasta los dientes?) Además, esos armamentos son terriblemente caros (¿será más barata la servidumbre o la muerte?) Como compensación, abundan los productos alimenticios a bajo precio; pero esta saturación material produce a su vez una huelga o paro de almas ("*chomage d'ames*"). El hombre norteamericano ignora el descanso, el ocio, la contemplación, la pereza misma, tan necesaria para la inspiración artística o la recuperación de las fuerzas físicas y morales.¹⁴⁸

Mientras que también se elaboraron reflexiones sobre lo que sucede con el Viejo continente y su papel dentro de las nuevas alienaciones territoriales, políticas y económicas mundiales. En el mismo texto de Araquistáin, en donde hace un balance del estado de Europa tras la guerra y la competencia con el crecimiento de Estados Unidos:

La misión de los europeos era humanizar América, enseñándole el culto de los valores. En vez de eso, no han cesado de mendigar dólares. (...) ¿Pero de donde viene el antagonismo Europa-América? Para él no hay duda: se trata de un problema político, porque en cierto momento Europa tuvo necesidad de la ayuda americana. Pero esto ha llevado a la hegemonía de América sobre Europa, hegemonía a la cual Europa, considerablemente debilitada, no puede resistir; pero se niega a aceptar. (...) lo que resiente Europa no es el materialismo de los Estados Unidos, ni su tecnocracia,

¹⁴⁷ El autor hace alusión al desarrollo armamentístico, específicamente a las bombas atómicas y de hidrógeno.

¹⁴⁸ ARAQUISTÁIN, Luis, "La disputa entre América y Europa", *La Torre*, Año III, Núm. IX, (Enero-marzo, 1955), p. 160.

ni su uniformidad ni su vacío existencial, ni su huelga de almas ni todo lo demás que les reprochamos los europeos. Es su poder político.¹⁴⁹

De la misma manera, Lewis Hanke reflexiona sobre el estado en ese entonces de Europa tras los conflictos bélicos y concluye que Europa, a pesar de los intentos de sobresalir al desastre, se encontró devastada y sin miras a recuperarse:

En este lado del Atlántico se ha estado formando otro grupo de clisés con respecto a Europa, especialmente desde que terminó la Primera Guerra Mundial. Pueden resumirse así, poco más o menos: Europa está agotada: sus eruditos y su literatura, así como su economía y gobiernos, han sufrido golpes mortales, pero —y esto lo más serio de todo— ha perdido la imaginación y el vigor que por siglos la mantuvieron a la cabeza. Ahora está vieja, y es, quizá, una espléndida ruina, pero no un continente cuya cultura pueda servir de modelo a los Estados Unidos o al mundo. Europa está terminada, pero ella no quiere darse cuenta. Su actual deseo de restablecer su dominio cultural es un patético, aunque comprensible, intento de autoengaño. Los tiempos cambian, y no se le puede garantizar para siempre a Europa su antigua posición preferente en asuntos culturales. Lo que en verdad necesita Europa es una especie de tratamiento psiquiátrico colectivo con el fin de que aprenda —como los padres deben aprender que sus hijos crecen, y a veces de una manera que la generación mayor no comprende o aprueba— a ser feliz, aunque no dominante.¹⁵⁰

Resultado de estas preocupaciones, otros autores también desarrollaron opiniones con respecto al devenir del subcontinente y la importancia de los hombres letrados en los esfuerzos por rescatar la cultura del mundo.

La invitación de que estamos hablando va dirigida, en efecto, según me parece, a la manera de invitación a todos los hombres de ciencia y de cultura para que se den cuenta de la importancia y del peso de las propias responsabilidades. (...) para que no olviden que la regla del propio trabajo que los conduce a rechazar toda afirmación arbitraria y dogmática, que los obliga a confrontar y controlar los resultados de sus propias experiencias, y que exige de ellos y de los otros una perfecta coherencia entre el pensamiento y su expresión, sino que es también una regla de la vida social y política. (...) los hombres de ciencia y cultura, como depositarios de esta regla que es la del espíritu crítico, tiene el deber indefectible de observarla rigurosamente y de hacer todo lo posible para que sea rigurosamente respetada por los demás.¹⁵¹

¹⁴⁹ ARAQUISTÁIN, Luis, “La disputa entre América y Europa”, *La Torre*, Año III, Núm. IX, (Enero-marzo, 1955), pp. 162-163

¹⁵⁰ HANKE, Lewis, “Las relaciones culturales entre el Viejo y el Nuevo Mundo, desde el punto de vista de un tejano”, *La Torre*, (Julio-septiembre, 1954), p. 25.

¹⁵¹ TREVES, Renato, “Los derechos del hombre al conocimiento y a su libre uso”, *La Torre*, (Abril-Junio, 1955), p. 87.

Igualmente, la publicación tuvo una tendencia con respecto a lo que se pensaba sobre el conflicto entre Estados Unidos y la URSS. Dado que, ese era el tema de actualidad y se consideró que los intelectuales tenían una fuerte repercusión en el devenir del subcontinente, habría definir cuál era la postura de la publicación en el contexto de la Guerra Fría.

La organización de la propaganda pública, que comenzó con la primera guerra mundial y continuó en la segunda, se ha desarrollado aún más como respuesta a la propaganda organizada de la Unión Soviética. Ahora tenemos una inmensa empresa gubernamental llamada oficialmente Actividades Internacionales e Información Educativa, y popularmente conocida como "*La Voz de América*". (...) Seguimos, pues, hablando sobre nosotros y sobre lo que tenemos de bueno. Sabemos que es de mucha importancia el que las gentes nos comprendan; es evidente que la Unión Soviética se pasa el tiempo mintiendo acerca de nosotros; y es deseable que otras gentes vean aquellas cosas buenas por virtud de las cuales pueden tenernos simpatía y ayudarnos.¹⁵²

De hecho, *La Torre* en algunas de sus inserciones demuestra que buscaba cierto grado de objetividad al no pronunciarse alineada con alguno de los dos bloques en contienda, lo que tendía a demostrar que tendría que demostrarse simpatía hacia la neutralidad por parte de aquellos que publicaran en sus páginas. Las reflexiones trataron de concentrarse en explicar cuáles serían los efectos de este conflicto en Puerto Rico y América Latina, procurando mantener distancia crítica ante el conflicto. A pesar de ello, y de realizar fuertes críticas al modelo de vida occidental que habría desembocado en las guerras, declaraciones sobre el actuar de la Unión soviética y la cautela al escribir sobre el comunismo fueron usuales en la redacción de sus artículos. Como ejemplo se encuentran los siguientes extractos escritos por Arnold J. Toynbee (1889-1975) al respecto donde analiza la relación entre Occidente y el resto del mundo:

No es el Occidente el que ha sido atacado por el mundo; es el mundo el que ha sido atacado -y con gran fuerza- por el Occidente. (...) La alarma e irritación occidental por los recientes actos de agresión rusos y chinos a expensas del Occidente, demuestran que, para nosotros es todavía una experiencia extraña la de sufrir a manos del mundo lo que éste ha sufrido a manos del Occidente durante los últimos siglos.¹⁵³

A la par, la situación colonial bajo la cual vivía Puerto Rico, al ser una isla bajo el dominio de Estados Unidos, ofreció un panorama en el que también se criticó la influencia de dicho

¹⁵² REDFIELD, "Escuchar a los pueblos del mundo", en: *La Torre*, (Julio-Septiembre, 1953), pp. 136-137.

¹⁵³ TOYNBEE, "El conflicto entre Rusia y el Occidente", en: *La Torre*, (Abril-Junio, 1953), Año I, No. II, pp. 11-13.

país en el Caribe y el resto de América Latina. También expone que la desconfianza que en su tiempo se consideraban los actos de la Unión Soviética, podían compararse con el mismo grado de temor que se le ha tenido a los actos occidentales sobre el resto del globo:

Al mismo tiempo, debemos cuidarnos de no permitir que el cambio de papeles en las relaciones entre Rusia y Occidente a partir de 1945, en nuestra natural preocupación por el presente, nos haga olvidarnos del pasado. Si miramos el encuentro entre Rusia y el Occidente con una perspectiva de historiadores y no de periodistas, veremos que, durante un período de varios siglos, que se extiende hasta 1945, los rusos han tenido las mismas razones para mirar de soslayo al Occidente que las que actualmente creemos tener nosotros para mirar de soslayo a Rusia.¹⁵⁴

Si bien, la postura crítica siempre fue el bastión de la revista, no debe apartarse de este análisis que, como publicación de época, también, manifestaba su tendencia democrática, al explicar cuáles podrían ser los alcances del comunismo, como continua Toynbee en su texto:

(...) el Comunismo es un arma, e igual que los fusiles, aviones y bombas, tiene origen occidental. (...) Al tomar del Occidente una ideología occidental, junto con una revolución industrial también occidental, 'para emplearla como arma anti-occidental, (...) fue la primera vez que Rusia tomó prestado un credo del Occidente. (...) En el Occidente, donde había nacido el Comunismo, este nuevo orden era una herejía. Suponía una crítica del Occidente mismo a su propio fracaso en el intento de dar vida a los principios cristianos en la realidad social y económica de una sociedad que pretendía ser cristiana. (...) Con esta arma espiritual occidental en sus manos, Rusia podría llevar su guerra, en el plano espiritual, a país enemigo. (...) Nosotros sabemos que el resultado de esta batalla por ganarse la alianza de esos neutrales puede ser decisivo para la solución final del conflicto ruso-occidental, porque dicha mayoría no-rusa y no-occidental de la humanidad puede reservarse la última palabra en una competencia entre Rusia y el Occidente por el poder mundial. Ahora el comunismo podría recurrir a los deprimidos campesinos de Asia, África y América Latina con un doble título: como tal comunismo y como la voz de Rusia, el país que siempre fue ejemplo de la lucha anti-occidental.'"¹⁵⁵

También debe resaltarse la noción que se tuvo sobre la importancia e influencia que tenían los hombres y mujeres letrados en los procesos políticos, económicos y sociales de la época. Al igual que en otras de sus participaciones, tanto en otras revistas, como en gacetas, conferencias, etc. Estos personajes, pertenecientes a un grupo selecto de intelectuales,

¹⁵⁴ TOYNBEE, "El conflicto entre Rusia y el Occidente", en: *La Torre*, (Abril-Junio, 1953), Año I, No. II, p. 15.

¹⁵⁵ TOYNBEE, "El conflicto entre Rusia y el Occidente", en: *La Torre*, (Abril-Junio, 1953), Año I, No. II, p. 18-19

consideraban crucial el papel que tenían para incidir y cambiar el entorno. Así podemos ver como ejemplo, las palabras que enunció Gilbert Chase (1906-1992) al dar un concepto claro de lo que se consideraba ser un hombre de letras en ese contexto:

He aquí nuestra definición del hombre de letras: un escritor que hace de las letras su profesión. (...) Más en la profesión de las letras tenemos que aplicar otros criterios. El hombre de letras puede ganarse la vida de cualquier manera honrada: puede ser abogado, administrador, diplomático, lo que sea. (...) ¿Qué significa entonces la profesión de las letras? (...) es una persona que hace declaración abierta de sus opiniones, de sus conocimientos, de su fe. Un hombre de letras es un escritor que ha hecho, y que cada momento está haciendo, en su obra, en su vida y en su pensamiento, una *profesión de fe* en las letras. (...) El hombre de letras puede y debe tener una actuación política, social y económica; pero en su capacidad profesional sólo puede actuar e influir en la sociedad por medio de la literatura, el verbo, el lenguaje. He ahí lo específico, lo sustantivo de su tarea, y lo que define y demarca su actuación y responsabilidad.¹⁵⁶

En la publicación se destinaron algunos números específicamente a hacer homenajes a la obra de algún autor en particular. En este tipo de ediciones se procuró que cada artículo abordara, desde la perspectiva de quien escribía, algún aspecto importante con su análisis con respecto a la figura a homenajear. Como ejemplo de esto tenemos el número dedicado exclusivamente al filósofo José Ortega y Gasset (1883-1955), en el cual participaron autores como José Gaos (1900-1969), José Ferrater Mora (1912-1991), Enrique Lafuente Ferrari (1898-1985), entre otros, abordando desde distintas aristas la obra de Ortega y Gasset, y también se añadió en su sección de archivo epistolar, correspondencia, así como bibliografía a consultar sobre el mismo.¹⁵⁷

Igualmente, también en esta publicación se pueden encontrar inserciones que se podrían añadir a las discusiones sobre el futuro de América en el contexto de crisis de la posguerra, como por ejemplo el texto de Luis Araquistáin “La disputa entre Europa y América”, donde hace una reflexión sobre el pasado de Europa y cómo es que se ha relacionado con América, para concluir su reflexión acerca de la crisis europea y la necesidad de diálogo con América. Si bien no se menciona directamente a América Latina como heredera de legado europeo, sí

¹⁵⁶ CHASE, “El hombre de letras en el mundo actual”, en: *La Torre*, (Enero-Marzo, 1954), Año II, No. 5, pp. 121- 124.

¹⁵⁷ *La Torre*, (Julio-diciembre 1956), Año. IV, No. 15-16.

deja entrever la preocupación por la disputa entre los dos ejes político-económicos, y lo que sucederá con el viejo continente de no apostar a la Unidad continental y al diálogo con el continente americano, como se puede leer a continuación:

La nueva lucha entre la idea de dominio y la idea de equilibrio no tiene ya por escenario un Continente, sino todo el planeta. Las nacionalidades tradicionales están dejando de ser sujetos soberanos de la historia. Las nuevas unidades históricas serán grandes confederaciones por Continentes geográficos; ya lo son casi. Las nuevas alianzas politicomilitares no serán internacionales, sino intercontinentales, también lo son casi ya. (...) Había un problema previo. (...) Lo primero es que Europa y América se pongan de acuerdo consigo mismas, salvando las diferencias que separan a sus partes. Pero el acuerdo de Europa debe preceder al de América para que los dos Continentes se entiendan. (...) Hay un problema previo: el de las dos Américas y el de las dos Europas, que permaneció intacto en sí mismo y en su relación con el mayor problema de la hegemonía o el equilibrio del mundo. Esperemos que unos coloquios futuros afronten estas realidades, enojosas, si se quiere, pero ineludibles.¹⁵⁸

¹⁵⁸ ARAQUISTAÍN, “La disputa entre Europa y América...”, pp. 168-169

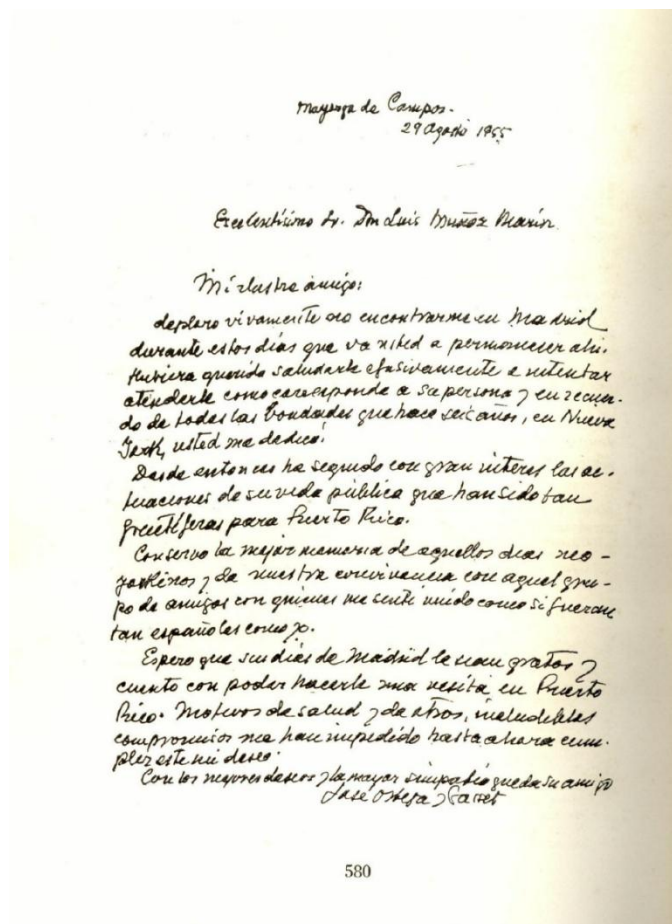


Figura 8. Archivo Epistolar. La Torre, (Julio-diciembre 1956), Año. IV, No. 15-16, p 580.

Finalmente, también se puede añadir que, al igual que algunas otras revistas contemporáneas, en las que intercambiaban textos de autores diversos que también escribieron en *La Torre*. Esta revista también presentó en sus artículos confrontaciones que se daban entre el texto de uno u otro autor, al igual que en algunos momentos se dio espacio en una sección particular para llevar a cabo estas contestaciones. Para ejemplificarlo podemos mencionar artículos como el titulado “Las falacias económicas del profesor Lewis” a cargo de David F. Ross (1877-1971) y su contestación en el mismo tomo por Gordon K. Lewis (1919-1991), en torno a conceptualizaciones sobre el socialismo, el capitalismo, el movimiento obrero y las estructuras del sector económico e industrial.¹⁵⁹ En estos, los

¹⁵⁹ *La Torre*, (Abril-Junio 1958), Año. VI, No. 22, pp. 139-192.

debates eran en torno al análisis de algún concepto, sobre algún poema o tema artístico en específico.

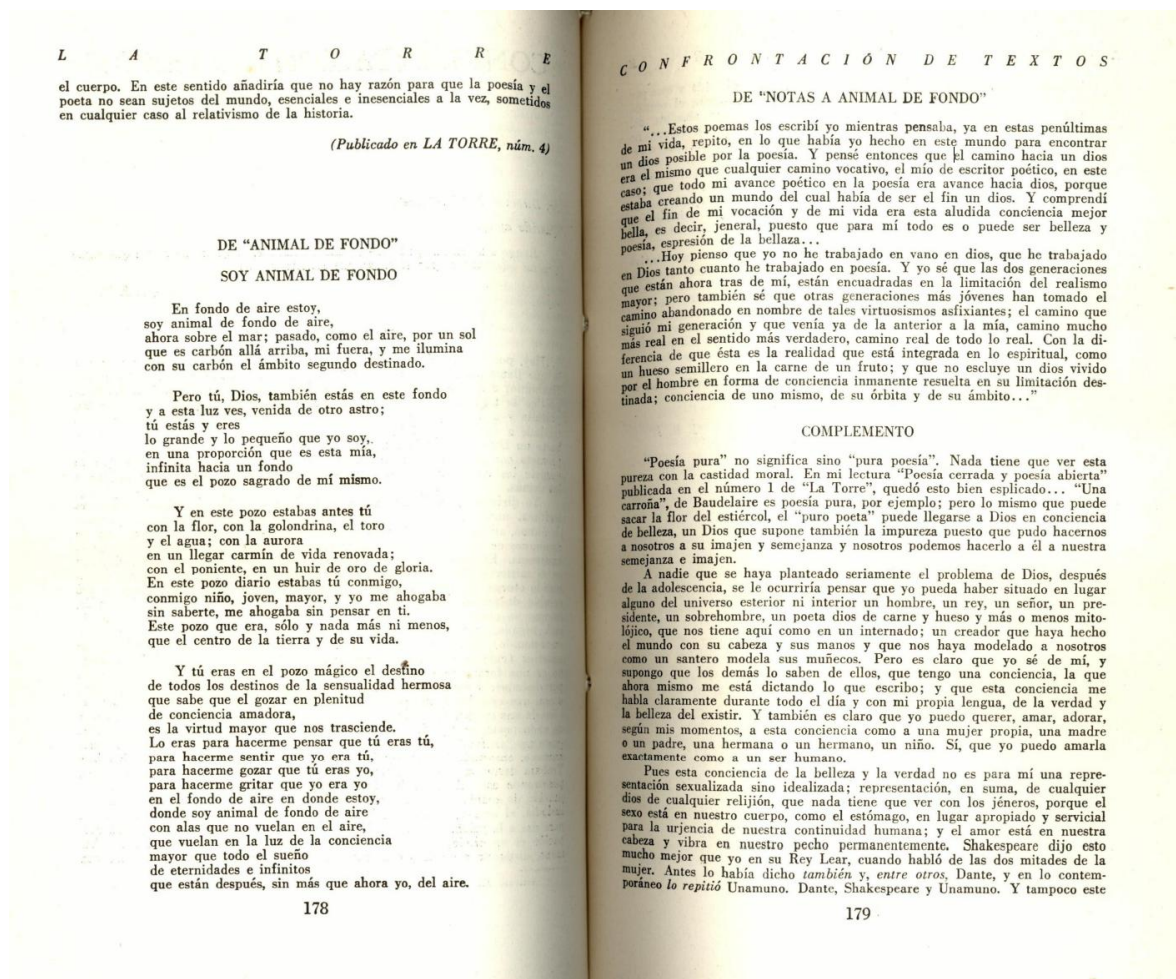


Figura 9. Confrontación de Textos. La Torre, (Enero-Marzo 1954), Año. II, No. 5, p. 178-179.

Se puede entonces observar cómo es que existen elementos y temas comunes que la revista *La Torre* comparte con otras publicaciones del momento. Tópicos tales como explicar y reflexionar sobre cuál sería la importancia cultural puertorriqueña en el Caribe y en su entorno latinoamericano con respecto a la creciente hegemonía estadounidense o soviética, los posibles efectos del conflicto bipolar en la región, la expectativa ante los avances tecnológicos y el poder económico mundial, así como el papel de los grupos letrados en ese

contexto, fueron temas que se compartieron incluso con la famosa revista *Sur* de Argentina, *Casa de las Américas* de Cuba, *Cuadernos Americanos* en México y con la misma *Revista de América* de Colombia. Esto denota que las preocupaciones generales que permeaban el periodo eran comunes para los distintos hombres y mujeres de letras que despeñaron su escritura durante el periodo de estudio.

Conclusión

La fundación tanto del periódico *La Torre* como de la revista del mismo nombre, está íntimamente ligada a la vida académica y universitaria que se desarrolló en la isla. Esta publicación representó un esfuerzo por manifestar de manera escrita la investigación y ámbitos culturales que se dieron en el seno de la Universidad de Puerto Rico. Aunado a ese objetivo, también se añadieron interesantes reflexiones e intercambios con intelectuales de otras latitudes que se interesaron por debatir sobre cuál era la relación de la isla con el resto del continente y especialmente con Estados Unidos.

Se puede considerar que esta publicación desatacó como un importante medio para el desarrollo del pensamiento crítico y la difusión de la cultura al interior de la Universidad de Puerto Rico. Sin embargo, sus repercusiones no se constriñeron únicamente al espacio universitario, sino que traspasó los muros de la universidad para relacionarse en distintos ámbitos de la vida pública puertorriqueña y desarrollar investigaciones importantes no sólo desde el interior de la isla.

Desde su primera publicación en 1953 (hasta la actualidad), sus páginas permitieron tanto a estudiantes como académicos expresar opiniones que implicaron espacios más allá de la vida cotidiana universitaria, sino que abordó temas más amplios de carácter literario, social, económico, histórico y político. El cambio que tuvo, de ser una gaceta periódica universitaria para convertirse en una revista científica, permite analizar la consolidación de la UPR como un importante centro de desarrollo crítico para la época en el Caribe y en Latinoamérica.

La revista *La Torre* ofreció un importante escaparate para tratar con profundidad y rigurosidad académica temas nacionales, internacionales y continentales. La inserción de textos de análisis literario, así como investigaciones en rubros de ciencias sociales, política, economía, entre otros, facilitó que la comunidad universitaria se conectara con las tendencias científicas y culturales de América Latina y el mundo. Así como también contribuyó a la

formación de nuevos científicos de origen isleño. La diversidad temática favoreció el fortalecimiento de la Universidad de Puerto Rico y la consolidación de la revista como referente académico, brindando al recinto universitario el prestigio científico que se buscó desde la fundación de la universidad.

Igualmente, publicaciones periódicas como el periódico universitario y su consecuente revista, se muestran como expresiones del contexto álgido de la época, en donde resalta la historia insular marcada por la fuerte relación colonial que este territorio tienen y mantiene con la potencia del norte de América. Esta relación tiene amplias consecuencias en el desarrollo universitario y en las políticas de educación superior que se dieron durante la primera mitad del siglo XX. Las políticas estadounidenses como lo fueron la Ley Foraker y la Ley Jones son claros ejemplos de las implicaciones en todos los niveles de la vida puertorriqueña, incluidos los cambios en el sistema educativo, en la misma administración de la universidad e incluso en el uso del inglés como principal lengua para impartir cátedras.

La ambivalencia en las relaciones entre la isla con Estados Unidos creó una crisis manifestó en la literatura, la política y la educación. En este contexto los hombres letrados que escribieron desde el campo universitario para *La Torre* buscaron redefinir qué significaba ser puertorriqueño. A través de las páginas en la revista se argumentó la posibilidad de una relación bilateral e híbrida, que combinara características del pasado hispánico con la realidad de ser una colonia estadounidense. Se explicaba como la herencia española representó un referente importante ante la imposición cultural de Estados Unidos, en un intento de rescatar y preservar una cultura que se percibía amenazada. Este rescate del pasado hispánico sirvió también como una forma de resistencia ante la creciente influencia cultural y política de Estados Unidos en la isla.

En ese sentido, *La Torre* proporcionó un foro para criticar, considerar y debatir las consecuencias de la relación colonial con Estados Unidos a la par que ofreció a los grupos letrados de la isla un sitio para discutir cuestiones relativas a la identidad cultural y lingüística de Puerto Rico, así como la función de la educación en la preservación de la historia nacional opuesta a la opresión colonial. Si bien la discusión y el rechazo a estas políticas no se manifestó nunca de forma abierta, las conversaciones sobre estos asuntos revelaron un conflicto permanente entre la necesidad de independencia cultural y la dependencia política.

Conflicto que sigue vigente en los cuestionamientos hacia la independencia nacional, la estadidad o el pacto de libre asociación de Puerto Rico.

Como resultado de ello se puede inferir que la larga influencia colonial estadounidense tuvo consecuencias en la construcción tanto del Estado-nación puertorriqueña, como de la educación y la vida universitaria. Ante ello, medios escritos como la revista *La Torre* fueron medios de expresión para reflexionar acerca de lo que significaba ser boricua ante la inminente dominación cultural, política y económica que ejerce desde 1898 Estados Unidos sobre la isla. Es por ello que, en algunas de las inserciones de la revista, se pueden observar títulos que reflejan la preocupación por retomar y analizar el pasado hispánico como un enlace con el resto de América y también como una forma de resistencia cultural ante la opresión colonial.

En los textos que se publicaron desde la fundación de la revista se pueden leer temáticas no sólo de interés local, sino que también buscaron abarcar temáticas que abordaron, desde una perspectiva académica problemáticas continentales, discusiones sobre la relación de Puerto Rico con América Latina, y también el devenir del mundo tras las dos grandes guerras del siglo XX. Esto consiguió también formar una amplia red de discusión entre grupos intelectuales tanto isleños, de otras naciones latinoamericanas, relaciones trasatlánticas e incluso con importantes académicos de universidades estadounidenses. Discusiones sobre la situación de Europa tras las guerras, la Guerra Fría y el rumbo que debería tomar la humanidad demuestran la preocupación de los diversos autores por entender cuál sería el papel de Puerto Rico y de América Latina a futuro bajo ese contexto de inquietud.

Los autores que escribieron en *La Torre* no fueron indiferentes a los grandes conflictos políticos e ideológicos de la época, como lo fue el enfrentamiento entre el bloque capitalista y el comunista. En sus escritos se debatía sobre el impacto de estos conflictos en la región y sobre cómo América Latina, y Puerto Rico en particular, se posicionaría en torno a esta disputa. La revista favoreció entonces interconexiones entre Puerto Rico y otros escritores latinoamericanos, subrayando la importancia de los lazos culturales e intelectuales en favor de la unidad subcontinental.

Los escritores que participaron en esta publicación igualmente participaron en otras revistas contemporáneas, tratando temas diversos que las interconectaron, creando así el canon de tópicos a tratar de la época. Fue así que, a través de sus páginas, se abordaron

cuestiones sobre asuntos europeos, como los resultados de las guerras mundiales y la huella que dejó la Gran Depresión en el continente. Lo cual invitaba también a la reflexión sobre el descenso del continente europeo como símbolo del progreso y el ascenso de Estados Unidos como potencia económica y política a nivel mundial. Este enfoque de tipo internacionalista perfeccionó el debate local en Puerto Rico, ya que permitía situar los problemas insulares en un contexto mucho más extenso y comparativo.

De esa manera, el interés por sostener relaciones con otros letrados en distintos puntos del globo derivó en la fuerte relación que mantuvo la Universidad de Puerto Rico con intelectuales de otros países, en particular con España. No fue hasta después de la Guerra Civil Española (1936-1939) que las relaciones con intelectuales exiliados de este país, asilados en la isla, rindieron mayores resultados. La llegada de estos importantes académicos enriqueció el ámbito universitario, científico y cultural insular. Estos importantes escritores contribuyeron ampliamente al desarrollo de las actividades intelectuales y científicas al interior de la UPR y repercutieron por lo tanto en la gestión, alcance y difusión, así como de las temáticas que se publicaron en los medios escritos universitarios, como lo fue *La Torre*.

En particular, la emisión de *La Torre* facilitó que los letrados de la época, tanto isleños como españoles, así como de otros países consiguieran por medio de las letras expresar sus opiniones acerca de la política, la cultura y la educación puertorriqueña. Al mismo tiempo colaboraron con la formación académica de nuevos estudiantes, mientras contribuían desde los espacios universitarios a la formación científica boricua. La revista *La Torre* se posicionó entonces como un importante espacio de reflexión y el debate sobre las dificultades que implicó la relación entre Estados Unidos y la isla. Igualmente, representó un sitio apropiado para la discusión sobre los cambios culturales y políticos mundiales, a la par que reflejó las disputas internas en torno a la política y gobierno insular, manteniendo entre sus inserciones las aspiraciones de una educación superior más humanística.

La revista comparte con otras publicaciones culturales de la época la preocupación por desentrañar las dificultades del futuro ante el contexto de contingencia global. No obstante, se diferencia de muchas de sus contemporáneas por la rigurosidad que se buscó que las inserciones hechas en la revista mantuvieran. En ese sentido, esta publicación no sólo representó un espacio de difusión científica, cultural y académica, sino que también representó un foro de encuentro de diversas opiniones tanto de la política interna

puertorriqueña como de los sucesos que acontecían en el mundo. Se ofreció así un espacio adecuado para que los grupos letrados pudieran, desde sus textos, reflexionar desde aspectos estéticos y literarios hasta cuestionamientos a las estructuras de poder vigentes tanto en la isla y Latinoamérica.

Por lo tanto, se puede concluir que esta revista es un ejemplo de cómo los grupos letrados latinoamericanos se enunciaron ante una época de grandes tensiones tanto nacionales como exteriores. También demuestra cómo es que estos personajes trataron de articular una narrativa cultural propia que se compartió en distintas latitudes del continente. *La Torre* por su parte contribuyó a generar un discurso que a la par de fortalecer las relaciones con el resto del subcontinente, fuese una forma de resistencia a la colonización. Como consecuencia, la revista fue (y continúa siendo) un centro de confluencia entre países de la región, lo cual favoreció para que la isla se convirtiera en un importante punto de discusión académica y de reflexión latinoamericanista.

Capítulo IV

Comparación: elementos comunes y diferenciadores

El siglo XX, desde sus inicios, fue un periodo convulso. Las dos grandes guerras mundiales, las luchas armadas y el reacomodo del mapa europeo fueron el epítome de fenómenos como el nacionalismo, el colonialismo, el imperialismo y la expansión de las potencias económicas de finales del siglo XIX. Personajes como Albert Einstein, Sigmund Freud, entre otros contemporáneos, expresaron su preocupación por el futuro de la humanidad y coincidieron en que la posible solución residía en la cultura. Este pensamiento fue igualmente manifestado por diversos intelectuales de la época en sus diferentes medios de expresión escrita.

Freud, en su obra *De guerra y muerte: temas de actualidad* (1915), señaló que la guerra había puesto de manifiesto que los bienes adquiridos por la humanidad no son inmutables, y que, según su planteamiento, el ser humano tendía a reaccionar ante la muerte de manera ansiosa y primitiva. De allí surgió la noción de que la cultura, y dentro de ella la palabra escrita, no solo se concebía como el medio de expresión del sentir ante los cambios ocasionados por los sucesos bélicos y políticos, sino también como un medio de contención de la angustia que la misma muerte genera.¹⁶⁰ Posteriormente, el crecimiento exponencial de Estados Unidos y la URSS, como representantes del capitalismo y el comunismo respectivamente, fue el resultado de una historia contemporánea que preparó el terreno para las disputas ideológicas y propagandísticas propias de la Guerra Fría.

En el marco de dichos debates, publicaciones como las revistas reflejan precisamente la importancia de los fenómenos que tuvieron lugar a nivel global y su repercusión en el mundo entero, así como la manera en que estos acontecimientos eran analizados, discutidos y reflexionados desde el campo de las letras. Estas reflexiones se manifestaron en documentos como las revistas estudiadas, que bien podrían considerarse una especie de radiografía o termómetro de la época. Las consecuencias de las Guerras Mundiales y las políticas expansionistas de Estados Unidos hacia el resto del continente fueron temas recurrentes en el ámbito de las ideas latinoamericanistas. Sin embargo, con el inicio de la

¹⁶⁰ FREUD, *De guerra y muerte: temas de actualidad y otros textos*, Madrid, pp. 8-136.

Guerra Fría y la división del mundo en dos polos ideológicos, las discusiones intelectuales se orientaron a reflexionar sobre esta escisión en el equilibrio mundial. La inquietud de los intelectuales del período estaba más que justificada, ya que la pregunta implícita sobre hacia dónde se dirigiría el mundo ante una polarización radical se hizo patente en cada uno de sus textos.

En ese marco, el estudio de las revistas culturales de la primera mitad del siglo XX en esta investigación permitió hacer un abordaje de la cultura letrada y el desarrollo del latinomaericanismo previo a la Revolución Cubana desde distintas aristas.

Primeramente, facilitó comprender la forma en que interactúan distintos personajes de importancia en la comunidad intelectual, así como la formación de redes internacionales de interacción entre grupos de hombres y mujeres letrados desde inicios del siglo XX, es fundamental para analizar la dinámica de los debates intelectuales de la época. Es crucial entender que el uso de la palabra escrita para expresar opiniones sobre el contexto nacional, continental y global fue vital entre los grupos letrados de la época, e incluso para sus interacciones políticas. Este uso de la palabra fue esencial para comprender y procesar los efectos que los fenómenos globales tenían sobre los territorios latinoamericanos.

Se puede mencionar también como un importante aporte de la investigación que, para el periodo de estudio, el análisis de las revistas escogidas no han sido trabajadas o bien, han sido poco abordadas. Y que a través de esta selección se ha podido hacer un abordaje sobre cómo se desarrolló el concepto latinoamericanista y sus debates en las revistas culturales.

Asimismo, el estudio de las revistas culturales contribuyó a una mejor comprensión del periodo de la Guerra Fría, particularmente en su primera etapa, previa a la década de los sesenta, a partir de las inserciones presentes en cada una de las revistas. Muchas de estas publicaciones reflejan y documentan sucesos históricos específicos que fueron de vital importancia para el periodo en cuestión.

A partir de los textos encontrados en cada una de las revistas, fue posible discernir, en primer lugar, la concepción que se tenía del subcontinente antes de las disputas entre los bloques comunista y capitalista, así como también facilitó la comprensión del proceso de formación del latinomaericanismo previo al llamado “Boom” de 1960.

A lo largo de este trabajo, se buscó resaltar el contexto histórico tanto mundial, latinoamericano como nacional para cada uno de los casos, así como el papel de los grupos

letrados en torno a las revistas. Se destacó la importancia de las actividades de escritura y su relación con las políticas nacionales y globales en el contexto de la Guerra Fría.

Se observó cierta confluencia en los ejes temáticos desarrollados en los textos de ambas revistas estudiadas, que, aunque presentan amplias diferencias, también comparten puntos de similitud. Las temáticas abordadas variaron entre los debates sobre el futuro del continente americano, del subcontinente y de la humanidad en general en el contexto bipolar. Igualmente, se realizaron cuestionamientos sobre lo que sucedería con Europa en el futuro, dada la debacle que representaron ambas guerras para el viejo continente. Desde ese marco, Europa había sido considerada siempre el culmen de la civilización y la cultura, pero con los eventos bélicos de la primera mitad del siglo, la preocupación sobre el destino de la civilización se volvió un tema central. Así, en reiteradas ocasiones, se expresaron fuertes críticas al mundo capitalista y desmesurado representado por Norteamérica (Estados Unidos), sugiriendo que América Latina debía convertirse en la heredera cultural directa del legado civilizatorio europeo.

En el panorama de crisis latente que se vivió tras finalizar la Segunda Guerra Mundial, el interés por entender las causas fundamentales que desembocaron en los procesos bélicos y sus consecuencias propició un cambio en el enfoque de atención de los intelectuales de la época. Estos, que previamente se habían centrado principalmente en temas relacionados con el pasado nacional y local, comenzaron a abordar debates que implicaban la participación de sus respectivos países en el contexto mundial. Este estudio permitió reflexionar sobre la importancia del desarrollo de una cultura letrada que intentó comprender el horizonte de transformaciones culturales, políticas y económicas que se desataron a mediados del siglo XX.

La *Revista de América*, por una parte, al ser una publicación de corte divulgativo, presentaba textos más inclinados hacia apartados de tipo ensayístico y de opinión, en los cuales se pudo indagar cuál fue la postura de sus directivos y principales escritores ante el contexto de la Guerra Fría. Por otro lado, en la revista *La Torre*, cuyas publicaciones son más amplias y con un carácter de rigor científico, propio de su origen universitario, se distingue una cierta mesura en cuanto a la inclinación política e ideológica, aunque siempre a reserva de la posición colonial que tuvo (y aún tiene) Puerto Rico con respecto a Estados Unidos. En términos generales, se pudo observar que esta publicación también tendía a inclinarse por la

postura del mundo democrático representado por Estados Unidos. Esto último no debe pasarse por alto, dado que proviene justamente del seno de la relación dependiente de la isla con la potencia del norte, así como de las disputas internas por la independencia, la estadidad y el nacionalismo boricua que caracterizaron la historia isleña desde 1898.

Esta investigación se llevó a cabo utilizando una metodología comparativa, en la que se buscaron tanto las similitudes como las diferencias entre las dos publicaciones seleccionadas. Entre las principales semejanzas encontradas en ambas revistas destaca la participación continua y activa de personajes destacados en el campo de las letras latinoamericanas del periodo, así como su constante interacción con intelectuales de otras partes del mundo, como es el caso de los exiliados españoles, autores provenientes de Francia, Italia, Estados Unidos, entre otros lugares.

Asimismo, se establecieron temas centrales que dirigieron la tónica de las publicaciones, los cuales fueron compartidos porque representaban los intereses de los letrados de la época, y se vieron reflejados en sus escritos dentro de estas publicaciones periódicas. Las temáticas, descritas con anterioridad, se enfocaban principalmente en:

- 1) Definir cuál sería el futuro del continente y del resto de la humanidad ante las consecuencias de las guerras de la primera mitad del siglo.
- 2) Cuestionamientos sobre lo que sucedería con Europa y su cultura, ante el desastre que se aparejó con el fin de los conflictos bélicos.
- 3) Desarrollar debates sobre cuál sería el destino de América Latina con respecto al resto del mundo, y si fuera ésta la encargada de heredar el espíritu y cultura de la devastada Europa.
- 4) La importancia que se le dio a los grupos de mujeres y hombres letrados como baluartes culturales en el contexto desfavorable que imperaba en el periodo de estudio.
- 5) Ambas publicaciones tienden, como se mencionó a inclinarse más por el bando de Estados Unidos, ya sea por su cercanía o por la afinidad a la idea de democracia que este país desarrolló.

Se logró observar que en ambas revistas se establecieron temas centrales que tuvieron continuidad, ya sea hasta su desaparición, como sucedió en el caso de *La Revista de América*, o que dejaron de ser pertinentes tras el cambio de época, como ocurrió con *La Torre*.

Por otra parte, aunque ambas son revistas contemporáneas y comparten varias semejanzas, también presentan marcadas diferencias.

1) -*La Revista de América* surgió en un contexto poco favorable en términos metodológicos, favorecida por letrados colombianos de alto renombre en su momento, se fundó para tratar de subsanar la falta de espacios académicos propicios para la discusión y debate literarios. Fue parte del mismo fenómeno que acompañó la creación de tertulias, cafés literarios y juntas y espacios de intercambio de opiniones entre grupos letrados.

-En caso contrario, la revista *La Torre* nació desde un espacio propiamente universitario, tras la previa publicación del periódico institucional de la UPR (Sede Río Piedras. Esta publicación, desde sus inicios estuvo marcada por un fuerte carácter científico consecuente con su origen académico.

2) -*La Revista de América* se caracteriza porque sus contenidos son principalmente ensayos, así como contener inserciones de tipo literario y de opinión, resaltando estos últimos como aquellos en donde se percibe mejor las tendencias propias de la publicación. Los textos en general, si bien están escritos de manera elocuente, carecen de rigor metodológico. No obstante, no se debe olvidar que el objetivo de mantener una bella escritura sigue presente en cada uno de los textos, puesto que es un ideal de los grupos letrados mantener un estilo original y bello para ser leído, aun por encima de la metodología, la veracidad de los datos, o del establecimiento claro de objetivos científicos.

-Al contrario, *La Torre* en cada uno de sus artículos presenta mayor rigurosidad metodológica, desde el hecho de presentar en sus textos claras notas a pie de página, referencias bibliográficas e incluso referencias a datos y documentos que claramente formaron parte de investigaciones académicas y científicas. Esto visiblemente como consecuencia de la participación directa de profesionales de distintas áreas científicas en la publicación. Claro ejemplo son los textos insertos de autores que

participaron activamente en las actividades de la JAE (Junta de Ampliación de Estudios).

3) - Acorde con el punto anterior, las inserciones de la *Revista de América* presentan una extensión que oscila en su gran mayoría entre las tres a cinco páginas. Sólo en ocasiones muy específicas los textos presentaban un formato más extenso, aunque esto no fue la norma, dado su carácter divulgativo.

-*La Torre*, acorde con sus objetivos de origen, fue una revista que fungió como órgano de publicación científica de las investigaciones desarrolladas tanto en seno de la UPR como con otras instituciones e investigadores que participaron activamente en ella. El formato de sus artículos era de una presentación extensa, que fluctuaba por lo general de las veinte a las treinta páginas. En ocasiones hubo textos más extensos en el que se dio propiamente dicho el desarrollo de estudios de carácter científico. Igualmente, en conexión con el punto anterior, dado el carácter científico de la misma, en los textos se visualizaba el uso de citas y referencias en toda la extensión del texto dedicado a cada artículo.

4) -*La Revista de América* comenzó a publicarse justo en el año de 1945, auspiciada por Eduardo Santos quien facilitó su fundación, a la par de Roberto Garcíaa Peña y Germán Arciniegas, quien fuera su director por varios años. Finalizó su publicación definitivamente en 1957, sólo algunos años antes de la Revolución Cubana y del inicio subsecuente del llamado “boom latinoamericanista”.

- *La Torre* comenzó a publicarse en 1953, justo un año después del establecimiento del estatus de Estado Libre Asociado en relación con Estados Unidos. Terminó su primera época (llamada también Vieja Época) hasta 1987. Su publicación continua de manera seriada hasta la actualidad y sigue manteniendo su carácter científico como órgano de difusión universitario.

5) – *La Revista de América* presenta desde sus comienzos páginas y contraportadas de contenido netamente publicitario de distintas marcas, desde cigarrillos, teléfonos, máquinas de escribir, moda, hasta transporte aéreo tanto de pasajeros como de carga.

-La Torre no presentó en su primera época ninguna inserción de tipo publicitario. Esta característica se mantiene hasta la actualidad.

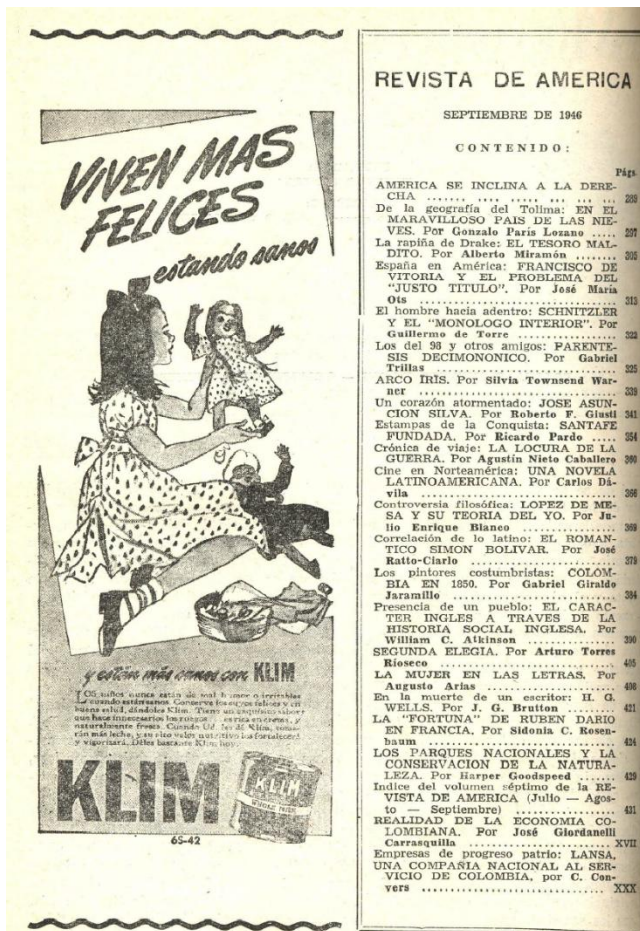


Figura 9. Índice. Revista de América, Septiembre 1946.

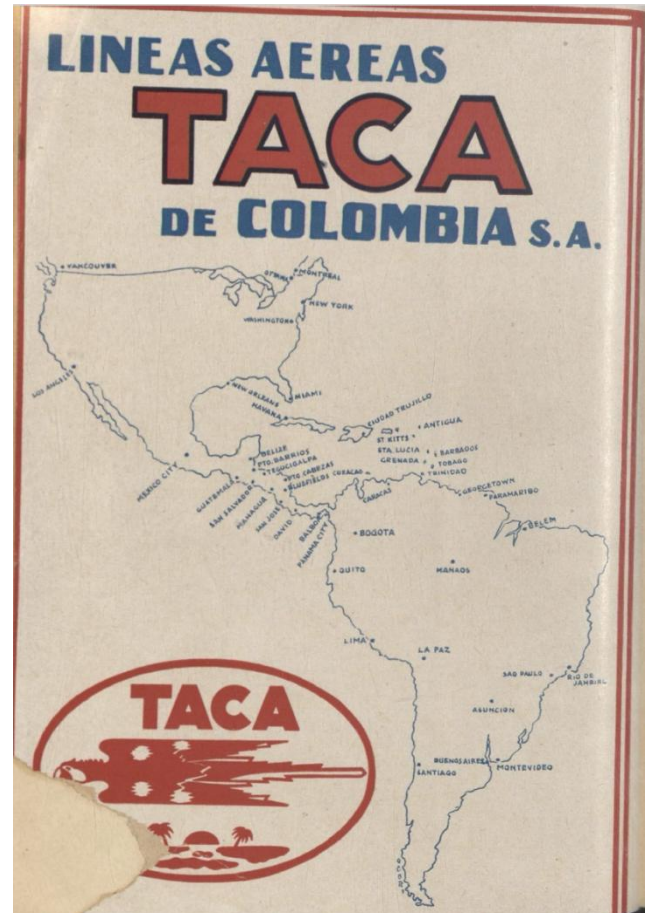


Ilustración 1Figura 10. Anuncio. Revista de América, Junio 1947

6)- La *Revista de América* cuenta en sus primeros números con elaboradas portadas e ilustraciones realizadas por importantes pintores colombianos del periodo, como fue el caso de Santiago Martínez Delgado (1906-1954), Sergio Trujillo Magnenat (1911-1999),¹⁶¹ entre otros.

¹⁶¹ Santiago Martínez nacido en Colombia en 1906, se destacó como muralista, pintor, ilustrador y publicista colombiano, reconocido como uno de los principales exponentes del estilo *Art déco*. Entre sus principales logros se encuentran la Medalla Logan de las Artes, el Salón Nacional de Artistas de Colombia y la Cruz Orden de Boyacá, la cual recibió por su notable trabajo en el mural del Salón Elíptico del Capitolio Nacional, una obra que es considerada uno de los murales más significativos de Colombia. Sergio Trujillo Magnenat, por su parte, fue un importante fue un pintor, dibujante, cartelista, escultor e ilustrador también nacido en Colombia en 1911, en su obra se pueden observar diversas influencias estilísticas, tales como el tenebrismo, el claroscuro, el

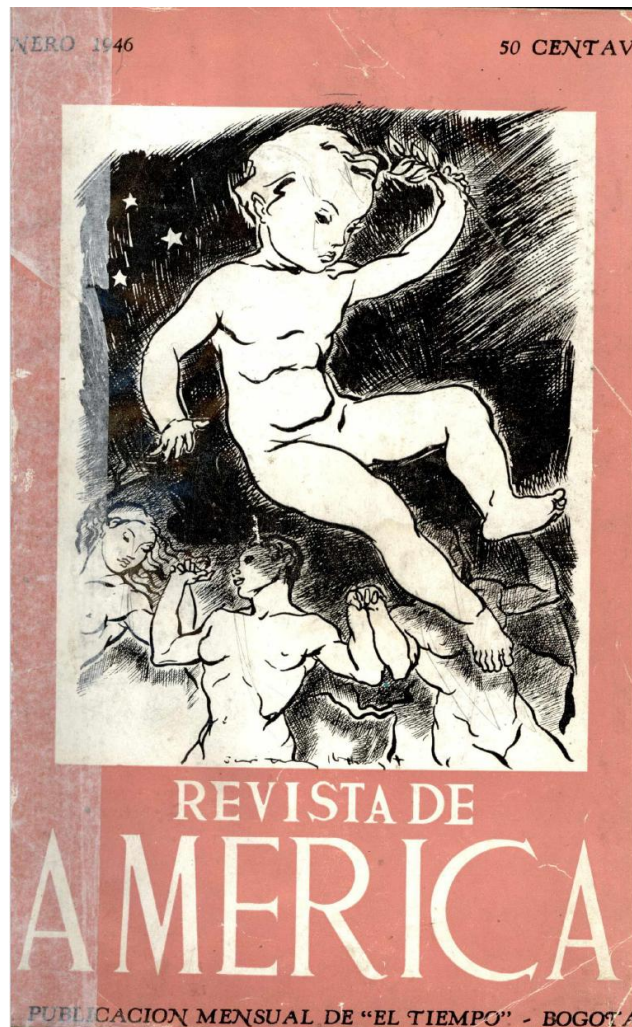


Figura 11. Portada. Revista de América, Enero 1946.

-*La Torre* desde sus inicios hasta la actualidad presenta prácticamente el mismo formato y diseño en su portada. Contando sólo con la descripción de seriación de la revista, el título en mayúsculas y un logotipo con la aludida Torre de la Universidad al centro. Las variaciones se presentan solamente en el color de las letras y el logotipo.

puntillismo, el postimpresionismo, el simbolismo, el cubismo, el futurismo, el arte del Antiguo Egipto y el *Art deco*.

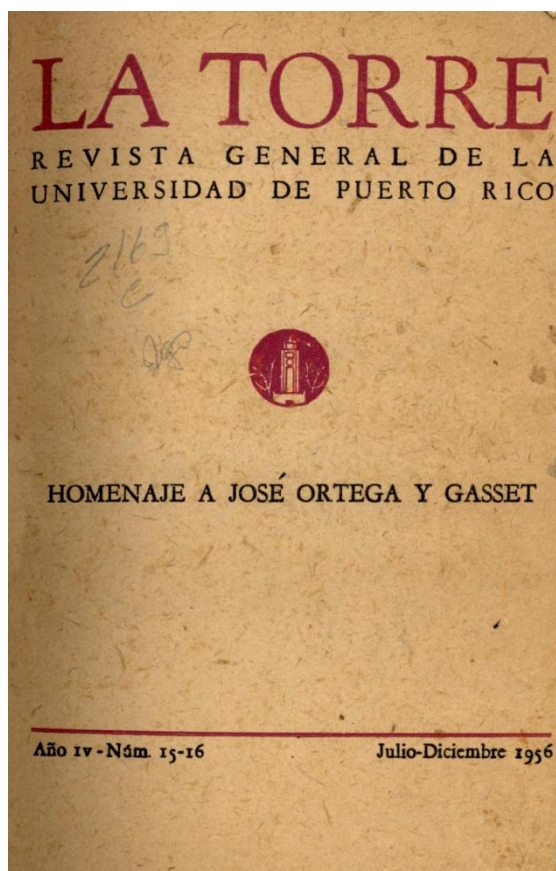


Figura 12. Portada. *La Torre* (Julio-Diciembre 1956)
Año- IV, No. 15-16.

7)- *La Revista de América* contiene fotografías tanto de personajes, como de algunos documentos, mapas y edificios según fuese la temática o anuncio para presentar.

-*La Torre* en toda su primera época mantiene en su formato únicamente la presentación de textos y en muy pocas ocasiones se añadían fotografías que fueran acordes a la temática del número en cuestión. En la actualidad, si el artículo académico lo requiere se hace la inserción de imágenes, gráficos y mapas que respalden el artículo publicado.



ESTATUA DEL LIBERTADOR (PLAZA DE BOLIVAR), CARACAS,
VENEZUELA. (Foto Sady).

Figura 13. Fotografía. (Inserción en artículo) OTERO, Enrique, "Fundación de la Gran Colombia" en: Revista de América, 1950, No. 61, p.226.

La relevancia de las revistas seleccionadas como estudios de caso y objeto de comparación radica en la manera en que sus contenidos reflejan el interés de los intelectuales de la época por comprender la coyuntura en la que se desenvolvían. Estos buscaban desentrañar las causas del cambio de paradigma que experimentaban y se concebían a sí mismos como agentes de transformación y militantes en un conflicto de alcance global e ideológico. Dicho contexto, si bien puede situarse temporalmente desde 1917 con la instauración del régimen socialista en la Unión Soviética, se intensificó con la consolidación de ambas potencias en la cúspide de la economía y la política mundial tras el fin de las dos grandes guerras de la primera mitad del siglo XX.

Por ello, el periodo seleccionado resulta crucial para comprender las discusiones presentes en los textos de las revistas culturales de la época, pues permite analizar el

posicionamiento de sus autores respecto a la coyuntura global. Este periodo se entiende como un momento de reflexión sobre el rumbo que debía tomar la región en relación con el resto del mundo. Las disertaciones se dieron así en el marco de un esfuerzo de unidad latinoamericanista que representó una transición entre el latinoamericanismo arielista de inicios del siglo XX y el que emergió tras la Revolución Cubana.

Igualmente, el periodo estuvo marcado por un giro en las políticas económicas, lo cual puede enlazarse hacia el desarrollo del pensamiento latinoamericanista en función de que desde mediados de la década de los 30, la política económica latinoamericana se caracterizó por una mayor centralización y nacionalización de la economía en numerosos países. El modelo económico establecido de manera más generalizada optó por la Industrialización por Sustitución de Importaciones (ISI), fomentando un enfoque “hacia adentro” que, de alguna manera, promovió la unidad regional y la resistencia al imperialismo económico.

Esta fase de crecimiento hacia adentro en América Latina, centrada en el mercado interno, ganó fuerza durante la depresión y la Segunda Guerra Mundial. Aunque experimentó un breve auge en los años cincuenta, en décadas posteriores fue considerada estancada. Este proceso contrastó con el progreso técnico de los países desarrollados, mostrando un creciente fracaso en los intentos de crecimiento en los países subdesarrollados.¹⁶² Como consecuencia, el crecimiento económico que se dio en la década de los 50, promovido por las políticas de Sustitución de importaciones está estrechamente relacionado con el latinomericanismo impulsado por los intelectuales de la época, quienes abogaban por un modelo de desarrollo independiente y autónomo para la región. Durante la primera mitad del siglo XX, muchos pensadores latinoamericanos, influenciados por las ideas de independencia económica y desarrollo interno, promovieron la necesidad de fortalecer los mercados internos como alternativa al modelo de dependencia de los países desarrollados.

Los grupos letrados veían en el modelo el crecimiento “hacia adentro” una forma de reducir la relación dependiente de las economías extranjeras, sobre todo de aquellas que se cernían sobre el subcontinente en condiciones desiguales y de explotación. La búsqueda

¹⁶² HIRSCHMAN, Albert; “La economía política de la industrialización a través de la sustitución de importaciones...”, p. 491.

crecimiento económico se observaba entonces estimulando la industrialización y el desarrollo a través del mercado interno. Sin embargo, a pesar de las esperanzas iniciales de prosperidad, los fracasos que se mencionan en los años sesenta reflejaron las limitaciones de este modelo. La aceleración del progreso técnico en las economías desarrolladas contrastó con los intentos fallidos de los países latinoamericanos de alcanzar un crecimiento sostenible a través de este enfoque. Esto hizo que el latinamericanismo, en su búsqueda unificadora y de la autonomía regional, también enfrentara dificultades frente a los desafíos de la economía globalizada y las estructuras de poder internacionales. Esto deja ver también que, si bien existía un discurso latinoamericanista común, cada país presentó matices específicos en sus debates intelectuales de acuerdo a lo que cada uno experimentaba en términos políticos, económicos y sociales.

El análisis del latinoamericanismo y de la cultura letrada desarrollada entre 1945 y 1958 permite comprender entonces por qué los escritores de la región toda vez que se desempeñaban en el ámbito literario, también participaban en diversas actividades que los mantenían en diálogo constante con otros actores involucrados en el desarrollo del conflicto global. Su presencia en el espacio público les permitió expresar su carácter militante y ejercer influencia tanto en la esfera política y cultural de sus respectivas naciones como en el contexto subcontinental.

Igualmente, como menciona Germán Alburquerque, aún si los intelectuales del momento buscaran tener cierta neutralidad, el contexto mismo los envolvió de tal manera que cualquier tema social era discutido en los ejes que el conflicto planteó. “La retórica de la Guerra Fría, por otra parte, había impregnado el lenguaje de nuestros intelectuales de manera tal que los conflictos políticos, socioeconómicos y culturales eran analizados bajo ese prisma, aunque lo que se discutiera no tuviera relación directa con el juego de las potencias.”¹⁶³

En este contexto, los intelectuales latinoamericanos participaron activamente en el debate cultural y político de la época y cuestionaron las relaciones de poder establecidas tanto con Estados Unidos y Europa, denunciando la explotación económica y cultural de la región. En respuesta a esta situación, promovieron la noción de la unidad latinoamericana como una

¹⁶³ ALBURQUERQUE, Germán, “Más allá de las superpotencias o como salir de la Guerra Fría”, p. 223.

estrategia fundamental para resistir la dominación extranjera y fortalecer una posición en el mundo como región.

De cierto modo, en aras de la coyuntura política económica y social que se daba a nivel global, los países latinoamericanos buscaron definir y consolidar la unidad regional. En este contexto, los escritores de la época conformaban una minoría letrada que participaba activamente en la toma de posición política frente a los acontecimientos globales. De este modo, al igual que en el ámbito político, dentro del campo de las letras estas élites de hombres y mujeres letrados se dividieron en distintas ideologías, facciones y grupos de interés, configurando sus horizontes discursivos en función de sus interpretaciones y perspectivas sobre la coyuntura mundial.

En este sentido, el presente trabajo retoma la propuesta de Alburquerque, quien señala que estos escritores, al utilizar la palabra escrita como una herramienta de incidencia social, ejercían su influencia en dos dimensiones fundamentales: la social y la política. Desde esta perspectiva, se les concibió como actores capaces de generar las condiciones necesarias para la constitución de un estrato profesional, administrativo e intelectual, que, a su vez, se erige como una élite pensante orientada a comprender y definir su papel en las dinámicas del poder y la política. Bajo este punto de vista, se les comprende entonces como actores capaces de generar las condiciones necesarias para la constitución de un estamento profesional, administrativo e intelectual, que a su vez conformó una élite pensante orientada a comprender y definir su papel en las dinámicas del poder y la política.¹⁶⁴

Se trata entonces de:

(...) una concepción del intelectual como sujeto portador de un poder específico, que lo dota de un estatus que lo habilita para dialogar con otros entes, también en posesión de poderes determinados; y también, a la par, se trata de considerar la dimensión ética, valórica y espontánea como clave de explicación de los comportamientos intelectuales.¹⁶⁵

El internacionalismo intelectual, era una actitud omnipresente en la mentalidad de la época, pues no se concebía la situación de cada sociedad en términos sólo nacionales, contrario a la mirada interior impulsada por la política económica. La conciencia de estar atravesando un

¹⁶⁴ ALBURQUERQUE, “Introducción”, 2011, p. 10.

¹⁶⁵ ALBURQUERQUE, Germán; “Introducción”, 2011, pp. 9.

trance que involucraba a casi todas las naciones del planeta anuló todo asomo de pensamientos localistas o aislacionistas en términos de producción letrada.¹⁶⁶

Cuando los grupos letrados de la región durante la primera mitad del siglo XX se convierten en activistas políticos, dejan atrás la visión idealizada de las letras como un refugio de belleza y contemplación para asumir un rol más combativo e ideológico. Esto responde a los procesos históricos que marcan el siglo, como las guerras mundiales, la Guerra Fría, las dictaduras militares y las luchas por la independencia cultural y política en América Latina. La escritura entonces dejó de ser un ejercicio estético y se convirtió desde el punto de vista de estos actores en una herramienta de transformación social.

A diferencia de la forma en la que se encausó el trabajo de los hombres de letras de finales del siglo XIX, en donde una de sus preocupaciones más intensas era en primer lugar la consolidación de los estados nacionales y por otro lado la presentación de sus disertaciones en tono retórico y bello. La militancia política de estos nuevos actores intelectuales es de carácter fundamental para entender la consolidación de nuevos tipos de cultura letrada enmarcados en el nuevo orden político, económico y social del mundo.

Las comunidades letradas no fueron un producto del Antiguo Régimen, sino el resultado de una nueva configuración intelectual que en territorio latinoamericano buscó en primera instancia consolidar el proyecto de nación de cada nación independiente. Esta tarea se llevó a cabo hasta las postrimerías del siglo XIX e inicios del siglo XX, en tanto que sus integrantes se organizaron en asociaciones literarias y espacios de sociabilidad como academias, tertulias, cafés, cenáculos, salones y redacciones de periódicos y la publicación de revistas consolidando un entorno deliberativo donde las ideas eran debatidas y refinadas a través del discurso escrito y oral.¹⁶⁷

El término cultura letrada al que se remite en este trabajo describe entonces al conjunto de conocimientos, prácticas, itinerarios, relaciones internacionales, lectura e intercambio de opiniones que se dieron en función de las actividades relacionadas con la escritura y la lectura, monopolizadas históricamente por una elite intelectual. Sin embargo, podría hablarse también bajo el término de culturas letradas, en plural, para reconocer la diversidad de enfoques, prácticas y tradiciones dentro de distintos contextos nacionales,

¹⁶⁶ ALBURQUERQUE, “Más allá de las superpotencias o cómo salir de la Guerra Fría”, 2011, p. 223.

¹⁶⁷ MARTÍNEZ, “El hombre de letras como sujeto elocuente”, 2017, p.47.

regionales y subcontinentales, así como para reconocer la existencia de distintas facciones y propuestas por parte de los distintos grupos que formaron parte de esa minoría letrada que buscaba en medida de los límites que las condiciones materiales de la época delimitaban, establecer una red de intercambio de ideas a nivel regional y trasatlántico. La articulación de redes transnacionales durante las primeras décadas del siglo XX permitió conectar entre sí las diversas culturas letradas de la región y éstas a su vez con otros grupos intelectuales tanto en Europa (principalmente Francia y España) como en Estados Unidos.

En este marco surgió también el debate por la conceptualización del llamado Tercer Mundo y el tercermundismo, donde tenía connotaciones negativas asociadas con el atraso y la falta de modernización. Sin embargo, el debate sobre la pertenencia o no a este sector tercermundista por parte de los intelectuales de la época puede ser interpretado justamente como una respuesta al orden internacional imperante. La creación de lazos entre los países llamados “subdesarrollados” constituyó entonces un desafío al sistema global, con implicaciones directas en el contexto de la Guerra Fría. Para los intelectuales latinoamericanos, el tercermundismo representó tanto una oportunidad como un deber: la posibilidad de sumar aliados a la lucha contra el imperialismo y, al mismo tiempo, la responsabilidad de participar activamente en la transformación del orden político.

En cuanto a los hombres y mujeres letrados generadores de nuevas ideas y opiniones, estos pudieron favorecer o perjudicar la percepción desde el subcontinente de cada uno de los grupos en contienda. Al mismo tiempo la figura del intelectual y sus proposiciones resultaron ser un instrumento tanto de respaldo como de censura para diversos intereses. Por un lado, para los países en disputa, contar con el apoyo o rechazo de estos personajes podía manifestarse en distintas modalidades de acción, ya fuera contar con su colaboración o, en caso de antagonismos, silenciarlos. La mayoría de ellos, actuando por iniciativa propia, se comprometieron a que por medio de la escritura se daría respuesta a los cuestionamientos que el conflicto generaba sobre la marcha, movilizándolo sus recursos en la medida de sus posibilidades para incidir en el curso de los acontecimientos que durante el periodo mantuvieron el escenario global en tensión.¹⁶⁸

Por lo tanto, el ejercicio de la escritura que estos grupos mantenían era de carácter militante. Se trataba de una respuesta al mundo desarrollado, un desafío al sistema

¹⁶⁸ ALBURQUERQUE, “Introducción”, 2011, p. 13.

internacional imperante que pretendía instaurar un orden nuevo, el cual implicaba sí o sí, un conflicto con el primer y segundo mundo. Puesto que entrar en conflicto con estos representaría entrar en la dinámica que se entretejió durante la Guerra Fría. Comprender el tercermundismo, tratar de conseguir la unificación regional significó entonces para los intelectuales latinoamericanos una oportunidad, pero también un deber. Una oportunidad de agregar aliados a la lucha contra el imperialismo; una oportunidad de sumar.¹⁶⁹

Las revistas culturales configuraron entonces un espacio más para la difusión del conocimiento, sino herramientas para la acción política, en las que se debatían las acciones a llevar a cabo en el marco coyuntural. Las revistas *Revista de América* y *La Torre* se han seleccionado como claros ejemplos del fenómeno descrito, en donde ambas publicaciones representan sitios en los que se manifiestan relaciones sociales atravesadas por el privilegio cultural e intelectual que otorga la palabra escrita y también manifiestan la polarización de opiniones y la participación intelectual activamente en los fenómenos globales.

Por un lado, *Revista de América* funcionó como una plataforma de debate intelectual y político en un contexto de posguerra, donde se dieron cita distintas posturas ideológicas sobre el destino de la región. Aunque tenía una orientación generalmente moderada en cuanto a la crítica antiimperialista, permitía la expresión de autores con perspectivas diversas sobre los problemas nacionales y continentales, reflejando la heterogeneidad del pensamiento latinoamericano en ese periodo. Por otro parte, *La Torre* sirvió como un escaparate de difusión del pensamiento humanista, crítico y académico en Puerto Rico y sus colaboradores más allá de la isla. La publicación reflejaba tanto el privilegio de quienes tenían acceso a los círculos intelectuales como la diversidad de enfoques sobre el acontecer político, cultural y además universitario de la época. *La Torre* de la Universidad de Puerto Rico puede considerarse bajo este punto de vista también como un producto resultado del ejercicio de la cultura letrada, aún si sus contenidos en su mayoría responden a la producción académica y universitaria, en la medida en que participaron también activamente en el debate de ideas y la formación de comunidades intelectuales, tal como se demuestra a través de la participación que tuvieron los autores que participaron de esta revista en otras publicaciones periódicas de la época. Ambas revistas, por tanto, evidencian cómo estos medios eran vehículos de difusión

¹⁶⁹ ALBURQUERQUE, “Más allá de las Superpotencias o cómo salir de la Guerra Fría”, 2011, p. 224.

literaria, ensayística o incluso académica e instrumentos de poder simbólico y arenas de disputa ideológica en el marco de las relaciones sociales e intelectuales del siglo XX.

Conclusión

La cultura letrada o culturas letradas como un espacio que incluye a los autores, sus obras, así como las instituciones que los agrupan y organizan, tales como redes intelectuales, revistas, editoriales y universidades, del mismo modo que los medios a través de los cuales difunden sus ideas. En este espacio es posible identificar tendencias, climas intelectuales, sensibilidades, coincidencias y divergencias que los intelectuales generan o reproducen, configurando con ello dinámicas que pueden contribuir a la consolidación de hegemonías o al establecimiento de posiciones de predominio dentro del debate cultural y político. En el caso de esta investigación el tema central fue definir a América Latina como una región unida en el marco coyuntural que plateaba la Guerra Fría.

Dentro de este campo, las revistas culturales desempeñaron un papel crucial en la circulación de ideas y en la formación de redes de intercambio de opinión transnacionales, sobre todo en aquellos sitios donde los espacios de sociabilidad intelectual eran reducidos. Aun así, la publicación, distribución y recepción de estas revistas estuvo determinada en cierta medida por la infraestructura editorial de cada país, lo que condicionó su alcance. En este sentido, el mercado editorial latinoamericano presentó importantes desigualdades según las condiciones de cada nación. Mientras que ciudades como Buenos Aires y Ciudad de México se consolidaron como centros de producción editorial, con una amplia oferta de publicaciones y una infraestructura robusta, otros países con menor desarrollo en este sector dependieron en gran medida de importaciones y de redes de distribución transnacionales o bien de las aportaciones que pudieran concederse por medio de otros proyectos editoriales tales como los periódicos, para el caso colombiano y de los recursos universitarios y la impresión del periódico con el mismo nombre en imprentas mexicanas para el caso puertorriqueño.

A partir del análisis que se ha hecho en función de la comparación de ambas revistas se pueden destacar varios puntos. En primer lugar, se pone de relieve que el siglo XX fue un periodo de profundas convulsiones, en el que las guerras mundiales, la Guerra Fría y la transformación de las estructuras de poder global marcaron una etapa de intensos debates ideológicos y culturales. El periodo comprendido entre 1945 y 1958 fue una etapa en la que la zozobra por las consecuencias de las guerras y el crecimiento de las potencias pusieron en tela de duda la relación de la región con el resto del mundo y también entre los países que componían el subcontinente. En este contexto, la palabra escrita se erigió no solo como medio de expresión estética, sino también como herramienta de análisis y acción frente a los desafíos impuestos por la modernidad, el imperialismo y las tensiones bipolares.

Las publicaciones culturales, en específico las revistas, ejemplificadas con la *Revista de América* y *La Torre*, constituyeron espacios privilegiados para la discusión y difusión de ideas que pretendían dilucidar el destino del continente y el futuro de la civilización en un marco de crisis. Estas revistas facilitaron el desarrollo de discusiones en torno a la construcción de una región latinoamericana que, pese a sus diferencias, compartía el compromiso de resistir la hegemonía cultural y económica de las grandes potencias.

Igualmente, el análisis y comparación en cuanto a las temáticas y contenidos de ambas revistas revela una marcada dualidad en la forma en la que los grupos letrados de la época ejercían la práctica de la escritura. Por una parte, se observaba la preocupación por preservar el legado cultural europeo como referencia para el desarrollo cultural latinoamericano y por otro lado muestra la necesidad de concebir un proyecto de unidad y autonomía regional frente a un sistema internacional desigual.

La comparación entre la *Revista de América* y *La Torre* permite destacar las diferencias en sus orientaciones metodológicas y en la manera de abordar los debates culturales. Mientras la primera, de carácter más divulgativo y ensayístico, reflejaba un enfoque heterogéneo en sus análisis, la segunda se caracterizaba por un rigor científico propio de su origen universitario. Estas diferencias evidencian cómo cada publicación se posicionó respecto a las disputas ideológicas y a las realidades socioeconómicas de su tiempo.

Este trabajo ha tenido como objetivo resaltar el papel fundamental que tuvieron los grupos letrados como actores esenciales en la conformación de un discurso que buscaba explicar y comprender las influencias externas sobre la región. La promoción de la idea de la

unidad regional fue un elemento clave para entender el surgimiento y la consolidación del pensamiento latinoamericanista y la definición de la región como América Latina.

Consideraciones finales

El desglose realizado con respecto a las similitudes y diferencias entre ambas publicaciones es, sin duda, un tema que ofrece muchas más posibilidades de análisis. Dentro de la amplia gama de artículos que ambas revistas contienen, se pueden encontrar inserciones de tipo literarias y poéticas que tal vez merecerían un análisis por separado. Asimismo, comparaciones como los rasgos materiales propios de cada revista representan una veta interesante de investigación, puesto que podrían explorarse aspectos relacionados con las imprentas y casas editoriales que facilitaron la impresión, así como el formato mismo de cada revista, sus medidas, si contaban con números a color y otros pormenores que podrían destacarse en su análisis.

Naturalmente, en el desarrollo de esta investigación quedaron muchos temas abiertos y aspectos por concluir. Sin duda, uno de los temas que quedó pendiente es el apartado artístico de *La Revista de América*. Por el interés que me genera la temática artística de la época, me sentí atraída por este eje desde que comencé a revisar la publicación. Siempre fue una experiencia interesante observar las caricaturas, dibujos y representaciones pictográficas que los distintos artistas colombianos del periodo plasmaron en sus páginas. Otra temática sobre la cual sería muy provechoso profundizar sería la importancia que tuvo *La Revista de América* en su interacción con otras publicaciones periódicas colombianas contemporáneas, tales como *Mito* (1955-1962), *Prometeo* (1955-1957) y *Tierra Firme* (1958), por citar algunas.

Comprender también el papel, desarrollo educativo y repercusión de las tareas llevadas a cabo por las mujeres letradas de la época es, sin duda, un tópico muy interesante de abordar. Aunque ya existen varios estudios enfocados en las autoras latinoamericanistas, no se ha desarrollado una indagación específica sobre los textos de estas autoras en las dos revistas seleccionadas como objeto de estudio en este documento, ni sobre la manera en que interactuaron con el resto de los autores que colaboraron en dichas publicaciones. Este

análisis podría ofrecer una visión más completa sobre la participación femenina en los debates intelectuales de la época y su impacto dentro de los círculos letrados.

De la misma manera, antes de adentrarme en la investigación, consideraba que las revistas culturales no eran más que escaparates en los que distintos autores hacían uso de la gala en la escritura, sin comprender su conexión con un vasto tejido de capital cultural que facilitaba la interacción e intercambio de ideas desde distintos puntos del mundo. También reconocí que cada publicación representaba un gran esfuerzo y emprendimiento cultural, en el que se destinaban muchos recursos para garantizar que cada número viera la luz. Este proceso, que inicialmente pasaba desapercibido, me permitió entender la magnitud del trabajo intelectual y material involucrado en la creación de estas publicaciones.

Antes de comenzar el análisis de las publicaciones, se consideraba a éstas como espacios exclusivamente dedicados a la expresión literaria. Sin embargo, a lo largo de la investigación, se logró comprender estas publicaciones como manifestaciones materiales de un conjunto de relaciones sociales, las cuales, en gran medida, estaban determinadas por el privilegio cultural e intelectual que confería el uso de la palabra escrita en el periodo de estudio.

Asimismo, se asumía que los textos publicados en ellas estaban predominantemente marcados por una única corriente política. Aunque no se puede negar que cada publicación pudiera seguir una orientación particular, se evidenció que estas revistas también funcionaban como puntos de convergencia para una diversidad de ideologías. Cada autor expresaba sus perspectivas sobre su entorno nacional, continental y mundial, lo que convertía a las revistas en verdaderos foros de intercambio de ideas. La participación de los distintos escritores y colaboradores reflejaba la variedad de sectores y creencias presentes en relación con el contexto político del periodo de posguerra.

Las revistas también fueron espacios propicios para la difusión y el debate de opiniones sobre los fenómenos sociales de la época, así como para la creación y discusión de nuevas ideas, propuestas literarias, ensayísticas y científicas. Estas representaron, en su contexto, una apuesta audaz dentro de una América Latina que comenzaba a adentrarse en la modernidad y, además, enfrentaba un momento en el que la alfabetización y el acceso a la lectura eran aún limitados. En este sentido, la revisión exhaustiva de *La Revista de América*

y *La Torre* ha permitido realizar un mapeo no sólo de las temáticas que abordaban, sino también de la atmósfera ideológica y política en la que los grupos letrados involucrados influían de manera constante.

En relación con los conceptos de Hispanoamericanismo, Panamericanismo y Latinoamericanismo, al inicio me encontré en un campo vasto de información en el cual no tenía nociones precisas sobre el origen de la denominación “América Latina” ni sobre el surgimiento de ese sentimiento de unidad subcontinental. A medida que avanzaba en la investigación, comprendí que el concepto de América Latina era variable y dependía en gran medida de la relación que se deseaba mantener con el territorio subcontinental desde el exterior. Fue hasta el inicio del siglo XX, con la publicación de *Ariel* de Rodó y los escritos de los arielistas que lo siguieron, que comenzó a gestarse el término *Latinoamérica* desde el interior, con el objetivo de definir cómo habría de relacionarse el subcontinente, desde su seno, hacia el exterior, especialmente en el contexto de las grandes guerras, la depresión económica y la posterior Guerra Fría.

Tanto la *Revista de América* como *La Torre*, constituyeron medios escritos de difusión cultural claves dentro del proyecto de construcción de América Latina como un continente con tendencia democrática, culturalmente integrado y políticamente autónomo, capaz de emerger ante la debacle mundial. Los autores que participaron en ambas publicaciones procuraron difundir en sus textos literarios, ensayísticos y humanísticos esta noción de lo que debía ser América Latina. También intervinieron activamente en los debates que se generaron durante periodo de la Guerra Fría en sus primeras etapas, marcando a su modo, cierta distancia crítica frente al comunismo soviético, sin por ello alinearse de forma acrítica con los intereses del bloque occidental representado por Estados Unidos.

Queda concluir que estas revistas albergaron en sus textos un discurso que apostó por la democracia como el modelo político más adecuado para América Latina, no en términos meramente institucionales, sino como una forma de organización capaz de garantizar la participación de la diversidad de voces latinoamericanas, de dar cabida a la libertad de expresión y la soberanía cultural. En ese sentido, sus colaboradores asumieron un rol militante: promovieron una idea de América como espacio común, forjado por la historia compartida, sino también por una apuesta por la soberanía regional frente a los totalitarismos

que se había visto, habían generado los malestares bélicos de la primera mitad del siglo XX. El análisis de la *Revista de América* y *La Torre* permite reflexionar sobre el papel que estas publicaciones tuvieron en la coyuntura de las primeras décadas de la Guerra Fría, en tanto que fueron, además de medios de difusión cultural, sitios estratégicos para la configuración del pensamiento latinoamericanista y el desarrollo del concepto de América Latina, situándose en un punto intermedio entre la crítica al imperialismo y la defensa de los valores democráticos.

Finalmente, tras haber realizado esta investigación no queda más que añadir algunas otras líneas abiertas que este trabajo dejó para que puedan desarrollarse posteriormente. Quedan por explorar con mayor profundidad los circuitos de recepción de estas revistas en otros países del continente, así como el modo en que sus discursos fueron apropiados, adaptados o resistidos por otros sectores de las elites intelectuales y políticas. Asimismo, resulta pertinente analizar con mayor detalle las tensiones internas dentro de estas revistas entre la vocación universalista de la democracia y las particularidades históricas, culturales y sociales de cada nación latinoamericana. Finalmente, otro campo pendiente es el estudio comparativo con revistas alineadas abiertamente con el socialismo o con posturas más radicales, para comprender mejor el mosaico ideológico de la América Latina y su cultura letrada tanto en el mismo periodo de estudio como sus consecuencias para la segunda mitad del siglo XX.

Fuentes primarias

ARAQUISTÁIN, Luis, “La disputa entre América y Europa”, *La Torre: Revista General de la Universidad de Puerto Rico*, Año III, Núm. IX, (Enero-marzo, 1955), p. 160-169.

ARCINIEGAS, Germán, “Aparición de un nuevo continente: Contradicciones y síntesis de las varias Américas”, *Revista de América*, Núm. 26, Vol. IX, (Febrero, 1947), pp. 145-156.

ARCINIEGAS, Germán; “Las voces peregrinas: Biografía de la palabra democracia”, en: *Revista de América*, 1945, Núm. 7 Vol. III, (Julio, 1945), pp. 3 -11.

BENÍTEZ, Jaime, “Editorial” en: *La Torre: Revista General de la Universidad de Puerto Rico*, Año I, Núm. I, (Enero-Marzo 1953), p. 11- 12.

CERVANTES, “Semblanza de Editorial Cvltvra (1921-1968)”, pp. 1-3.

CHASE, Gilbert, “El hombre de letras en el mundo actual”, en: *La Torre, Revista de la Universidad de Puerto Rico*, (Enero-Marzo, 1954), Año II, No. 5, pp. 121- 127.

DÁVILA, C., 1945, “Más allá de la política de Buena Vecindad” *Revista de América*, Núm 11, Vol. 4, Noviembre, pp. 318- 320.

DE DIEGO, José, “Discurso de Asamblea del Partido Unión de Puerto Rico”, *Estatuto Cinco “Base Quinta”*, 19 de febrero de 1904.

FERRADIZ ALBORNOZ, Fernando, “Lo que América ofrece”, en: *Revista de América*, Abril, Núm. 40 Vol. XIV, 1948, pp. 6 – 10.

FITZPATRICK, Juan José, “La Celestina: el proceso de la creación literaria visto a través de una tragicomedia”, *La Torre: Revista General de la Universidad de Puerto Rico*, Año III Núm. 12, (Octubre- diciembre, 1955), pp. 139-152.

GRATAN DOYLE, Henry, UN punto de vista sobre el Panamericanismo, en: *Revista de América*, Enero, Núm. 13 Vol. V, 1946, pp. 25-31.

HANKE, Lewis, “Las relaciones culturales entre el Viejo y el Nuevo Mundo, desde el punto de vista de un tejano”, *La Torre: Revista General de la Universidad de Puerto Rico*, (Julio-septiembre, 1954), pp. 21-39.

“Homenaje a José Ortega y Gasset”, en: *La Torre: Revista General de la Universidad de Puerto Rico*, (Julio-diciembre 1956), Año. IV, No. 15-16.

LEVENE, Ricardo, “La unidad histórica de América y la revisión de la enseñanza de la historia”, en: *Revista de América*, Agosto, Núm. 8 Vol. III, 1945, pp. 198-200.

MENDEZ, O., 1945, “Alas en las muletas o la vida ejemplar de Roosevelt”, en: *Revista de América*, Núm. 11, Vol. 4, Noviembre, pp. 311 a 312.

MILLER, David, “La naturaleza de los seres vivos”, *La Torre: Revista General de la Universidad de Puerto Rico*, Año III Núm. 12, (Octubre- diciembre, 1955), pp. 63-76.

MISTRAL, Gabriela, “Coincidencias y disidencias entre las Américas”, en: *Revista de América*, Febrero Núm. 2 Vol.1, 1945, pp. 175-176

OTERO, Enrique, “Fundación de la Gran Colombia” en: *Revista de América*, Núm. 61, 1950, pp. 217-256.

OTS, José María; “Los Estados Unidos, España y los pueblos de América de habla española”, en: *Revista de América*, Abril, Núm. 4 Vol. II 1945, pp. 187-192.

PAPPINI, Giovanni; “Lo que América no ha dado”, en: *Revista de América*, Junio, Núm. 30 Vol. X, 1947, pp. 293, 289-293

RAMÍREZ BRAU, Enrique, “Albizu acusado de 5 delitos”, En: *El Mundo*, San Juan Puerto Rico, lunes 13 de noviembre 1950, pp. 1, 16.

REDFIELD, James, “Escuchar a los pueblos del mundo”, en: *La Torre: Revista General de la Universidad de Puerto Rico*, (Julio-Septiembre, 1953), pp. 136-137.

RODÓ, José Enrique, *El mirador de Próspero*, Montevideo, Librería Cervantes, 1913.

SANÍN, Baldomero, 1945, “Europa en América: rumbos culturales”, en: *Revista de América*, Núm. 7, Vol. 3, Julio, pp. 108 -112.

SIN AUTOR, “¿América se inclina a la derecha?”, en: *Revista de América*, Septiembre, Núm.21 Vol. VII, pp.289-296

SIN AUTOR, 1945, “América Latina en el mundo futuro”, en: *Revista de América*, Núm. 3, Vol. 1, Marzo, pp. 321-323.

SIN AUTOR, 1945, “Editorial: La Hora de América”, en: *Revista de América*, Núm. 1, Vol. 1, Enero, pp. 3-10.

TODD, Roberto H.; “Cómo se formaron la Alianza y la Coalición en el año 1924”, En: *El Mundo*, San Juan Puerto Rico, Parte 2, 12 de mayo de 1940, pp. 3-21.

TOYNBEE, Arnold J., “El conflicto entre Rusia y el Occidente”, en: *La Torre: Revista General de la Universidad de Puerto Rico*, (Abril-Junio, 1953), Año I, No. II, pp. 11-30.

TREVES, Renato, “Los derechos del hombre al conocimiento y a su libre uso”, *La Torre: Revista General de la Universidad de Puerto Rico*, (Abril-Junio, 1955), p. 87.

USLAR, Arturo, 1945, “Un destino americano”, en: *Revista de América*, Núm. 1, Vol. 1, Enero, pp. 20 -22.

WHITE, John; “El nazismo en América”, en: *Revista de América*, Febrero Núm.2 Vol.1, 1945, pp. 222-2228.

ZULUETA, Luis, 1945, “América versus Europa”, en: *Revista de América*, Núm. 4, Vol. 2, Abril, pp. 69 -71.

Bibliografía

ALBURQUERQUE FUSCHINI, Germán; *La Trinchera letrada: Intelectuales latinoamericanos y Guerra Fría*. Ariada Ediciones, 2011.

AGUERO GARCÍA, Javier; “América Latina durante la Guerra Fría (1947-1989): Una Introducción”, *InterSedes: Revista de las Sedes Regionales*, Universidad de Costa Rica, Vol. 17, No. 35, (2016), pp. 2-34.

AILLÓN SORIA, Esther; “La política cultural de Francia en la génesis y difusión del concepto L’Amérique Latine, 1860-1930”, en GRANADOS y MARICHAL (Comps.), 2004, pp. 71-105.

ALTAMIRANO, Carlos, “Introducción” en *Historia de los intelectuales en América Latina*, Buenos Aires, Katz Editores, 2008, pp. 9 -28.

ARDAO, Arturo; “Panamericanismo y Latinoamericanismo”, *Antología del pensamiento crítico uruguayo contemporáneo*, CLACSO, (2018), pp.179- 195.

BADÍA RIVERA, Luz Elena, “Federico Degetau González y sus iniciativas museológicas para el desarrollo de la educación”, en: *Historia de los museos de Puerto Rico 1842-1959, Musealizando su patrimonio y narrando la identidad*, Universidad de Granada, 2017, pp. 221-256.

BEIGEL, Fernanda, “Las revistas culturales como documentos de la historia latinoamericana” en: *Utopía y Praxis Latinoamericana*, vol. 8, núm. 20,2003, pp. 105 -115.

BERGER, Mark T.; “A Greater América? Pan Americanism and professional study of Latin America (1890-1990)”, en: SHEININ, David; *Beyond the Ideal: Pan Americanism in Inter-American Affairs*, Praeger Ed. 2000, pp. 45-56.

BETANCOURT, Alexander, “La perspectiva continental: entre la unidad nacional y la unidad de América Latina” en: *Historia Crítica*, núm. 49, enero-abril, 2013, pp. 135 -157.

BETANCOURT, Alexander, “La profesionalización de la historia en Colombia. Jaime Jaramillo Uribe: contextos, trayectoria y corrientes historiográficas”, en: *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* 48.1, 2021, pp. 231-255.

BETANCOURT, Alexander, “Cultura letrada en Colombia en los años 1940: la *Revista de las Indias* y la cooperación intelectual”, en: *Iberoamericana*, XXIII, Núm. 83, 2023, pp.165 -186.

BETANCOURT, Alexander, 2016, “*Revista de Indias: (1938-1950): la difusión cultural y el mundo letrado*” en: Anuario de historia regional y de las fronteras, Vol. 21-2, julio-diciembre, 2016.

BETANCOURT, Alexander, *América Latina: cultura letrada y escritura de la historia*, Barcelona Anthropos/Siglo XXI, México, Universidad Autónoma de San Luis Potosí, 2018.

BOLÍVAR FRESNEDA, José; “La economía de Puerto Rico durante la Segunda Guerra Mundial: ¿Capitalismo de Estado o economía militar?”, En: *Op. Cit: Revista del centro de investigaciones históricas*, No. 18, 2017, pp. 206- 257.

BOLTON, Herbert E., “The Epic of Greater America”, *The American Historical Review*, vol. 38, Núm. 3, (1933), pp. 448-474.

BOTINELLI, Alejandra y Sanhueza, Marcelo, “Literatura y política en América Latina en el siglo XX: apuntes para una discusión. Introducción” en: *Pléyade* 24 / julio-diciembre, 2019, pp. 21-47.

BREWER, Stewart, *Borders and Bridges: A history of U.S.-Latin American relations*, Westport, Connecticut: Praeger Security International, 2006.

CORTÉS ZAVALA, María Teresa, “La casa cultural y la patria criolla: Luis Muñoz Rivera y el pensamiento autonomista de finales del siglo XIX en Puerto Rico”, En: *Revista Mexicana del Caribe*, No. 8, 1999, pp. 192-213

CRESPO, Horacio (coord.), *Tienen las Américas una historia común?: Herbert E. Bolton, las fronteras y la “Gran América”*, Primera edición, México, Universidad Autónoma del Estado de Morelos, 2018.

CRESPO, Horacio, “Bolton, los estudios de frontera y la tesis de la unidad historiográfica de la Américas”, en CRESPO, Horacio (coord.), (2018), pp. 25-88.

DEVES, Eduardo, “El pensamiento latinoamericano a comienzos del siglo XX: la reivindicación de la identidad” en: *Cuyo*, Anuario de Filosofía Argentina y americana, N° 14, 1997, pp. 11-75.

EAKIN, Marshal C.; “Does Latin America Have a Common History?”, en: *Vanderbilt e-Journal of Luso-Hispanic Studies* [Online], Vol. 1, (2014), 29-49. (Consultado el 13 de febrero 2020).

EAKIN, Marshall C.; “Latin American History in the United States: From Gentlemen Scholars to Academic Specialists”, en: *The History Teacher*, Vol. 31, Núm. 4, (1998), pp. 539-561.

EAKIN, Marshall, “Latin American History in the United States: From Gentlemen Scholars to Academic Specialists”, en: *The History Teacher*, Vol. 31, Num. 4, 1998, pp. 539 -561.

FERES, João Jr., “El concepto de América española en Estados Unidos: de la leyenda negra a la anexión territorial”, en *Historia Contemporánea*, Núm. 28, (2004), pp. 61-79.

FERES, João Jr., “La consolidación de los Latin American Studies bajo el imperativo de la modernización”, en *La historia del concepto “Latin American” en los Estados Unidos de América*, Universidad de Cantabria, Santander, (2008), pp. 89-149.

FERRERAS, Norberto O., “El Panamericanismo y otras formas de relaciones internacionales en las Américas en las primeras décadas del siglo XX”, en *Revista Electrónica da ANPHLAC*, n.15, (jul./dez, 2013), pp. 155-174.

FIGUEROA PARKER, Lisa Ybonne, “Capítulo “: La voz Hispanófila”, En: *La construcción literaria de la identidad en Puerto Rico*, Tesis doctoral, University of Tennessee, Knoxville, 2013 pp. 70-128.

GRANADOS, Aimer y MARICHAL, Carlos, (Comps.), *Construcción de las identidades latinoamericanas: ensayos de historia intelectual, siglos XIX y XX*, México: El Colegio de México, 2004.

GRANADOS, Aimer, “Las Redes Intelectuales Latinoamericanas en perspectiva historiográfica: una mirada desde México” en: *Historia y Espacio*, vol. 13, n° 49, 2017, pp. 63- 95.

GROSFOGUEL, Ramón; “Apatía frente a la soberanía: lógicas globales y colonialismo en Puerto Rico, En; *Nueva Sociedad*, No. 161, Mayo-Junio, 1999, pp. 19-24.

GUZMÁN, Diana, MARÍN, Paula, “Lectores y textos escolares durante la primera mitad del siglo XX en Colombia”, en: *La palabra*, Núm. 29, julio-diciembre, 2016, pp. 185 -197.

HIRSCHMAN, Albert; “La economía política de la industrialización a través de la sustitución de importaciones en América Latina” en: *El Trimestre Económico*, Vol. 63, No. 250(2), Abril-Junio de 1996, pp. 489-524.

JANELLO, Karina; “El *Boom* latinoamericano y la Guerra fría cultural, nuevas aportaciones a la gestación de la revista *Nuevo Mundo*”, en: *Ipotesi*, Juiz de Fora, v.17, n.2, julio-diciembre 2013, p. 115-133.

JIMÉNEZ TORRES, David, “Hacia la hispanidad a través de Londres: la influencia de la estancia británica de Ramiro de Maetzu en la creación de un ideario Hispanoamericanista (1905-19349”, en *Historia Contemporánea*, No. 63, (2020), pp. 483-509.

MARTÍNEZ CARRIZALES, Leonardo, “El hombre de letras como sujeto elocuente” en, *Tribunos Letrados: aproximaciones al orden de la cultura letrada en México del siglo XIX*, Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco, 2017, pp. .

MALLOSETTI, Laura, “Arte e historia en los festejos del Centenario de la Revolución de mayo en Buenos Aires”, en: *Historia Mexicana*, Vol. LX, Núm. 1, julio-septiembre, 2010, pp. 439-471.

MORCILLO, Álvaro, “La Gran Dama. La Fundación Rockefeller y las ciencias sociales mexicanas en los años de 1940”, en: *Estudios Sociológicos del Colegio de México*, Vol. XLI, Número especial, 2023, pp. 33-79.

MORENO LUZÓN, Javier; “Reconquistar América para regenerar España. Nacionalismo español y Centenario de las Independencias en 1910-1911”, en *Historia Mexicana*, vol. LX, núm. 1, (2010), pp. 561-640.

PÉREZ BENAVIDES, Carolina, “Hacer visible, hacerse visibles: la nación representada en las colecciones del museo, Colombia 1880-1912”, en: *Memoria Social*, Bogotá, Vol. 14, No. 28, Enero-junio 2010, pp. 85-106.

PETTINA, Vanni; *Historia mínima de la Guerra Fría en América Latina*, México, El Colegio de México, 2018.

PITA GONZÁLEZ, Alexandra, “La discutida identidad latinoamericana: debates en el Repertorio Americano, 1938-1945”, en GRANADOS GARCÍA, Aimer y MARICHAL Carlos (Comps.), (2009), pp. 241-265.

PITA, Alexandra y GRILLO, María, “Una propuesta de análisis para el estudio de revistas culturales”, en: *Revista Latinoamericana de Metodología de las Ciencias Sociales*, Vol. 5, Núm. 1, 2015, pp. 1-30.

RIVERA, José A.; “El bien común de la nación y el concepto muñocista de patria”; En: *Meditaciones muñocistas: ensayos en filosofía política*; Fundación Luis Muñoz Marín, San Juan, Puerto Rico, 1998.

ROSADO, Marisa; “Corrupción y violencia en la policía (1930-2005)”; En: *El nacionalismo y la violencia en la década de 1930*; Ed. Puerto; San Juan, Puerto Rico; 2007, pp.9-16

RUBERO REYES, Miguel, “Primera etapa colonial estadounidense: 1898-1940”, En: *La religión católica en la sociedad puertorriqueña*, Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid, 2013, pp. 75-134.

SABATO, Hilda, “Nuevos espacios de formación y actuación intelectual: prensa, asociaciones, esfera pública (1850-1900)” en: Altamirano, Carlos, *Historia de los intelectuales en América Latina*, Buenos Aires, Katz Editores, 2008, pp. 387 -411.

SARLO, Beatriz, “Intelectuales y revista: razones de una práctica” en América: Cahiers du CRICCAL, n°9-10, Le discours culturel dans les revues latino-américaines, 1940-1970, 1992, pp. 9 -16.

SCHNEIDER, Alejandro, “Breves consideraciones sobre el sistema colonial en Puerto Rico”, En: *História: Debates e Tendências*, vol. 13, núm. 1, , Universidade de Passo Fundo Passo Fundo, Brasil, enero-junio, 2013, pp. 91-99

Sección 2, citada en: PORRATA, O. (1953). Fundamento jurídico del Sistema Escolar Puertorriqueño. Pedagogía, No. 1, pp. pp. 33-53. Recuperado (24 marzo de 2022). <https://revistas.upr.edu/index.php/educacion/article/view/1685>

SEPÚLVEDA MUÑOZ, Isidro, “Corrientes conformadoras del hispanoamericanismo. El panhispanismo, el hispanoamericanismo progresista, la hispanidad”, en *El sueño de la Madre Patria: Hispanoamericanismo y nacionalismo*, Madrid, Marcial Pons Historia, (2005), pp. 99-185

SEPÚLVEDA MUÑOZ, Isidro, “Medio siglo de asociacionismo español 1885-1936”, en *Espacio, Tiempo y Forma*, S. V. H.a Contemporánea, Tomo IV, 1991, pp. 271-290.

SIN AUTOR, “Revista de Estudios Hispánicos”, En: *El Tiempo*, 18 de abril de 1927. Seminario Federico de Onís: Noticias y Actividades, 1927, p. 9, Citado en: NÁTER, Miguel Ángel, “Revista de Estudios Hispánicos: su historia (1928-2018)”, En: *Revista de estudios hispánicos; Seminario Federico de Onís*.

SMITH, Joseph; “The First Conference of American States (1889-1890) and the early Pan American Policy of the United States”, en SHEININ, David; *Beyond the Ideal: Pan Americanism in Inter-American Affairs*, Praeger Ed., (2000), pp. 21-32.

SUÁREZ, Luis y GARCÍA, Tania, “Lección 5: Las relaciones interamericanas durante la “Época del Buen vecino” en: *Las relaciones interamericanas: continuidades y cambios*, Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales – CLACSO, 2008,

TRIVIÑO, Consuelo, “La utopía americana de Germán Arciniegas”, en: *Historia Crítica*, 2001, pp.1 - 6.

ZAPATERO, Juan, “Universidades Humboldtianas y universidades Napoleónicas. Entre la narrativa de la autonomía y la narrativa de la subordinación”, en: *Pistas Educativas*, No. 145, México, Tecnológico Nacional de México en Celaya, julio-diciembre 2023pp. 206-213.